

**#155**  
OCTUBRE  
NOVIEMBRE  
DICIEMBRE  
**2024**



## Los dones del Espíritu Santo

†Mons. José Rafael Palma

- Pasión por Cristo, pasión por el pueblo santo de Dios

† Mons. Antonio Santarsiero

- El matrimonio, única esperanza para la familia

P. José Granados, D.C.S.M.

- Diálogo y posesión de la verdad

P. Fernando Pascual, L.C.

- La vida en esperanza y el temor de Dios

P. Ignacio Andereggen



**P. Alfonso López Muñoz, L.C.**  
Director Editorial Revista  
SACERDOS



**EDITORIAL**

## **Estimados hermanos en el sacerdocio:**

Les saludamos, deseándoles que Dios les esté bendiciendo abundantemente tanto en su vida personal como en su ministerio pastoral, al mismo tiempo que les ofrecemos la última edición de este año 2024 de nuestra revista Sacerdos.

En estos tiempos relativistas en que vivimos, incluimos en el apartado de la formación humana un artículo sobre el tema del diálogo y la verdad, así como otro sobre la compasión, dado que hoy pareciera que se confunden la compasión y la misericordia verdaderas con una falsa compasión y una falsa misericordia.

Y dado que la vida espiritual es la dimensión más importante del cristiano, y especialmente lo es para el sacerdote, en este rubro presentamos tres artículos: el primero sobre los dones del Espíritu Santo; el segundo sobre la vida en la esperanza, en su relación con el don del Espíritu Santo del temor de Dios; y también adjuntamos un capítulo más sobre la dirección espiritual según san Juan de Ávila.

En lo que respecta al campo de la formación intelectual, presentamos también tres trabajos: uno sobre la controversia anti-arriana que san Hilario de Poitiers expone en su tratado "De Trinitate"; otro sobre el método teológico según Bernard Lonergan en su relación con la cultura.

En el campo específico de la pastoral, en esta ocasión presentamos el tema del matrimonio como única esperanza para la familia; asimismo ofrecemos un análisis sobre el fondo ideológico de la taquillera película "Barbie", por el fenómeno mediático que ha sido y por la influencia que ha tenido en quienes la vieron.

Como tema de actualidad, y como recordatorio, les dejamos una sencilla nota sobre el Año de la oración, es decir este año en curso 2024.

Finalmente, como testimonio presentamos una homilía episcopal en ocasión de una ordenación sacerdotal, en la que se subraya la verdad de que la "pasión por Cristo" se ha de traducir en "pasión por el pueblo santo de Dios".

Esperando este material sea de su utilidad y de su agrado, les aseguramos una oración en Cristo y en María Santísima, quedando suyos en El Señor,

**P. Alfonso López Muñoz, L.C.**  
**Centro Sacerdotal Logos**



## DIMENSIÓN HUMANA

**Diálogo y posesión de la verdad** 5  
P. Fernando Pascual, L.C.

**La compasión** 7  
P. Fernando Pascual, L.C.



## DIMENSIÓN ESPIRITUAL

**Los dones del Espíritu Santo** 9  
†Mons. José Rafael Palma

**La vida en esperanza y el temor de Dios** 36  
P. Ignacio Andereggen

**La dirección espiritual para el Maestro  
Ávila como un auténtico "amoris officium":  
"ministerio de amor" (11)** 45  
P. Antonio Rivero, L.C.



## DIMENSIÓN INTELECTUAL

**La controversia anti-arriana en *De Trinitate*  
de San Hilario de Poitiers** 49  
P. Rodrigo Martínez Murillo, L.C.

**El método teológico de Lonergan y el diálogo  
de la teología con la cultura** 63  
P. Eloy Bedia, L.C.

**Barbie: ¿la destrucción de la maternidad?** 68  
Ignacio Uzcanga

*\*Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*



## ÍNDICE



### DIMENSIÓN PASTORAL

**El matrimonio, única esperanza para la familia** 72  
P. José Granados, D.C.S.M.



### ACTUALIDAD

**El año de la oración** 79  
P. Daniel Watt, L.C.



### TESTIMONIO

**Pasión por Cristo, pasión por el pueblo santo de Dios** 81  
† Mons. Antonio Santarsiero

*\*Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*

**Director responsable:** P. Alfonso López Muñoz, L.C.

**Consejo editorial:** †S.E. Mons. Rogelio Cabrera López / Arzobispo de Mty. / Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano, †S.E. Mons. Jaime Calderón Calderón / Obispo de Tapachula, †S.E. Mons. José Rafael Palma Capetillo / † Obispo Auxiliar de Xalapa S.E. Mons. Carlos Enrique Samaniego López / Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de México, †S.E. Mons. Eduardo Muñoz / Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Guadalajara, P. Ignacio Andereggen, P. Jaime Rivas, P. Octavio Pérez Ramírez, P. Marcelino Monroy, P. Javier Jaramillo, P. Eduardo Godínez, PP. Fernando Pascual, Antonio Rivero y Alex Yeung, LL.CC.

**Coordinación gráfica:** Lic. Hugo Toro Monjaraz

**Coordinación Editorial:** En Sacerdos velamos porque todo cuanto se escribe en nuestra revista refleje en todo momento la doctrina de la Iglesia Católica sobre cada uno de los temas tratados; sin embargo, la responsabilidad del pensamiento y de las ideas en concreto de cada artículo competen a su respectivo autor.



**P. Fernando  
Pascual, L.C.**  
Doctor en filosofía  
Licenciado en teología

# Diálogo y posesión de la verdad

Hace falta aprender a dialogar. Porque el diálogo permite construir puentes desde los que dos o más personas pueden avanzar hacia el verdad.

Pero hay algunas condiciones sin las cuales no se da un verdadero diálogo, sino sucedáneos débiles y pobres del mismo. Ahora queremos fijarnos en una: la pretensión de poseer la verdad (o una parte de la misma).

Hay quienes dicen que no es posible el diálogo si uno piensa poseer la verdad. Nos repiten, una y otra vez, que la pretensión de poseer la verdad genera intolerancia e imposición, lo que sería, según ellos, algo totalmente opuesto al espíritu dialogante.

En realidad, para dialogar no hace falta renunciar al propio punto de vista para escuchar a quien nos habla desde otra perspectiva. Porque el verdadero diálogo no se construye sobre la idea de que nadie posee la verdad ni sobre el respeto a las ideas distintas, sino sobre el respeto a las personas.

Por ejemplo, uno está convencido de que existen graves injusticias en el capitalismo salvaje, por tanto tiene como verdadero su punto de vista. Pero no debe renunciar al mismo a la hora de dialogar con un decidido defensor del liberalismo absoluto. El primero pensará que el otro está equivocado, pero no por ello dejará de ofrecer la mano y el corazón para buscar, a través de la palabra, puntos de encuentro en el camino hacia la verdad.

Considerar, por lo tanto, que tengo un punto de vista válido (verdadero o más cercano a la verdad) no



me impide ser un hombre de diálogo. Puedo decir que el otro está equivocado (el otro muchas veces dirá lo mismo respecto de mí). A pesar de ello, o precisamente por ello, somos capaces de dialogar, de escucharnos, de buscar comprender cómo llegar, juntos, a la verdad.

Lo que sí va realmente contra el diálogo, lo que engendra intolerancia, fanatismo, violencia, es despreciar al otro, no reconocer su dignidad, tratarlo como a ser humano de segunda clase, buscar imponer las propias ideas con violencia o amenazas.

Los católicos estamos llamados, por vocación, a dialogar con los hombres y mujeres de nuestro tiempo con un gran respeto y, lo que es más importante, con amor. Porque hemos recibido un mensaje que no podemos esconder bajo el celemín, ni en las sacristías, ni entre discusiones reservadas sólo a los expertos. Porque es Dios mismo el que nos pide salir a las calles y a las plazas para anunciar un tesoro, unas



## DIMENSIÓN HUMANA



palabras de vida eterna que nos enseñan el camino hacia el amor y la justicia.

El mensaje cristiano, la verdad sobre la salvación que nos ofrece el Padre en Jesucristo, necesita ser transmitida desde un amor profundo. El amor crea, entonces, las condiciones más genuinas para que se dé el diálogo, sin tener que poner entre paréntesis nuestras certezas.

Es engaño, por lo tanto, acusar a la Iglesia como si fuese una institución enemiga del diálogo. Aceptamos los dogmas católicos, el mensaje contenido en la Biblia y la Tradición y explicado por los Papas y los obispos. Ofrecemos nuestras certezas seguro de que no dañan a nadie, pues lo que hacen es ofrecer caminos de vida nueva.

Aceptar estos dogmas, especialmente aceptar que Dios quiere que todos los hombres se salven (cf. *1Tim 2,4-6*), nos permite a los católicos descubrir la dignidad de cada uno de los hombres y mujeres que viven en nuestro planeta, y nos compromete a trabajar para que otros muchos puedan alcanzar metas de esperanza que vienen del Amor que nos da la vida.

Lo recordaba la declaración "Dominus Iesus" en unas líneas densas, a través de las cuales descubrimos que el diálogo, especialmente el diálogo interreligioso, se construye sobre la paridad del respeto, que no coincide con una falsamente supuesta paridad respecto a los contenidos.

"La paridad, que es presupuesto del diálogo, se refiere a la igualdad de la dignidad personal de las partes, no a los contenidos doctrinales, ni mucho menos a Jesucristo -que es el mismo Dios hecho hombre- comparado con los fundadores de las otras religiones. De hecho, la Iglesia, guiada por la caridad y el respeto de la libertad [véase "Dignitatis humanae" n. 1], debe empeñarse primariamente en anunciar a todos los hombres la verdad definitivamente revelada por el Señor, y a proclamar la necesidad de la conversión a Jesucristo y la adhesión a la Iglesia a través del bautismo y los otros sacramentos, para participar plenamente de la comunión con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por otra parte, la certeza de la voluntad salvífica universal de Dios no disminuye sino aumenta el deber y la urgencia del anuncio de la salvación y la conversión al Señor Jesucristo" (Congregación para la doctrina de la fe, Declaración "Dominus Iesus", n. 22).

Los católicos estamos llamados a vivir a fondo este diálogo como una expresión profunda de nuestra caridad. Desde el amor que recibimos de Dios, desde el amor que estamos llamados a dar a nuestros hermanos, podremos dialogar de modo profundo y cordial con todos. Porque Dios ama a cada una de sus criaturas, porque Cristo mira los campos del mundo y desea que muchos hombres y mujeres descubran que tienen un Padre en los cielos que los ama con ternura.





**P. Fernando  
Pascual, L.C.**  
Doctor en filosofía  
Licenciado en teología

# La compasión

La compasión es una virtud muy familiar, tan familiar que nos puede resultar difícil definirla.

Sentimos compasión ante un niño pordiosero, ante un anciano enfermo, ante la noticia de un secuestro, ante la soledad de una esposa o de un esposo abandonado.

Sentimos compasión a todas las edades: el niño percibe cuándo sus abuelos o sus padres están tristes y busca consolarlos. El joven siente pena al ver sufrir a quienes ama, o a personas que encuentra por la calle. El adulto capta y participa en el dolor de otros, niños, jóvenes o adultos. El anciano acoge con gratitud la compasión que recibe, y sabe también ofrecer su cercanía a quienes sufren a su lado.

Nos damos cuenta de que la compasión no se limita a un sentimiento. Va mucho más adentro, porque permite unirnos y participar, de corazón a corazón, con el sufrimiento de alguien, cercano o lejano, que tiene nuestra misma humanidad, que necesita la ayuda del consuelo.



Intentemos definir esta virtud. Compasión significa sufrir con el otro, participar en el dolor ajeno con el sentimiento y con una actitud del alma que nos lleva a acompañar, a consolar, a remediar los males de la persona hacia la que sentimos compasión.

Porque tenemos compasión, somos capaces de colocarnos en el lugar del otro y preguntarnos: ¿qué necesitaría, qué pediría yo si estuviese en esa situación? Si doy la respuesta justa, descubriré que tengo que ponerme a trabajar: el dolor físico o moral de alguien ha entrado en mi corazón y me impulsa a hacer algo para aliviar sus penas.

En el pasado (también en el presente) ha habido quienes consideraron la compasión como una virtud pobre, despreciables, para personas frágiles. Los estoicos, por ejemplo, creían que dejarse llevar por la compasión era un signo de debilidad, de flaqueza. Un autor estoico dijo que la misericordia era un defecto, y que tener compasión no era algo propio de los sabios. Kant tampoco apreciaba mucho la compasión, pues pensaba que un hombre se "rebajaba" si escogía actuar según un sentimiento de afecto hacia el otro en vez de seguir la férrea ley del deber.

Aristóteles, en cambio, apreciaba mucho la compasión: la veía como una virtud muy importante para la vida del ser humano. Señaló, además, uno de sus motivos más frecuentes: sentimos compasión hacia quien padece un mal penoso porque pensamos que también puede ocurrirnos algo parecido a nosotros o a nuestros familiares.

Junto a los filósofos, también las religiones hablan de esta virtud. Los cristianos basan la compasión en el ejemplo de Jesucristo, a quien ven lleno de ternura y de cariño hacia los enfermos, los pobres,



los pecadores. Cristo mismo enseñó cómo vivir esta virtud con una parábola magnífica, la del Buen Samaritano, que encontramos en el capítulo 10 del evangelio de san Lucas.

En el camino de nuestra vida habremos encontrado personas compasivas. A muchos viene a la mente el ejemplo de la Madre Teresa de Calcuta. Ve a un hombre carcomido por la enfermedad y la pobreza. Siente el olor de su carne herida y sucia, percibe el peligro de un contagio, nota que la muerte llegará pronto.

Madre Teresa no se detenía al ver tanta miseria. Su compasión la llevaba a descubrir, bajo un manajo de carne y huesos, a un ser humano necesitado de ayuda, de cariño, de consuelo. Lo recogía de la calle, lo llevaba a un dispensario, lo abrazaba con ternura, lo curaba y nutría, lo acompañaba hasta la llegada de la muerte. Madre Teresa, como tantos miles y miles de hombres y mujeres de buena voluntad, era simplemente compasión en marcha.

En concreto, ¿cómo se vive la compasión? Hay que empezar en casa: percibir los dolores, problemas y angustias de quienes están a nuestro lado; acercarnos a ellos con una simpatía profunda que les permita sentirse acompañados y apoyados en sus dificultades.

Luego, hay que saber aplicar la compasión en el trabajo. Si uno tiene alguna responsabilidad directiva, buscará comprender a quienes tiene que dar órdenes.

Si uno es un empleado, tratará a sus compañeros no sólo con respeto, sino con una intuición fina que sabe percibir si tienen necesidad de algo.

La compasión nos abre incluso más lejos: hacia los extraños. Ese niño que nos mira con ansiedad junto al semáforo. Esa anciana que tiene miedo de cruzar la calle si nadie la acompaña. Ese enfermo que está sólo en un hospital y que sentirá una dicha insuperable si tiene a alguien que le acaricie la mano y le hable al corazón...

Con un alma abierta y una voluntad decidida, la compasión nos llevará a ofrecer un poco de bondad y de dulzura a tantas personas que podemos encontrar a lo largo del camino de la vida.





S. E. Mons. José Rafael  
Palma Capetillo  
Obispo Auxiliar de  
Xalapa

# Los dones del Espíritu Santo

## 1) EL ESPÍRITU SANTO, 'MEMORIA Y PROFECÍA DE LA IGLESIA'

El Papa Juan Pablo II, retomando una clásica invocación de la Iglesia, presenta al Espíritu Divino como *"memoria y profecía de la Iglesia"*. En efecto, el Espíritu de Dios es memoria, porque hace que la Sagrada Escritura quede inscrita en el corazón de cada discípulo, purifica la mente de los malos recuerdos y hace tener siempre presentes los misterios de la salvación. Nos permite contemplar la historia con la intervención de Dios, quien nos ama y nos conduce siempre. La persona que vive amargada por el pasado o lo que no ha logrado, se aleja de la acción del Santo Espíritu. El Espíritu de Dios da memoria al discípulo para que pueda dar un testimonio fiel y transparente siempre y en todas partes. Además, el Espíritu del Señor es 'profecía', que anuncia y denuncia sin cesar, porque tiene la mirada hacia Dios, hacia adelante, con amplitud, alcanza a contemplar con esperanza el futuro cierto que Dios siempre promete en su obra salvadora. Hasta la denuncia hay que hacerla en vistas a despertar mayor alegría y paz en los corazones. El Divino Espíritu, que habló por los profetas, sigue haciendo nuevos profetas de cada seguidor de Cristo.

En el anuncio del ángel, nos describe el evangelio (cf Lc 1,26-38) que la Virgen María fue cubierta por 'la sombra del Espíritu Santo', es decir, del signo de protección, de una luz adecuada y de paz interior (o descanso en el Espíritu), como aconteció con la elegida del Señor para ser la madre del redentor.

## 2) EL FRUTO DEL ESPÍRITU SANTO

En realidad, los dones del Espíritu son incontables, es más, llevan a la plenitud personal y comunitaria, –

es decir, hacia la madurez, la santidad y la coherencia de vida–, son gratuitos y se multiplican sin cesar. De esta lista de dones que presenta san Pablo se derivan muchos otros, que son considerados 'fruto' del Espíritu; cada uno es considerado el resultado de la buena administración y cultivo de la gracia y el amor de Dios, por la presencia y acción del Espíritu Divino. De este fruto del Espíritu el apóstol Pablo señala doce características: *"La caridad, la alegría, la paz, la paciencia, la generosidad, la bondad, la benignidad, la mansedumbre, la fidelidad, la modestia, la templanza y la castidad"* (cf Gal 5,22-23), las cuales describimos a continuación:

**1. La caridad.** La caridad o amor nos conduce a Dios y también a la auténtica ayuda a nuestro prójimo. Con la caridad aprendemos a respetar al prójimo, el cual es, como nosotros, imagen y semejanza de Dios. La caridad deja impreso en el corazón el mensaje de Cristo, ya que todo lo que hacemos o dejamos de hacer con nuestro prójimo, al mismo Jesús se lo hacemos o dejamos de hacer (cf Mt 25,35-46), sobre todo cuando se trata de los hermanos más débiles y necesitados. Como fruto del Divino Espíritu, lo que importa no sólo es hacer muchas obras, sino hacerlas con amor. La caridad no juzga ni condena, solamente ama, comprende y perdona.

**2. La alegría.** La alegría es un estado de amplia satisfacción, de gozo interior y permanente. Significa celebrar cada acontecimiento con júbilo, movidos por Dios. Es una sensación de agrado que surge de lo más profundo del corazón y se vuelve un modo de vivir; es 'la dicha del alma'. No es una euforia pasajera, ni mucho menos una simulación, sino que está siempre en conexión con la fe, que disfruta todo, y el amor, que perdona y hace seguir adelante. Es la



alegría de anunciar el evangelio (cf Papa FRANCISCO, Exhortación *Evangelii gaudium*, 1).

**3. La paz.** La paz como fruto del Espíritu es el resultado del amor plenamente confiado en Dios. La paz no es únicamente la ausencia de conflicto, sino es el efecto del respeto, la igualdad y la fraternidad. La paz que Cristo prometió a sus apóstoles es una paz interior y duradera (cf Jn 14,27). La paz sobresale con la misión cumplida en el nombre del Señor. Significa estar con la conciencia en paz con Dios y con el prójimo (cf Mc 9,50); ser instrumentos de paz (cf Mt 5,9) y estar convencidos que no debemos perderla –a pesar de las dificultades e inquietudes cotidianas– si confiamos en la presencia y acción eficaz del Divino Espíritu en nosotros.

**4. La paciencia.** La paciencia, fruto del Espíritu, consiste en saber escuchar y esperar. Se expresa cuando tenemos que soportar algunas pruebas o sufrimientos, sin desfallecer ni desequilibrarnos; significa ser constante, mantener la calma y ser firme hasta que se dé la oportunidad. Por eso la paciencia no es pasividad, sino fortaleza. El paciente es más fuerte y activo que el desesperado. En su sentido más profundo, el paciente reconoce que las cosas de Dios pueden tardar, pero nunca fallan, porque está convencido de que el tiempo de Dios no es el nuestro. La paciencia es encomendarse cada día en las manos de Dios.

**5. La generosidad.** Equivale a ser magnánimo, que significa de amplio criterio, de mente abierta. El generoso no mide sus esfuerzos para ayudar al prójimo con prontitud y entrega. Si tiene que hablar o hacer algo por el bien del prójimo, soporta con valor y buen ánimo cualquier tipo de contrariedades, lucha a favor del otro e incluso arriesga la vida, a ejemplo del buen Pastor (cf Jn 10,11). El generoso vence cualquier signo de egoísmo, porque piensa siempre primero en el bien del otro. Es consciente además que solamente Dios nos gana en generosidad. *“Nosotros amemos, porque él nos amó primero”* (1Jn 4,19).

**6. La bondad.** La bondad es la cualidad de la persona noble y servicial. La bondad hace sensible al

ser humano ante las necesidades del prójimo y lo hace inclinarse fuertemente a hacerle el bien, para ayudarlo de la mejor manera. Su calidad personal se refleja en cada uno de sus actos. Una persona que ha optado por el bien sigue fielmente el ejemplo de Cristo, que *“pasó haciendo el bien”* (Hech 10,38). En todo se esfuerza por hacer el bien; en sus labores cotidianas se propone una perfección más interior que exterior. La persona bondadosa no es ciega ante lo que sucede, sino que sabe discernir cuidadosamente –con la guía del Divino Espíritu– las realidades y dice ‘sí’ o ‘no’ cuando es preciso, porque sólo quiere el bien del otro. Sus decisiones son definidas y es profundamente complaciente con los débiles e ignorantes.

**7. La benignidad.** Benignidad es una cualidad que hace a la persona benévola, porque tiene siempre la voluntad de hacer el bien sin esperar recompensa material. El benigno se muestra verdaderamente humano, muy cercano al prójimo en sus alegrías y penas, sensible a las dificultades ajenas, al mostrarles comprensión y tenderles la mano. Es siempre amable y trata a todos con la delicadeza que merece cada ser humano. Perdona fácilmente, porque vive la fuerza del amor. Se compadece, se conmueve profundamente, se acerca, se compromete, es como el buen samaritano (cf Lc 10,25-37). El Papa Francisco señala que: *“Quien no conoce la ternura de Dios está perdido”*. La benignidad habla de esa ternura con la que Dios nos trata personalmente y cómo en presencia de su Espíritu esta misma ternura brota de nosotros y nos permite relacionarnos con los demás con benignidad.





**8. La mansedumbre.** Cristo presenta la mansedumbre como una bienaventuranza para volver al estado original del ser humano: *"Dichosos los mansos de corazón, porque poseerán la tierra"* (Mt 5,5). Y el mismo Jesús señala: *"Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón"* (Mt 11,29). Manso es una persona tranquila, dócil, que transmite un estado de serenidad, con las que se apaciguan otras situaciones. No es violento ni maleducado; busca siempre la paz. Hace las cosas con calma, con discreción, pero es eficaz en sus acciones y siempre se muestra disponible. Siempre logra buenos resultados en todo lo que se compromete.

**9. La fidelidad.** Es una de las cualidades fundamentales para alcanzar la perfección. La persona fiel demuestra lealtad; cumple con exactitud la ley de Dios y toda norma fundamental de vida. Es constante en los compromisos asumidos, honrado en su palabra y sus obras. No se desanima con nada ni por nadie, porque confía en Dios. Inspira confianza en los demás, porque cumple lo que promete. En realidad, aprende de la fidelidad de Dios.

**10. La modestia.** La persona modesta conoce sus cualidades, sus logros y sus limitaciones. Es comedida en sus pensamientos, palabras y acciones. La modestia previene de la vanidad, evita exageraciones en todo cuando dice y hace, no pretende lujos ni ostentar el poder. Vive una auténtica autoestima, sigue patrones éticos ante la sociedad en la que vive, naturalmente expresa pudor, decencia e integridad.



**11. La templanza.** La templanza es el dominio de sí mismo. Como fruto del Espíritu está muy lejos de la timidez o inseguridad de sí, ya que es una abstención consciente, opcional y madura, de quien sabe lo que hace y a dónde va. Tiene la capacidad de soportar cualquier prueba por amor a Dios. *"El amor todo lo soporta"* (1Cor 13,7). No es freno ni represión, sino una orientación de los impulsos naturales. Es armonía entre lo interior y lo exterior.

**12. La castidad.** La persona casta –soltera, consagrada o casada– vive la pureza de corazón, y se aleja de todo lo vulgar, porque vive una auténtica rectitud moral. La castidad es fuente de alegría tanto personal como comunitaria; es iluminación, ayuda y fuerza para progresar en el bien, en vistas a un crecimiento y madurez integral. Como fruto del Espíritu, la castidad no se limita a la tarea negativa de renuncia, sino tiene una función positiva que consiste en valorar, de modo justo, la sexualidad, y asignarle el lugar debido en la vida personal, conforme al propio estado de vida. La castidad es un compromiso de vida para aprender a amar.

En realidad, el fruto de la gracia es abundante y múltiple, como lo señala el apóstol Pablo. Nuestra disponibilidad a la acción del Espíritu Divino va presentando resultados maravillosos que él mismo nos hace reconocer y ponerlos al servicio de los demás. Todos podemos descubrir y aprovechar este fruto, que se da en cada uno y se multiplica sin cesar. Al respecto, la Iglesia católica enseña que: *"El fruto del Espíritu consiste en perfecciones que el Espíritu Santo forma en nosotros como primicias de la gloria eterna"* (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 1832).

### 3. LOS SIETE DONES DEL ESPÍRITU DIVINO

La Sagrada Escritura enumera doce elementos que son 'fruto' del Espíritu. En la Biblia el número doce está cargado de simbolismo. Es el resultado de cuatro veces tres, lo cual representa un número completo (cf José Carlos PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 118). Y también es el número de la elección, como por



ejemplo las doce tribus de Israel y los apóstoles como los primeros en ser elegidos. Estas doce cualidades, como fruto del Espíritu de Dios, *“son como las columnas que sustentan nuestra vida, las cuales, a su vez están cimentadas en los siete dones y las siete virtudes”* (J. C. PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 123). Si aprendemos a vivir con este fruto del Espíritu –obra de su gracia, su fuerza y su amor– desglosado en doce canales, seremos personas que venzan todo obstáculo para cumplir su misión. Por el hecho de que los dones provienen del Espíritu Santo, ellos son recursos para madurar, es decir, conformar nuestra vida de acuerdo con la voluntad de Dios. El fruto del Espíritu es representado en las doce características, las cuales significan la totalidad de la gracia de Dios con la acción del Paráclito.

Sabemos que en toda la Escritura Sagrada la palabra *espíritu (rúah)* significa aliento de vida, viento, fuerza renovadora. Y si el Espíritu Santo tiene ese nombre es porque él derrama vida en movimiento, impulsa hacia adelante, no nos deja estancados o inmóviles. Él sopla, mueve, arrastra y libera a cada ser humano de todo acomodamiento e inmovilidad. Así como el viento sopla donde quiere, así es la gracia que nace del Espíritu (cf Jn 3,8). Cristo resucitado sopla cuando derrama el Espíritu en los discípulos (cf Jn 20,22) y los impulsa hacia una misión. El día de pentecostés, el Espíritu los saca del encierro, con una ráfaga de viento impetuoso (cf Hech 2,2). Nosotros también tenemos que responder a los impulsos del Espíritu.

*Don* significa algo que nos es suministrado, ya sea de modo natural o sobrenatural. En el aspecto natural el “don” es considerado como un regalo entregado por alguien; generalmente se trata de algo que necesitamos o puede sernos útil y es generador de ciertas obligaciones entre quien lo da y quien lo recibe. Por lo tanto, cuando recibimos algo de otra persona, ya sea un donativo, un favor o cualquier otro beneficio, lo que recibimos se convierte en una especie de deuda contraída y, por tanto, debemos corresponder de alguna manera para compensar, al menos con un sincero agradecimiento, con un servicio u otro favor. En el aspecto sobrenatural “don” significa la bendición o la gracia recibida de Dios; es una habilidad infundida por el Santo Espíritu, como una inclinación o aptitud que hace al individuo humano destacar ante los demás y lo motiva a poner su talento al servicio del prójimo. Por la acción permanente del Espíritu de Dios todos tenemos numerosos dones, pero nos hace falta descubrirlos y desarrollarlos. Esto requiere atención, esfuerzo y dedicación de nuestra parte (cf J. C. PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 12).

“El Espíritu Santo constituye el alma, es decir, la savia vital de la Iglesia y de cada cristiano: Es el amor de Dios que hace de nuestro corazón su morada y así entra en plena comunión con nosotros. El Espíritu Santo está siempre con nosotros, en nuestro corazón. Él es el único *“amable huésped del alma”* (cf Secuencia de pentecostés). El Espíritu mismo es ‘el don de Dios’ por excelencia (cf Jn 4,10), es un obsequio de Dios, y, a su vez, comunica diversos dones espirituales a quien lo acoge. La Iglesia enumera *siete dones*, número que simbólicamente significa *plenitud o totalidad*; los cuales son los que invocamos en la antigua oración conocida como la Secuencia (del día de pentecostés) de invocación al Espíritu Santo: *Sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios”* (Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, plaza de san Pedro, 9 abril 2014).

En efecto, se considera el siete como el número de la integridad, de la totalidad y de la perfección (cf J. C. PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 115-116). En la Biblia, el sábado es ‘el séptimo día’, con el



que concluye la semana; Dios hizo la creación en 'seis días', pero el séptimo descansó. Cada año séptimo es sabático, lo cual significa tiempo de descanso para la tierra y también la libertad para los oprimidos (cf Lv 25). Y todavía más, Jesús señala una máxima perfección al multiplicarlo, cuando dice a Pedro que no sólo debe perdonar siete veces sino 'hasta setenta veces siete' (Mt 18,22), es decir, sin límites, siempre. Así los siete dones son expresión de las dimensiones tanto material como espiritual de cada persona, obra de la gracia de Dios.

#### 4) MULTIPLICIDAD DE LOS DONES

Dios no priva de su gracia a ninguno de sus hijos, sino que a todos, sin excepción, les confiere diferentes capacidades. Algunos tienen el don de enseñar, otros el de cantar, o el de hablar o predicar, o el de escuchar, o el de servir con amor, etcétera; pero en cada uno es importante perfeccionar tales dones y ponerlos al servicio de los demás para que mantengan su sentido y se multipliquen (cf J. C. PERIERA, *Los siete dones del Espíritu*, 16). Al respecto, el apóstol Pablo afirma que: "Los dones son diferentes, pero el Espíritu es el mismo. Hay actividades distintas, pero Dios, quien hace todo en todos, es el mismo" (1Cor 12,4-6). De modo que el mismo Espíritu que nos concede a cada uno dones diversos nos une a través de esos mismos dones. No importa cuáles y cuántos son nuestros dones, sino las aspiraciones que tenemos, porque van a hacer que nuestros dones se desarrollen más y nos identifiquen como discípulos misioneros de Cristo. El mismo Pablo nos recomienda que aspiremos a 'los dones más altos' (1Cor 12,31), si queremos ir más allá de las apariencias, y subraya la importancia de la caridad como 'el don más excelente'. Dios regala los dones, porque la comunidad los necesita.

Aunque los dones no son concedidos a todos en la misma medida, cada quien los recibe de acuerdo a la voluntad de Dios; y podrá aprovecharlos conforme a su disponibilidad y ante las múltiples necesidades de la comunidad. Algunos reciben más y otros menos, pero en realidad no importa la cantidad recibida, ya que cada uno de nosotros tenemos que administrar provechosamente esos dones y darles la calidad que



merecen por ser regalo de Dios para el servicio de la comunidad.

#### 5) EL PROCESO DE PERFECCIÓN

Estamos llamados a la perfección (o santidad). Cada uno de los siete dones del Espíritu lo recibimos para completar este proceso de perfección (cf J. C. PERIERA, *Los siete dones del Espíritu*, 22). Todos los dones son fruto del amor de Dios. Para reconocer los cuatro dones intelectivos (cf Antonio ROYO MARÍN, *El grande desconocido*, 179) del Espíritu del Señor (los cuales son: entendimiento, sabiduría, ciencia y consejo), conviene tener presente que:

- El entendimiento, en su función propia, es la penetración profunda en las verdades de fe, en el plan de la simple comprensión (es decir, sin emitir juicio sobre ellas).
- La sabiduría se refiere al recto juicio de las cosas divinas.
- Pertenece al don de la ciencia lo que se refiere al juicio recto de las cosas creadas.
- Corresponde al don de consejo la aplicación a los casos concretos y singulares.

#### ALGUNAS APLICACIONES

El Espíritu Santo actúa en nosotros de una manera discreta, pero siempre nos regala no sólo lo que le pedimos o pensamos necesitar, sino lo que realmente nos conviene. La multiplicidad y la plenitud de los dones no dependen de la situación social de la





persona, ni de su estado o estilo de vida, ni de sus méritos o experiencia. Son dones de Dios, los da a los que él quiere, en el momento que él lo decide y con la intensidad que a él le parece bien.

De parte de cada uno de nosotros debe haber siempre gratitud hacia Dios por los dones que hemos recibido. Aunque te falten muchas cosas, o no hayas alcanzado todas las metas que te he propuesto o tengas evidentes necesidades, no puedes dejar de agradecer a Dios por la vida, la capacidad de trabajar y de servir a tus hermanos, etcétera.

De manera particular agradecemos y admiramos el ejemplo de la Virgen María, la cual desde el anuncio del ángel fue nominada como *“la llena de gracia”* (Lc 1,28), es decir, colmada de dones, protegida del Espíritu del Señor, quien la cubrió con su sombra de amor desde la anunciación. Como ella, abramos el corazón a la gracia y al amor de Dios y aprendamos a ser siempre dóciles al Santo Espíritu, como la reina del cielo.

## PRIMER DON DEL ESPÍRITU: LA SABIDURÍA

### 1) *“Ver con los ojos de Dios”*

Dice atinadamente el refrán: *“De sabios es el errar”*, lo cual nos recuerda que la sabiduría auténtica va acompañada de la humildad, de modo que todo ser humano que se deja guiar por el Espíritu Santo aceptará sus errores en vistas a ser mejor y más santo. Ordinariamente imaginamos que las personas estudiosas, o las que leen asiduamente o las que ya tienen la experiencia de los años, son consideradas como las que saben mucho; sin embargo, el don del Espíritu Santo es más interior y trascendente, porque significa una actitud, un modo de llevar la vida y, sobre todo, una disponibilidad para ser ‘instrumentos de Dios’ en todo momento.

“El primer don del Espíritu Santo es *la sabiduría*. No se trata propiamente de la sabiduría humana, que es fruto del conocimiento y de la experiencia. En la

Biblia aparece que **Salomón**, en el momento de su coronación como rey de Israel, pide a Dios el don de la sabiduría (cf 1Re 3,9). Y la sabiduría es precisamente *la gracia de poder ver cada cosa con los ojos de Dios*. Algunas veces vemos las cosas según nuestro gusto o según la situación de nuestro corazón, con amor o con odio, con envidia... No, esto no es el ojo de Dios. La sabiduría es lo que obra el Espíritu Santo en nosotros a fin de que veamos todas las cosas con los ojos de Dios” (Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 9 abril 2014). La sabiduría siempre tiene un sentido práctico, porque significa saber hacer. Salomón, por ejemplo, al ser elegido por Dios, pide sabiduría para gobernar y ser justo.

“La sabiduría consiste en ver las cosas más allá de sus apariencias. **Sócrates**, cuando afirmaba: *‘Sólo sé que no sé nada’*, estaba ofreciendo las pruebas de su inmensa sabiduría, porque el sabio reconoce la pequeñez de lo que ha aprendido. Nuestras limitaciones no nos permiten saber todo, pero la sabiduría hace reconocer las fronteras de nuestros conocimientos. Sólo cuando nos damos cuenta de esto, nos abrimos para ir más allá de lo que sabemos. Si nos contentáramos con la apariencia de las cosas, podríamos formular conceptos erróneos acerca de las mismas. El primer paso para ejercitar la sabiduría está en querer conocer más de cuanto los límites de la apariencia permiten captar” (José Carlos PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 19-2).







## 2) El sabio 'sabe' de Dios

“La sabiduría no es la suma de conocimientos adquiridos, sino de cómo procedemos para adquirir más conocimientos. Un modo de aprender a aprender, no sólo algo que esté a la vista” (J. C. PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 22). Acumular conocimientos que no se practican es común en algunos, pero no alcanzan a vivir la sabiduría, porque se estancan en la teoría; de este modo no facilitan la acción del Espíritu Santo, que siempre impulsa a poner en práctica todo lo que aprendemos para hacer el bien y servir. Ante la palabra de Dios, la sabiduría lleva el firme propósito de ponerla en práctica (cf Lc 6,47-49), como María (cf Lc 8,19-21).

La sabiduría puede parecer un término abstracto, el cual no es fácilmente apreciable; sin embargo, en la Biblia este don del Espíritu no existe fuera del ser humano; por lo cual, para reconocer lo que significa la sabiduría es necesario referirse al que es 'sabio'. “Sabio en general, es aquel que conoce las cosas por sus últimas y más altas causas. El conocimiento que proporciona a la persona el don de la sabiduría es incomparablemente superior al de todas las ciencias. Por eso la sabiduría se da incluso en una persona sencilla e ‘ignorante’..., y, sin embargo, puede poseer un conocimiento profundo de las cosas divinas, como ocurrió con santa Teresita del Niño Jesús. El sabio juzga todas las cosas por sus causas más altas, más divinas, por las razones supremas, ‘a la manera de Dios’ ” (Antonio ROYO MARÍN, *El gran desconocido*, 193-198).



El Espíritu Santo, entonces, hace 'sabio' al discípulo de Cristo. En efecto, el sabio “no tiene una respuesta para cada cosa, ni lo sabe todo, sino ‘sabe’ de Dios, sabe cómo actúa Dios, conoce cuándo una cosa es de Dios y cuándo no es de Dios; tiene esta sabiduría que Dios da a nuestro corazón cuando muestra apertura y docilidad. En el sabio, todo en él habla de Dios y se convierte en un signo hermoso y vivo de su presencia y de su amor. Es un don que Dios da a quienes son dóciles al Espíritu Santo. Dentro de nosotros, en nuestro corazón, tenemos al Espíritu Santo; podemos escucharlo, podemos no escucharlo. Si escuchamos al Espíritu Santo, él nos enseña esta senda de la sabiduría, nos regala la sabiduría que consiste en ver con los ojos de Dios, escuchar con los oídos de Dios, amar con el corazón de Dios, juzgar las cosas con el juicio de Dios. Ésta es la sabiduría que nos regala el Espíritu Santo, y todos nosotros podemos poseerla. Sólo tenemos que pedirla al Espíritu Santo” (Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 9 abril 2014). Para señalar el influjo del Divino Espíritu, el apóstol Pablo dice que: “*El Espíritu todo lo escudriña, hasta las profundidades de Dios*” (1Cor 2,10).

## 3) Sabiduría práctica: Saber hacer

Los que reciben el don de la sabiduría “todo lo ven desde las alturas, desde el punto de vista de Dios, tanto los pequeños episodios de la vida diaria como los grandes acontecimientos. Nunca se fijan en las causas segundas inmediatas; pasan por ellas, sin detenerse un instante, hasta llegar a la causa primera, que lo rige y gobierna todo desde arriba... Un insulto, una bofetada, una calumnia, cualquier ofensa que se lance contra ellos, en el acto se remontan hasta Dios, que lo quiere o lo permite para ejercitarles en la paciencia y aumentar su gloria. No llaman *desgracia* a lo que los seres humanos suelen llamarle así (enfermedad, persecución, muerte o destrucción), sino únicamente a lo que es en realidad una desdicha, por serlo delante de Dios (el pecado, la tibieza, la infidelidad a la gracia)” (Antonio ROYO MARÍN, *El gran desconocido*, 197).



El don de sabiduría nos hace pasar con sencillez y habilidad de la teoría a la práctica. No es lo mismo saber muchas cosas que saber hacerlas, aplicarlas oportunamente, resolver la parte que nos toca asumir. Como don del Espíritu la sabiduría reafirma en el corazón de cada ser humano la firme voluntad de hacer el bien, y, con la fuerza que viene de Dios, logra realizarlo.

### Algunas aplicaciones

Ser sabio no se aprende sólo en los libros, en los talleres o con el paso de los años, sino que "es un regalo del Espíritu Santo. Así, con esta sabiduría, sigamos adelante, construyamos la familia (la comunidad), edifiquemos la Iglesia, y todos nos santificaremos. Pidamos hoy la gracia de la sabiduría; pidámosla a la Virgen, quien es la 'Sede de la sabiduría'. Que ella nos alcance esta gracia" (Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 9 abril 2014). La imagen de María invocada como 'Trono de la sabiduría' está representada junto con el Niño Jesús, y en efecto sus brazos maternales representan el asiento para Cristo, que es la Sabiduría en persona. Nos encomendamos a la Virgen Santísima para que como ella mostremos la apertura a la acción del Espíritu Santo, que nos conduce a Jesús y nos llena de sabiduría para "ver con los ojos de Dios" (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2518-2519).

### Para reflexionar:

La sabiduría es totalmente opuesta a la astucia meramente humana, ya que esta última es una

habilidad, que podría ser usada ocasionalmente para el bien (para no dejarse engañar), pero que mayormente se compara con la perfidia, que mayormente es fruto de la insidia de Satanás. La astucia generalmente nace de la carne, inspirada por las entrañas (o pasiones) o por otros intereses. Algunos traducen acertadamente el término astucia como 'pasarse de vivo', es decir, abusar.

En cambio, la sabiduría nace del corazón. La sabiduría que viene de Dios es habilidad para hacer el bien, siempre el bien, solamente el bien. Se atribuye a santa Teresa de Jesús poner el don de la sabiduría como la predilecta para saber de Dios: "*Si tengo que elegir entre un director espiritual sabio y otro santo, prefiero el sabio*", ya que cualquier otro signo de fervor o perfección debería estar antecedido siempre por saber de Dios. Cuando Jesús dice: "*Miren que yo los envío a ustedes como ovejas en medio de lobos. Sean, pues, astutos como las serpientes, y sencillos como las palomas*" (Mt 10,16), en realidad señala el equilibrio auténtico que debe haber para la verdadera prudencia inspirada por el Divino Espíritu.

## SEGUNDO DON DEL ESPÍRITU: EL ENTENDIMIENTO

### 1) El don de 'asombro' ante las cosas de Dios

"El don de entendimiento es un hábito sobrenatural, infundido por Dios con la gracia santificante, por el cual la inteligencia humana, bajo la acción iluminadora del Espíritu Santo, se hace apta para una penetrante comprensión de las cosas reveladas, e incluso de las naturales en orden al fin último" (Antonio ROYO MARÍN, *El gran desconocido*, 177). "No se trata solamente de una cualidad intelectual natural, sino de una gracia que el Espíritu Santo infunde en nosotros y que nos hace capaces de escrutar el pensamiento de Dios y su plan de salvación. No es que uno tenga pleno conocimiento de Dios, pero el Espíritu nos va introduciendo en su intimidad, haciéndonos partícipes del designio de amor con el que él teje nuestra historia" (Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 30 abril 2014).



El don de entendimiento nos proporciona una comprensión más profunda de las cosas, más allá de lo que ellas revelan en su apariencia. En el aspecto teológico, con el don de entendimiento podemos vislumbrar las verdades reveladas, que despiertan una actitud de 'asombro' (cf Lc 5,9.26; Mt 19,25). Mediante este don de entendimiento conocemos las cosas, a los otros seres humanos y llegamos a tener nosotros mismos la oportunidad de conocernos más profundamente y, así, reconocer la hondura de nuestras limitaciones y miserias, lo cual nos hace más humildes y nos enseña a inclinarnos ante el insondable misterio de Dios y su creación. Nos enseña a relacionarnos mejor unos con otros, porque nos damos cuenta de que no somos mejores ni peores que los demás, sino simplemente diferentes unos de otros (cf José Carlos PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 25). El don de entendimiento equivale a tener una clave acertada para interpretar y afrontar la realidad (pasada, presente o futura), tal como es, sin complicaciones ni confusiones. El que es 'entendido' a los ojos de Dios está guiado permanentemente por el Espíritu.

"En perfecta unión con la virtud de la fe, el entendimiento nos permite comprender cada vez más la palabra de Dios y su acción en nosotros y así percibir todas las cosas como un obsequio del amor divino para nuestra salvación. Como Jesús hizo con los discípulos de Emaús (cf Lc 24,13-34), el Espíritu Santo con este don abre nuestros ojos, incapaces por sí solos de reconocerlo, dando de este modo una nueva luz de esperanza a nuestra existencia" (Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 30 abril 2014).

Afirma san Agustín: "*Creo para entender y entiendo para tener fe*" (San AGUSTÍN, *Confesiones*, X, 23, 33, dice en latín: "*Credo ut intellegam, et intellego ut credam*"). Cuando una persona tiene el don de la fe entiende mejor la realidad, la aplicación de los misterios divinos y hacia dónde lo conduce el amor de Dios. La fe siempre es luz que llega a la razón y al corazón del ser humano por la gracia del Espíritu, por eso intensifica nuestro entendimiento ante las verdades divinas y le da un nuevo y más dinámico enfoque a nuestra vida. Y, desde luego, quien se deja llenar del don de entendimiento, aprenderá a dar



testimonio de una fe viva, coherente, que se manifiesta en sus obras y que invita permanentemente a otros para ser discípulos de Cristo.

Cuando un bautizado *entiende* el don que ha recibido como hijo de Dios desde su primer sacramento, colabora más eficazmente con la gracia de Dios para vivir esa identidad de filiación, siempre impulsado por el Divino Espíritu. De modo semejante se aplica a quien entiende y vive con docilidad y empeño los consejos evangélicos.

Particularmente, los misterios del reino solamente pueden ser entendidos y aplicados únicamente con una actitud de sencillez y humildad (cf Mt 11,25-26). Por tal motivo, el don del entendimiento es siempre auténtico, no superficial como la actitud farisaica que presume de 'entender' lo que ni siquiera conoce, ni presta atención, ni le interesa (JUAN PABLO II, *Exhortación Vita consecrata*, 92). También el don de entendimiento se aplica de modo semejante a la castidad, que debe ser comprendida por quien es elegido por Dios (cf Mt 19,11-12: "*El que tenga oídos que oiga*") y con mayor razón la pobreza evangélica que debe vivirse 'de espíritu y de hecho' (CONCILIO VATICANO II, Decreto *Perfectae caritatis*, 12).

## 2) Con el entendimiento se perfecciona la fe

El don de entendimiento –de modo semejante al de ciencia– perfecciona la virtud teologal de la fe. En efecto, este don del Espíritu manifiesta las verdades con tal claridad que, sin descubrirles todo el misterio,



les da una seguridad inquebrantable de la verdad de nuestra fe. Con el don de entendimiento se llega a la fe pura o fe contemplativa, tan intensamente inculcada por san Juan de la Cruz, como único medio proporcionado para la unión de nuestra inteligencia con Dios (cf A. ROYO MARÍN, *El gran desconocido*, 180-181).

Con el don del entendimiento no se rompen jamás del todo en esta vida los velos del misterio – que menciona san Pablo: *“ahora vemos como en un espejo y confusamente”* (1Cor 13,12)–, pero sus profundidades insondables son penetradas con una vivencia tan clara y entrañable, que se acerca mucho a la visión espiritual. Al respecto, santo Tomás de Aquino escribió: *“En esta misma vida, purificado el ojo del espíritu por el don de entendimiento, puede verse a Dios en cierto modo”* (*“In hac etiam vita, purgato óculo per donum intellectus, Deus quodammodo videri potest”* *Suma teológica* I-II, q 69, a 2, ad 3).

El don de entendimiento nos descubre –bajo las apariencias sensibles– las realidades espirituales. En virtud de este impulso divino, el ‘entendido’ percibe la divina realidad oculta bajo los velos eucarísticos. Los que han recibido este don del entendimiento, en la santa misa y en la visita al Santísimo sacramento “no rezan, no meditan, no discurren; se limitan a contemplar al divino prisionero del amor con una mirada sencilla y penetrante, que les llena el corazón de infinita suavidad y paz: *‘Yo le miro y él me mira’*, como dijo al santo cura de Ars aquel sencillo aldeano poseído por el Divino Espíritu” (A. ROYO MARÍN, *El grande desconocido*, 182).

El Papa Francisco nos dice: “Como Jesús a sus discípulos, con el don de entendimiento, abre nuestros ojos a una nueva luz. Invito a todos a dejar al Espíritu Santo rasgar el velo de oscuridad que ciega nuestra mente y nuestro corazón, para hacer de nosotros verdaderos creyentes, capaces de gustar todo aquello que el Señor nos revela en su palabra y alegrarnos con su designio de amor en nuestras vidas” (Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 30 abril 2014).

El don de entendimiento nos hace comprender las verdades de la salvación, reveladas en las Sagradas Escrituras y en las enseñanzas de la Iglesia y, a partir de éstas, mejorar nuestra relación con el prójimo. El entendimiento nos lleva a ser más amigables y solidarios, actuar con más gratuidad y menos interés, y ser promotores de la paz. “Cuando entendemos los propósitos de los misterios de Dios y los ponemos en práctica, cambiamos nuestra manera de ser y actuar. Entender significa mirar con el corazón, pero pasando por el filtro de la razón; es sentir y conocer los sentimientos y las actitudes de la mente y del corazón de otras personas. Jesús enseña a sus discípulos a poner en práctica el don de entendimiento con la compasión. El término compasión proviene del verbo latino *cumpatior*, que significa ponerse en el lugar del otro, sufrir con el que sufre, hacer que el dolor del prójimo sea mi propio dolor, como Cristo nos dio ejemplo. Quien tiene compasión entiende el sufrimiento del otro, porque el padecimiento del prójimo es también el suyo. De este modo, la persona llena de compasión no descansa hasta ayudar a encontrar una vía de solución del dolor de su prójimo” (José Carlos PERIERA, *Los siete dones del Espíritu*, 29-31). El don del entendimiento conduce a responder con prontitud a la pregunta “¿quién es mi prójimo?” (cf Lc 10,25-37) con la enseñanza de Jesús, el cual se acercó a los más necesitados y ha dado su vida para el perdón de nuestros pecados.

### 3) El entendimiento encuentra soluciones

El entendimiento nos ayuda a encontrar siempre una posible solución a los problemas y hace que la vida tenga un significado grande y hermoso; nos hace descubrir cuál es la voluntad de Dios en cada uno de los acontecimientos cotidianos y que nada ocurre por casualidad, sino que todo es guiado por la providencia de Dios. Aprendemos a extraer una lección de todo lo que pasa en nuestra vida y ayudamos a otros a hacer lo mismo. En la multiplicación de los panes (cf Mt 15,32) Jesús ve a la multitud necesitada, con hambre, y siente compasión de ellos. Compartir es solidaridad, compromiso con el dolor y otras necesidades del prójimo. Jesús se compadece profundamente de la multitud, porque los entiende; así enseña a sus



discípulos a colaborar con lo que tenían (cinco panes y dos peces), aunque fuera muy poco para tanta gente. Quien entiende las necesidades del prójimo siempre brinda una ayuda para solucionarlas (cf J. C. PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 30).

### Algunas aplicaciones

“El don de entendimiento es llamado también ‘*inteligencia*’ y ‘*discernimiento*’. Este don de la *inteligencia* movido por el Espíritu significa una lectura clara y profunda de la realidad, que permite hacer relación con la historia de la salvación en lo que Dios nos ha revelado y en las experiencias de cada día. De por sí, el Santo Espíritu, infundido desde el bautismo, conduce a cada discípulo al discernimiento, no sólo de la elemental distinción entre el bien y el mal, que siempre es necesaria y urgente, sino también con una apertura a la voluntad de Dios, acompañada del firme propósito de perseverar, sin desalentarse jamás. Esto es lo que significa el entendimiento donado por el Espíritu de Dios” (J. C. PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 25).

“*María, por su parte, conservaba todas estas cosas y las volvía a meditar en su corazón*” (Lc 2,17). Así el evangelio demuestra el don de entendimiento del que estaba colmada la madre del redentor. En la pérdida del niño Jesús en el templo de Jerusalén podría dar la impresión de que tanto María como José ‘*no comprendieron*’ –como lo señala el evangelio– (cf Lc 2,50) los grandes misterios que estaban viviendo. Efectivamente, en el lenguaje humano hay palabras,



hechos y otras realidades muy difíciles de comprender y aceptar por la simple razón, pero en el silencio lleno de Dios, con el corazón limpio y generoso, el Espíritu impuso en María y José el don de entendimiento de que ¡Jesús, el Hijo de Dios vino a salvarnos!

La canción “Amar es entregarse”; tiene una preciosa estrofa que a todos nos conviene meditar:

**Orar para entender,  
entender para vivir,  
vivir para llevar  
a Cristo a los demás.**

## TERCER DON DEL ESPÍRITU: EL CONSEJO

### 1) El Espíritu Santo ilumina nuestro corazón

El don de consejo es un hábito sobrenatural por el cual la persona humana, bajo la inspiración del Espíritu Santo, decide rectamente, en los casos particulares, lo que conviene hacer en orden al fin último sobrenatural (cf Antonio ROYO MARÍN, *El gran desconocido*, 154).

Sabemos cuán importante es, en los momentos más serios y delicados, poder contar con las indicaciones de personas sabias y que nos aprecian. Ahora, a través del don de consejo, es Dios mismo, con su Espíritu, quien ilumina nuestro corazón, de tal forma que nos hace advertir el modo justo de hablar, de comportarnos y de seguir el camino de la salvación (cf Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, (7 mayo 2014).

Es difícil a veces conciliar la suavidad con la firmeza, la necesidad de guardar un secreto sin faltar a la verdad, la vida interior con el apostolado, el cariño afectuoso con la castidad más exquisita, ‘la prudencia de la serpiente con la sencillez de la paloma’ (Mt 10,16). Para tal conciliación se requiere la intervención del Espíritu Santo con el don de consejo (cf Antonio ROYO MARÍN, *El gran desconocido*, 156-156).

### 2) ¿Cómo actúa el don de consejo en nosotros?

El Santo Espíritu actúa desde el momento en el que lo invocamos y lo reconocemos alojado en nuestro corazón; el ¡*jamable huésped del alma!* comienza





inmediatamente a hacernos sensibles a su voz y a orientar nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestras intenciones, de acuerdo a las grandes lecciones del amor de Dios. Al mismo tiempo, el Santo Espíritu nos conduce siempre a dirigir nuestra mirada interior hacia Jesús, como modelo de nuestro modo de actuar y de relacionarnos con Dios y con nuestros hermanos. Por lo tanto, el consejo es el don con el cual el Espíritu Santo *capacita nuestra conciencia para hacer una opción concreta en comunión con Dios*, según la lógica de Jesús y de su evangelio. De este modo, el Espíritu nos hace crecer interiormente en la comunidad, y nos ayuda a no caer en manos del egoísmo y del propio modo de ver las cosas.

De manera que el Espíritu nos ayuda a crecer y también a vivir en comunidad. La condición esencial para conservar este don es la oración. Volvemos siempre al mismo tema: ¡La oración! Es muy importante la oración. Aprovechemos cualquier momento para rezar, orar para que el Espíritu nos dé el don de consejo. En la intimidad con Dios y en la escucha de su palabra, poco a poco, dejamos a un lado nuestra lógica personal, impuesta la mayoría de las veces por nuestras cerrazones, nuestros prejuicios y nuestras ambiciones, y aprendemos, en cambio, a preguntar a Dios: “¿Qué quieres de mí?, ¿cuál es tu voluntad?”. De este modo madura en nosotros una *sintonía profunda*, casi connatural en el Espíritu, y se experimenta cuán verdaderas son las palabras de Jesús que nos presenta el evangelio de Mateo: “No se preocupen ustedes de lo que van a decir o de cómo lo

dirán; en aquel momento se les sugerirá lo que tienen que decir, porque no serán ustedes los que hablen, sino que el Espíritu de mi Padre hablará por ustedes” (Mt 10,19-20). Es el Espíritu quien nos aconseja, pero nosotros debemos dejar espacio al Espíritu, para que nos pueda aconsejar. Y dejar espacio es rezar, orar para que él venga y nos ayude siempre (cf Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 7 mayo 2014).

### 3) Dimensión comunitaria del don de consejo

El don de consejo “no significa solamente recibir consejos, sino sobre todo saber discernir los caminos, orientar y escuchar, animarse a sí mismo y a otros, en fin, saber despertar la fe y la esperanza” (José Carlos PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 33). Como todos los demás dones del Espíritu, también el don de consejo constituye un tesoro *para toda la comunidad cristiana*. El Señor nos habla, desde luego, en la intimidad del corazón, pero también se dirige a nosotros a través de la voz y el testimonio de los hermanos. Es verdaderamente un don grande poder encontrar hombres y mujeres de fe que, sobre todo en los momentos más complicados e importantes de nuestra vida; (aquí va punto y coma, no solo coma) nos ayudan a iluminar nuestro corazón y a reconocer la voluntad de Dios aquí y ahora (cf Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 7 mayo 2014).

### 4) Efectos del don de consejo

La persona guiada directamente por el Espíritu Santo parecería que no tiene ninguna obligación o necesidad de consultar sus asuntos con otros seres humanos. Sin embargo, ocurre precisamente lo contrario: Nadie es tan dócil y sumiso, ninguno tiene tan fuerte inclinación a pedir las luces de los legítimos representantes de Dios en la tierra (superiores, director espiritual, confesor, etcétera) como quienes están sometidos al don de consejo (cf A. ROYO MARÍN, *El grande desconocido*, 156).

**Santa Teresa de Jesús** aprendió que, cuando Dios le mandaba realizar alguna cosa, lo consultaba inmediatamente con su director espiritual, sin decirle que se lo había mandado el Señor (para no coaccionar





su libertad de juicio); y sólo después que su consejero había decidido lo que a ella le convenía hacer, entonces le daba cuenta de la comunicación divina, ya que coincidían ambas cosas; y si no, pedía a Dios que cambiase el parecer del consejero espiritual, pero siempre obedeciendo a éste (Santa TERESA de JESÚS, *Vida* 26,5).

### Algunas aplicaciones

El don de pedir o dar un consejo consiste en hablar o escuchar, según corresponda, y permitir que cada persona encuentre la solución adecuada o el alivio que necesita. Sería un grave error imaginarse que el consejero tiene la obligación de resolver todos los problemas que se le plantean y atender cada una de las necesidades. Prácticamente el buen consejo llega por la acción del Santo Espíritu, cuando el que pide consejo abre confiadamente su corazón en el nombre de Dios y se deja iluminar, consolar, sanar y liberar con su gracia. Un buen consejo conduce a la persona para tomar decisiones excelentes.

El Salmo 16 nos invita a orar con estas palabras: *“Bendeciré al Señor que me aconseja, hasta de noche me instruye internamente. Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré”* (vv 7-8). Que el Espíritu infunda siempre en nuestro corazón esta certeza y nos colme de su consolación y de su paz. Pidán siempre el don de consejo.

María, madre del buen consejo, es invocada con gran fervor para aprender de ella su apertura y disponibilidad a la luz del Divino Espíritu. En realidad, todo consejo de por sí es bueno, ya que debe orientar y llenar de fuerza y de paz el corazón de quien lo recibe. Con mayor razón, cuando acudimos a María como madre, experimentamos la bondad de Dios y crecemos intensamente en el amor. La madre del redentor sigue repitiéndonos lo que dijo a los que servían en las bodas de Caná: *“Hagan lo que Jesús les diga”* (Jn 2,5).

*“Madre del buen consejo, ruega por nosotros”.*



### Puedes concluir con la siguiente oración:

*María, madre del buen consejo,  
ayúdanos a que, en el silencio de nuestro corazón,  
lo único que busquemos sea lo que Jesús quiere.  
María, te agradecemos por la forma como nos  
aconsejas,  
con una grande suavidad y con una inmensa bondad.  
Tú rompes nuestros planes, María,  
porque quieres lo mejor de cada uno de tus hijos.  
Danos un corazón manso y humilde,  
de tal manera que estemos abiertos a tus consejos,  
a todo lo que me enseñan mis hermanos,  
a saber escuchar y aconsejar sin herir al prójimo,  
aunque sean consejos fuertes, que nos lleven a la  
cruz.  
Ayúdanos a acogerlos en nuestro corazón.  
Que todo nos lleve a amar más a tu Hijo.  
Que en cada oración salgamos más y más deseosos  
de pertenecer totalmente a Cristo,  
de convertir nuestros corazones a la pasión  
por el amor, hacia el fuego inagotable de tu amor.  
Amén.*

(R. P. Álvaro Corcuera, LC)

### CUARTO DON DEL ESPÍRITU: LA FORTALEZA

#### 1) Siempre necesitamos la fortaleza que viene de Dios

“El don de fortaleza es necesario no sólo en algunas ocasiones o en situaciones especiales, sino que este don debe constituir la nota de fondo de todo



discípulo de Cristo, en el *ritmo ordinario de nuestra vida cotidiana*. Todos los días debemos ser fuertes, necesitamos esta fortaleza para llevar adelante nuestra vida, nuestra familia (comunidad), nuestra fe. Cuando en la vida ordinaria nos llegan las dificultades, recordemos esto: *'Todo lo puedo en aquél que me da la fuerza'* (Flp 4,13). El Señor da la fuerza siempre, no permite que nos falte. El Señor no nos prueba más de lo que nosotros podemos tolerar. *Él está siempre con nosotros*" (Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 14 mayo 2014). Nada pudo separar a Pablo del amor de Dios, porque el don de fortaleza estaba con él. Así afirmó el apóstol de las naciones que, en los momentos de flaqueza, él se sentía más fuerte, porque es en la debilidad donde la fuerza de Dios manifiesta todo su poder (cf 2Cor 12,9).

El don de fortaleza nos da confianza, seguridad, no nos permite desistir, no importa lo que haya que soportar (cf José Carlos PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 43). "El don de fortaleza es un hábito sobrenatural que robustece el alma de cada ser humano para practicar, por impulso interior del Espíritu Santo, toda clase de virtudes heroicas con invencible confianza para superar los mayores peligros o dificultades que puedan surgir". "El don de fortaleza hace al ser humano capaz de sobrellevar los mayores males y exponerse a los más inauditos peligros con gran confianza y seguridad. El don de fortaleza, apoyándose completamente en la divina omnipotencia, se extiende a todo, se basta para todo y hace exclamar como Job: *"Ponme, Dios mío, junto a ti y venga a ponerme a prueba el que quiera"* (Job 17,3) (Antonio ROYO MARÍN, *El gran desconocido*, 128-131).

Quien nunca enfrentó los obstáculos, tendrá más dificultades para combatir contra ellos; pero quien acepta afrontar los retos, adquiere mayor resistencia y destreza para vencerlos. La fuerza que viene de Dios puede transformar los obstáculos en medios para alcanzar el fin; el don de fortaleza nos asegura tranquilidad y paz también en las horas más tormentosas y complicadas. La fortaleza va acompañada del dominio de sí.

Las personas fuertes por la acción del Espíritu no sólo tienen la apariencia física de robustez o vigor, adquirido en el trabajo o el ejercicio constante, sino tienen sobre todo el ánimo de lucha y perseverancia, que proviene de su interior, permitiéndoles atravesar cualquier tipo de dificultades, sin desfallecer y sin demasiado desgaste. En efecto, seguir hacia adelante, a pesar de los conflictos, enfrentándolos con valor, sin desanimarse jamás, es una muestra evidente del don de fortaleza. Quien aprovecha el don de fortaleza asume con alegría los deberes que la vida le impone y, de alguna manera, encuentra tiempo para realizar con maestría sus sueños y proyectos. Cuando el don de fortaleza es llevado a la práctica resistimos con mayor destreza ante las seducciones del mundo y enfrentamos con valor y prudencia los riesgos de nuestros proyectos; en fin, cuando tenemos la convicción de hacer algo certero no tememos las consecuencias, ni nos acobardamos ante las amenazas y persecuciones (cf J. C. PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 39-40).

La *'resignación'*, a pesar de ser una actitud tan noble y benéfica, es sólo una antesala de la fortaleza. Los santos, por ejemplo, no se resignan propiamente ante el dolor, sino que salen gozosos a su encuentro. *"He llegado a no poder sufrir –decía santa Teresita del Niño Jesús–, porque me es dulce todo padecimiento"* (*Novísima verba*, día 29 de mayo). Aquí aparece un lenguaje lleno de heroísmo, verdaderamente sobrehumano, que procede directa e inmediatamente de la intensa actuación del don de fortaleza (cf A. ROYO MARÍN, *El gran desconocido*, 138).





## 2) Ejemplos de personas que vivieron la fortaleza en el Espíritu

Las personas verdaderamente fuertes en el Espíritu, que ha producido la historia de la humanidad, ellas mismas se reconocieron como los más frágiles y pequeños. En la Sagrada Escritura el don de fortaleza expresa tenacidad, arrojo y valentía (Acerca de estos ejemplos puede verse: J. C. PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 44):

**El apóstol Pedro**, quien negó tres veces a Jesús, después de haberle prometido que moriría por él se presenta ante el pueblo en la mañana de Pentecostés con una entereza y valentía sobresalientes. Ya no teme a nada ni a nadie... En efecto, los apóstoles son apaleados e insultados, y salen '*contentos de haber sufrido aquellos ultrajes en el nombre de Jesús*' (Hech 5,41). Todo esto es efecto del don de fortaleza, que los discípulos recibieron en el cenáculo, con una plenitud inmensa, en la mañana de la venida del Divino Espíritu. Pedro se reconoció pecador –lleno de debilidades– ante Jesús; sin embargo, Cristo le confió las llaves del cielo (cf Lc 5,8), un signo evidente de 'poder' para servir.

**San Francisco de Asís** no aceptó el dinero y el poder que heredaría de su familia, sino prefirió fundar un estilo de vida consagrada en total experiencia de pobreza; así vivió las propuestas del evangelio con intensa radicalidad. Para 'reconstruir la Iglesia'



como consigna divina enfrentó muchos obstáculos y demostró el verdadero don de fortaleza.

**Mahatma Gandhi** –quien profesaba la religión hindú y fue promotor de la unidad– mostró el don de fortaleza en su vida con el método de la no violencia. Dejó para la India y el mundo entero un legado de unidad y de paz, que son resultado de este don precioso que el Espíritu regala a quien quiere.

La madre santa **Teresa de Calcuta**, conmovida profundamente por las necesidades de los más pobres, se dedicó por completo a los enfermos y abandonados; así encontró su fortaleza en la fragilidad de los marginados, ayudándolos a ser fuertes de espíritu.

**Cristo** mismo, quien asumió nuestra fragilidad humana –menos en el pecado–, lo hizo para que fuéramos fortalecidos. En la frágil figura del Niño nacido en Belén y en la cruz que padeció encontramos los ejemplos más contundentes del don de fortaleza, ya que él asumió nuestra naturaleza humana para que participáramos de su divinidad (cf Flp 2,6-11).

### Algunas aplicaciones

"Con el don de fortaleza estamos capacitados para enfrentar duras pruebas" (José Carlos PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 45). "A veces podemos ser tentados de dejarnos llevar por la pereza o, peor aún, por el desaliento, sobre todo ante las fatigas y las pruebas de la vida. En estos casos, no nos desanimemos, invoquemos al Espíritu Santo, para que con el don de fortaleza dirija nuestro corazón y comunique nueva fuerza y entusiasmo a nuestra vida y a nuestro seguimiento de Jesús" (Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 14 mayo 2014).

San **Pío de Pietrelcina** ofrece una experiencia del amor cotidiano de Jesús por cada uno de nosotros: "Casi todos –nos dice Jesús, señala el padre Pío– vienen a mí para que les alivie la cruz; son muy pocos los que se me acercan para que les enseñe a llevarla". No nos quejemos de las cruces que nos llegan, pidamos a Dios que nos dé fuerzas para llevarlas.



San **Juan Crisóstomo** dice que: “Hemos de levantarnos de la sagrada mesa –en cada Eucaristía– con fuerzas de león para lanzarnos a toda clase de obras heroicas para la gloria de Dios” (Juan CRISÓSTOMO, In lo. *Homilía* 61,3).

Ser fuerte no significa ser arrogante, vanidoso o prepotente; sino, por el contrario, exige humildad de corazón, en los triunfos y derrotas. Es fuerte quien a pesar de las dificultades no se rinde, sino lucha y vence; y sobre todo no pierde la sencillez y está dispuesto a animar a otros.

“Hay también *momentos difíciles y situaciones extremas* en las que el don de fortaleza se manifiesta de modo extraordinario, ejemplar. Es el caso de quienes deben afrontar experiencias particularmente duras y dolorosas, que revolucionan su vida y la de sus seres queridos. La Iglesia resplandece por el testimonio de numerosos *hermanos y hermanas que no dudaron en entregar la propia vida*, con tal de permanecer fieles al Señor y a su evangelio. También hoy no faltan discípulos de Cristo que en muchas partes del mundo siguen celebrando y testimoniando su fe, con profunda convicción y serenidad, y resisten incluso cuando saben que ello puede comportar un precio muy alto. También nosotros, todos nosotros, conocemos gente que ha vivido situaciones difíciles, numerosos dolores. Pero, pensemos en esos hombres, en esas mujeres que tienen una vida difícil,

que luchan por sacar adelante la familia, educar a los hijos: hacen todo esto porque está el espíritu de fortaleza que les ayuda. Cuántos hombres y mujeres –nosotros no conocemos sus nombres– que honran a nuestro pueblo, honran a nuestra Iglesia, porque son fuertes. Fuertes al llevar adelante su vida, su familia, su trabajo, su fe. Estos hermanos y hermanas nuestros son santos, santos en la cotidianidad, santos ocultos en medio de nosotros. Tienen el don de fortaleza para llevar adelante su deber de personas, de padres, de madres, de hermanos, de hermanas, de ciudadanos. ¡Son muchos! Demos gracias al Señor por estos hijos de Dios que viven una santidad oculta. Es el Espíritu Santo que ellos tienen dentro quien les conduce. Y nos hará bien pensar en esta gente: si ellos hacen todo esto, si ellos pueden hacerlo, ¿por qué yo no? Y también nos ayudará pedir al Señor que nos dé el don de fortaleza” (Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 4 mayo 2014).

En los problemas más intensos las gracias comunes no son suficientes, sino que se precisan las luces y auxilios extraordinarios. Por esto, el profeta Isaías enumera juntamente los dones de consejo y de fortaleza; el primero para iluminar el espíritu; y el otro, para robustecer el corazón (cf Antonio ROYO MARÍN, *El grand desconocido*, 134). Ser fuerte significa vivir la magnanimidad, que concede un amplio criterio ante la realidad y hace al ser humano capaz de vivir la auténtica esperanza.

*Santa María de Guadalupe, esperanza nuestra, salva nuestra patria y aumenta nuestra fe.*

## QUINTO DON DEL ESPÍRITU: LA CIENCIA

### 1) Conocer para amar la creación

El don de ciencia es llamado también don de *conocimiento*; no significa exclusivamente un conjunto de aprendizajes sistematizados, adquiridos por medio de la observación intelectual, de la investigación o del hallazgo de cierta categoría de fenómenos y datos, formulados metódica y racionalmente. No significa ser un científico, sino ser capaces de interpretar



los 'signos de los tiempos'. Es el don que nos hace conocer las cosas creadas en relación con el Creador (cf José Carlos PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 47).

“Cuando se habla de ciencia, el pensamiento se dirige inmediatamente a la capacidad del ser humano de conocer cada vez mejor la realidad que lo rodea y descubrir las leyes que rigen la naturaleza y el universo. La ciencia que viene del Espíritu Santo, sin embargo, no se limita al conocimiento humano, sino que es un don especial, que nos lleva a captar, a través de la creación, la grandeza y el amor de Dios y su relación profunda con cada creatura” (Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 21 mayo 2014). “El Espíritu es quien da 'la identidad' a cada discípulo de Cristo. Por eso –dice el Papa Francisco– tú puedes tener cinco licenciaturas en teología, pero no tener al Espíritu de Dios, y quizá tú serás un grande teólogo, pero no necesariamente un seguidor de Cristo, si no tienes al Espíritu de Dios (cf 1Cor 2,10-16). Muchas veces encontramos entre nuestros fieles a ancianitas sencillas, que quizá no terminaron la escuela primaria, pero te hablan de las cosas creadas mejor que un teólogo, porque tienen el Espíritu de Cristo” (Papa FRANCISCO, *Homilía en Santa Marta*, 2 septiembre 2014).

“El don de ciencia es un hábito sobrenatural, infundido por Dios con la gracia santificante, por el cual la inteligencia del ser humano, bajo la acción iluminadora del Espíritu Santo, juzga rectamente de las cosas creadas, en orden al fin último sobrenatural” (Antonio ROYO MARÍN, *El gran desconocido*, 163-164). Es la recta estimación de la presente vida temporal en orden a la vida eterna. Bajo la acción del don de ciencia, el ser humano no procede por razonamiento, que es fruto de su esfuerzo, sino que juzga rectamente de todo lo creado por un impulso superior y una luz más alta y profunda.

“Cuando nuestros ojos son iluminados por el Espíritu se abren a la contemplación de Dios, en la belleza de la naturaleza y la grandiosidad del universo, y nos llevan a *descubrir cómo cada cosa nos habla de él y de su amor*. Todo esto suscita en nosotros un



grande asombro y un profundo sentido de gratitud. Es la sensación que experimentamos también cuando admiramos una obra de arte o cualquier maravilla que es fruto del ingenio y de la creatividad del ser humano. Ante todo esto el Espíritu nos conduce a alabar al Señor desde lo profundo de nuestro corazón y a reconocer, en todo lo que tenemos y somos, un don inestimable de Dios y un signo de su infinito amor por nosotros” (Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 21 mayo 2014).

### 1) Importancia y necesidad del don de ciencia

El don de ciencia es sumamente necesario para que la fe pueda llegar a su pleno desarrollo. No basta estar al tanto de la verdad revelada, sino que se requiere también el impulso sobrenatural para descubrir y juzgar rectamente las relaciones entre estas verdades divinas con el mundo natural y sensible que nos rodea. Sin este impulso sobrenatural, la misma fe estaría en peligro, ya que atraídos y seducidos por el encanto de las cosas creadas e ignorando el modo de relacionarlas con lo sobrenatural, fácilmente erraríamos el camino. Por obra del Espíritu Santo, el don de ciencia nos conduce a juzgar rectamente las cosas creadas en orden a Dios. La caducidad de las cosas creadas, contemplada a través del don de ciencia, motivaba al apóstol Pablo para que las estimase como 'basura' con tal de ganar a Cristo (Flp 3,8). También el don de ciencia es el que daba a santa Teresa de Ávila aquella admirable facilidad para explicar las cosas de Dios, valiéndose de comparaciones y semejanzas tomadas





de las cosas creadas (cf A. ROYO MARÍN, *El gran desconocido*, 166).

### Señales del don de ciencia

Los que participan del don de ciencia tiene mayor claridad en todos sus conocimientos. Descubren grados de perfección que son desconocidos para los otros. Ven a simple vista si las acciones son inspiradas por Dios y conforme a sus designios; tan pronto como se desvían un poco de los caminos de Dios, lo perciben inmediatamente. Señalan imperfecciones allí donde otros no las pueden reconocer y no están sujetos a engañarse en sus sentimientos, ni a dejarse sorprender por las ilusiones engañosas del mundo. Si alguien les pide la razón de su respuesta, no dirán ninguna palabra, ya que ordinariamente conocen todo esto sin razonamiento personal, sino por una luz superior a todas las razones (cf A. ROYO MARÍN, *El gran desconocido*, 163)

Dotado con la ciencia del Espíritu, san Vicente Ferrer predicaba con éxito a lo largo de su ministerio. Se abandonaba al Espíritu Santo, ya sea para preparar sus sermones como para pronunciarlos, y todo el mundo quedaba impresionado. Era notable que el Espíritu Divino hablaba por su boca. Un día en que debía predicar ante un príncipe creyó que debía aportar a la preparación de su sermón un mayor estudio y diligencia humana. Así lo hizo con extraordinario interés; pero ni el príncipe ni el resto del auditorio quedaron satisfechos de esta predicación tan estudiada; en cambio, al día siguiente, predicó como de ordinario, según el movimiento del Espíritu de Dios. Se le hizo notar la diferencia entre esos dos sermones, a lo cual respondió: 'Es que ayer predicó fray Vicente y hoy ha sido el Espíritu Santo'.

### Algunas aplicaciones

El don de ciencia nos enseña a despojarnos de muchas cosas y a vivir solamente con las esenciales y trascendentes. El don de conocimiento nos hace reconocer que todo lo creado por Dios es digno de nuestro respeto; aprendemos también a respetar más a nuestros semejantes, porque vemos en ellos con mayor



claridad la imagen y semejanza con Dios (cf Salmo 8). Este don del Espíritu nos hace ver el sufrimiento y la humillación de una manera nueva; nos impulsa a lidiar con el dolor, las pruebas y las humillaciones de manera noble y a vivirlos con dignidad. "Nos enseña a preparar aguas frescas con las frutas ácidas" (cf J. C. PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 50).

Este don del Espíritu no permite retribuir mal con mal, ni vengarse de las maldades que nos cometen, ya que el don de conocimiento nos enseña a perdonar las debilidades humanas y a transformar el mundo en un 'nuestra casa' (Papa FRANCISCO, Encíclica *Laudato si'*, 17). Esto es posible si nos dejamos conducir por el don de ciencia. Nos da la sensibilidad para reconocer e interpretar los signos de los tiempos –es decir, para comprender la realidad y responder conforme a la enseñanza de Cristo. Con el don de conocimiento tenemos la sensibilidad para estar más atentos ante los acontecimientos y tomar, en determinado momento, decisiones acertadas. Tener este don del Espíritu significa actuar seguros de estar haciendo el bien, como lo hizo Jesús (cf J. C. PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 52). El don de ciencia nos ayuda a transformar la dura realidad, haciéndola conforme Dios la quiere; provoca que las relaciones entre los seres humanos sean regidas por un sincero y benevolente amor al prójimo. Ciencia y piedad deben darse hermanadas en nosotros para no caer en desviaciones. "Ciencia sin piedad, hincha. Piedad sin ciencia, fanatiza" (CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA).





“En el primer capítulo del Génesis, precisamente al inicio de toda la Biblia, se pone de relieve que Dios se complace de su creación, subrayando repetidamente la belleza y la bondad de cada cosa. Al término de cada jornada está escrito: ‘Y vio Dios que era bueno’ (Gn 1-25). Si Dios ve que la creación es una cosa buena, es algo hermoso, también nosotros debemos asumir esta actitud y ver que la creación es algo bueno y hermoso. He aquí el don de ciencia que nos hace ver esta belleza; por lo tanto, alabemos a Dios, démosle gracias por habernos dado tanta belleza. Y cuando Dios terminó de crear al hombre (y a la mujer) no dijo: ‘vio que era bueno’, sino que dijo que era ‘muy bueno’ (v 31). A los ojos de Dios nosotros somos lo más hermoso, lo más grande, lo mejor de la creación; incluso los ángeles están por debajo de nosotros, somos más que los ángeles, como escuchamos en el libro de los Salmos (cf Sal 8). El don de ciencia nos coloca en profunda *sintonía con el Creador* y nos hace participar en la limpidez de su mirada y de su juicio. Y en esta perspectiva logramos ver en el hombre y en la mujer el vértice de la creación, como realización de un diseño de amor que está impreso en cada uno de nosotros y que hace que nos reconozcamos como hermanos y hermanas” (Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 21 mayo 2014).

“Todo esto es motivo de serenidad y de paz, y hace del cristiano un testigo gozoso de la obra de Dios, siguiendo las huellas de san Francisco de Asís y de muchos santos que supieron alabar y cantar su amor a través de la contemplación de la creación. Al mismo tiempo, el don de ciencia nos ayuda a no caer en algunas actitudes excesivas o equivocadas. La primera la constituye el riesgo de considerarnos dueños de la creación. La creación no es una propiedad, de la cual podemos disponer a nuestro gusto; ni mucho menos es una propiedad sólo de algunos, de pocos. La creación es un don maravilloso que Dios nos ha dado para que *cuidemos de él y lo utilicemos en beneficio de todos, siempre con gran respeto y gratitud*. La segunda actitud errónea está representada por la tentación de detenernos en las creaturas, como si éstas pudiesen dar respuesta a todas nuestras expectativas. Con el don de ciencia el Espíritu nos ayuda a no caer en este error.

Volvamos a la primera vía equivocada: disponer de la creación en lugar de custodiarla. Debemos custodiar la creación, porque es un don que el Señor nos ha regalado; nosotros somos custodios de la creación. Cuando explotamos la creación destruimos el signo del amor de Dios. Destruir la creación, es decir a Dios: ‘No me gusta’. He aquí el pecado. El cuidado de la creación es precisamente la custodia del don de Dios y significa decir a Dios: ‘Gracias, yo soy el custodio de la creación para hacerla progresar, jamás para destruir tu don’. Ésta debe ser nuestra actitud respecto a la creación: Custodiaria, porque si nosotros destruimos la creación, ¡la creación nos destruirá! No olviden ustedes esto. Una vez estaba en el campo y escuché un dicho de una persona sencilla, a la que le gustaban mucho las flores y las cuidaba. Debemos cuidar estas cosas hermosas que Dios nos ha dado; la creación es para nosotros a fin de que la aprovechemos bien; no explotarla, sino custodiaria, porque *Dios perdona siempre, nosotros los seres humanos perdonamos algunas veces, pero la creación no perdona nunca*; y si tú no la cuidas ella te destruirá. Esto debe hacernos pensar y debe hacernos pedir al Espíritu Santo el don de ciencia para comprender bien que la creación es el regalo más hermoso de Dios. Él hizo muchas cosas buenas para la mejor obra de la creación, que es la persona humana” (Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 21 mayo 2014).





### Consagración al Espíritu Santo

Recibe, ¡oh Espíritu Santo!,  
la consagración perfecta y absoluta  
de todo mi ser, que te hago en este día,  
para que te dignes ser en adelante,  
en cada uno de los instantes de mi vida,  
en cada una de mis acciones: mi director, mi luz, mi  
guía,  
mi fuerza y todo el amor de mi corazón.  
Yo me abandono sin reservas a tus divinas  
operaciones  
y quiero ser siempre dócil a tus santas inspiraciones.  
¡Oh Espíritu Santo!, dignate formarme  
con María y en María, según el modelo de Jesús.  
Gloria al Padre creador, gloria al Hijo redentor,  
gloria al Espíritu santificador. Amén.

### SEXTO DON DEL ESPÍRITU: LA PIEDAD

#### 1) El don de piedad nos vincula profundamente con Dios

El don de piedad es un hábito sobrenatural, infundido por Dios para despertar en nuestra voluntad, por el impulso del Espíritu Santo, un afecto filial hacia Dios Padre y un sentimiento de fraternidad universal. Es decir, nos concede un vínculo estrecho como familia de Dios (cf Antonio ROYO MARÍN, *El gran desconocido*, 142). El don de piedad orienta las relaciones que tenemos con Dios y con el prójimo volviéndolas más perfectas.



En primer lugar, la piedad es un don interno y personal en la relación con Dios. “Don que nos hace orar de buena gana y gustosamente, con entusiasmo; es el que hace surgir del corazón una oración fluida, serena y sosegada; es la capacidad de hablar con Dios filialmente, tiernamente, de alabarlo y adorarlo” (Carlo María MARTINI, *Donde arde el Espíritu*, 14-15). Una persona piadosa es una persona de oración, porque siempre confía en Dios. La vida de oración está incluida de manera particular en el don de piedad, pero no se reduce a esto, ya que junto con la oración está la acción, el compromiso con el prójimo. En efecto, la piedad auténtica nos hace personas de oración, de una plegaria encarnada en una realidad más amplia; la piedad hace abarcar incluso a los que nos ofenden, ya que nos damos cuenta de que tales personas ofensivas requieren de nuestra compasión y por eso necesitan más de nuestras oraciones (cf José Carlos PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 53-57).

“La piedad es un don del Espíritu Santo que indica nuestra pertenencia a Dios y nuestro vínculo profundo con él; un vínculo que da sentido a toda nuestra vida y que nos mantiene firmes, en comunión con él, incluso en los momentos más difíciles y tormentosos. Este vínculo con el Señor no se debe entender como un simple deber o una imposición. Es un vínculo que viene desde dentro. Se trata de *una relación vivida con el corazón*. Es nuestra amistad con Jesús, una amistad que transforma definitivamente nuestra vida y nos llena de entusiasmo, alegría y paz. Por ello, ante todo, el don de piedad suscita en nosotros la gratitud y la alabanza. Es esto, en efecto, el motivo y el *sentido más auténtico de nuestro culto y de nuestra adoración*. Cuando el Espíritu Santo nos hace percibir la presencia del Señor y todo su amor por nosotros, nos enciende el corazón y nos mueve casi naturalmente a la oración y a la celebración. Piedad, por lo tanto, es sinónimo de auténtico espíritu religioso, de confianza filial con Dios, de esa capacidad de dirigirnos a él con amor y sencillez, que es propia de las personas humildes de corazón” (Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 4 junio 2014).

#### 2) El aspecto comunitario del don de piedad



Piedad es el don que, a ejemplo de Cristo, nos hace mansos y humildes de corazón (cf Mt 11,29). En este sentido, piedad equivale a misericordia y compasión. Más que un sentimiento o una práctica externa, “piedad es un modo de vivir que nos hace tan humanos, que revela lo divino presente entre nosotros” (cf J. C. PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 53-57).

Piedad es hacer del sufrimiento ajeno nuestro propio sufrimiento. El don de piedad es algo que envuelve, moviliza, conmueve y esto nos compromete a actuar a favor de quien sufre (cf 1Cor 9,22). Algunos confunden la piedad con ‘lástima’, reduciendo la piedad a un sentimiento superficial, que ordinariamente no se concretiza. Por otra parte, el don de piedad no sólo nos exige cumplir nuestros deberes religiosos de manera filial –lo cual es una parte importante del don de Dios–, sino también nos lleva a experimentar un interés fraterno por todos nuestros semejantes, como descubrimos en la vida de los santos como: Francisco de Asís, Vicente de Paúl y la Madre Teresa de Calcuta.

Con el don de piedad extirpamos de nuestro vocabulario y de nuestras acciones la ‘venganza’, porque tal impulso capital –derivado del odio– resulta siempre insaciable. La venganza genera una satisfacción falsa, un sentimiento de placer momentáneo, efímero, que muy pronto deja un vacío y una insatisfacción mayor. Al respecto, escribe Tertuliano: “¿Quieres ser feliz por un instante?: Végate. ¿Quieres ser feliz



*para siempre? Perdona*”. El don de piedad –como todo don del Espíritu, impulsado por el amor– nos conduce a perdonar y jamás devolver mal por mal. Al no retribuir el mal con el mal rompemos una cadena de maldades, poniendo fin a un círculo vicioso. Así el don de piedad revoluciona el campo de las relaciones, promoviendo una sociedad más justa y fraterna, que no sigue la ‘ley del talión’: ‘Ojo por ojo y diente por diente’ (cf Mt 5,38), sino que, por el contrario, practica la misericordia y el perdón. La violencia engendra violencia, y el amor genera amor (cf J. C. PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 56-57).

En eso consiste la piedad: perdonar por amor. Por lo tanto, el don de piedad se manifiesta de modo significativo en el comportamiento con los demás. Es el don de la sensibilidad en las relaciones humanas, que nos permite tratar a todos con suma delicadeza, con total afecto (cf Carlo María MARTINI, *Donde arde el Espíritu*, 17). “El don de piedad nos sensibiliza ante cualquier sufrimiento. Así el don de piedad, a ejemplo de Jesús, nos hermana en el dolor. La piedad nos abre a la voluntad de Dios y nos enseña a ver, en el rostro del hermano que sufre, a Cristo doliente. Mediante el don de piedad, procuramos hacer por el otro todo cuanto nos gustaría que nos hicieran a nosotros (cf Mt 7,12)” (J. C. PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 53).

Dice al respecto el Papa Francisco: “Si el don de piedad nos hace crecer en la relación y en la comunión con Dios y nos lleva a vivir como hijos suyos, al mismo tiempo nos ayuda a *volcar este amor también en los demás y a reconocerlos como hermanos*. Y entonces seremos movidos por sentimientos de piedad respecto a quien está a nuestro lado y de aquellos que encontramos cada día”. Hay una grande diferencia entre el don de piedad y el **pietismo**. “Algunos piensan que tener piedad es cerrar los ojos, poner cara de estampa, aparentar ser como un santo. Esto no es el don de piedad. El don de piedad significa ser verdaderamente capaces de gozar con quien experimenta alegría, llorar con quien llora, estar cerca de quien está solo o angustiado, corregir a quien está en el error, consolar a quien está afligido, acoger y socorrer a quien pasa necesidad. Hay una relación muy estrecha entre el don de piedad y la



mansedumbre. El don de piedad nos hace apacibles, serenos, pacientes, en paz con Dios y al servicio de los demás con mansedumbre” (Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 4 junio 2014).

Jesús, desde Niño, vivió profundamente el don de piedad, porque sentía el gusto interior de llamar a Dios ‘Padre’ y de vivir como el Hijo amado. ‘*¿No sabían –le dice el Niño a María y a José cuando lo encontraron en el templo– que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?’* (cf Lc 2,49). Dios Padre es inmensamente piadoso con nosotros, porque, aunque conoce nuestras limitaciones, flaquezas e ignorancia, ¡sigue confiando en nosotros! Nos comprende en todo, nos concede cuanto necesitamos y nos conviene, no sólo lo que le pedimos. El don de piedad nos pone en sintonía con el Padre celestial. Es el don de la confianza de los hijos de Dios con su Padre. Nos hace tomar conciencia de la grande enseñanza de Jesús: tenemos un Padre misericordioso, que nos ama infinita e incondicionalmente y nos invita permanentemente a seguir el camino de la salvación (cf J. C. PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 55-57). Así, los que están profundamente gobernados por el don de piedad están convencidos que la tierra y la creación entera es la ‘casa del Padre’, en la que todo cuanto existe les habla de él y de su infinita bondad (cf Antonio ROYO MARÍN, *El gran desconocido*, 142; véase también: Papa FRANCISCO, Encíclica *Laudato si’*, 17).

Cristo, al pedir al Padre en la cruz que perdonara

a sus verdugos, ‘porque no sabían lo que estaban haciendo’ (cf Lc 23,34), nos da ejemplo de inmensa piedad. Tener piedad no es un gesto de fragilidad, sino de fortaleza, nobleza y profunda conciencia. Sólo tienen piedad los que están en armonía consigo mismos y con Dios. Las personas equilibradas son piadosas, porque aprenden las lecciones de la sabiduría divina.

El don de piedad nos renueva constantemente, nos hace agradecidos; con ella vamos más allá de lo ya establecido, de lo trivial, de lo que todos hacen. Cuando tomamos conciencia del don de piedad se amplían nuestros horizontes y llegamos a amar no sólo a quien nos ama, sino que también amamos a nuestros enemigos (cf Mt 5,44) (cf J. C. PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 55-56). El don de piedad nos enseña que somos hijos de Dios y herederos de todo lo creado por él, y como herederos, debemos cuidar la obra que Dios nos ha confiado (cf Papa FRANCISCO, Encíclica *Laudato si’*, 17).

El don de piedad produce una maravillosa experiencia filial ante el Padre eterno. Así lo expresa el apóstol Pablo: “*Porque ustedes no han recibido el espíritu de esclavitud para reincidir de nuevo en el temor, antes bien han recibido el espíritu de hijos adoptivos, por el que clamamos: ¡Abbá!, ¡Padre!*” (Rm 8,15-16). Sobresale el ejemplo de santa Teresita del Niño Jesús –en la que brilló el don de piedad en grado sublime– al pensar en la gran ternura de Dios Padre: “*Cierto día, al entrar una novicia en su celda, se detuvo sorprendida ante la celestial expresión del rostro de Teresa. Ella estaba cosiendo con gran actividad y, no obstante, parecía abismada en profunda contemplación. –¿En qué piensas?, le preguntó la joven hermana. –Estoy meditando el Padre nuestro, respondió ella. ¡Es tan conmovedor llamar a Dios Padre nuestro!... Y al decir esto, las lágrimas brillaban en sus ojos*” (Santa TERESITA del Niño Jesús, *Historia de un alma*, c 12,4).

La actitud contraria al don de piedad es la impiedad, la cual es llamada ‘dureza de corazón’ (Salmo 94), que significa insensibilidad, es decir, no ama a Dios ni sabe comprender a los demás (cf C. M. MARTINI, *Donde*



*arde el Espíritu*, 18). Una persona que no se avergüenza ni 'llora' por sus pecados tiene mucho de impiedad o impureza, porque ha endurecido su corazón ante el amor del Padre.

## SÉPTIMO DON: EL TEMOR DE DIOS

### 1) Abandono en las manos del Padre eterno

El don de temor es un hábito sobrenatural por el cual el justo (santo, fiel y coherente), bajo el impulso del Espíritu Santo y dominado por un sentimiento reverencial hacia la grandeza de Dios, adquiere docilidad especial para amar, reconocer el sentido de 'lo sagrado', apartarse del pecado y someterse a la voluntad de Dios (cf Antonio ROYO MARÍN, *El grande desconocido*, 115). Como señala con vigor la antigua bienaventuranza del Salmo que dice: "*Dichoso el que teme al Señor y ama de corazón sus mandatos, su linaje será poderoso en la tierra, la descendencia del justo será bendita*" (Salmo 11,1-2). En realidad, el temor es amor; si se hiciera referencia a algún temor, no es propiamente ante Dios, sino el miedo a ofenderlo, incluso en las cosas más sencillas, lo cual equivale a una noble sensibilidad o delicadeza de conciencia, obra del Santo Espíritu. El 'justo' teme fallar a Dios o alejarse de Él", porque lo ama. "Así el temor de Dios es el don de la prudencia y la humildad. Prudencia al tratar las cosas sagradas, respetándolas como extensión de los misterios divinos; y humildad al reconocer los propios límites ante la grandeza de Dios" (José Carlos PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 59).

Es el don que nos enseña a respetar a Dios en su profundo misterio. "El don de *temor de Dios* no significa tener miedo de Dios. Sabemos bien que Dios es Padre, que nos ama y quiere nuestra salvación, y siempre perdona. El temor de Dios es el abandono total en la bondad de nuestro Padre que nos ama" (Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 11 junio 2014). Por tanto, no significa tener miedo a Dios, sino amarlo sobre todas las cosas y personas, conscientes de que no alcanzaremos del todo amarlo como él se merece. Sin embargo, incluye la delicadeza de tener sumo cuidado de no caer en algo que pueda significar



una negación a la gracia o la voluntad divina, lo cual deja una sensación de temor ante esa negativa que ocasiona el pecado, por su terrible significado. Así lo expresaba san Francisco de Asís: "*Peor que la enfermedad y la muerte es el pecado*", para señalar el horror común que nos causa el dolor propio o ajeno y la pérdida de nuestros seres queridos, pero no nos damos cuenta del daño tan tremendo que causa el pecado, sobre todo cuando falta el temor de Dios.

### 2) El temor de Dios nos hace sentirnos tal cual somos

"El temor de Dios es el don del Espíritu que nos recuerda cuán pequeños somos ante Dios y su amor, y que nuestro bien está en abandonarnos con humildad, respeto y confianza en sus manos. Cuando el Espíritu Santo entra en nuestro corazón, nos infunde consuelo y paz, y nos lleva a sentirnos tal como somos, es decir, pequeños, con esa actitud –tan recomendada por Jesús en el evangelio– de quien pone todas sus preocupaciones y sus expectativas en Dios y se siente envuelto y sostenido por su calor y su protección, precisamente como un niño con su padre. En este sentido, entonces, comprendemos bien cómo el temor de Dios adquiere en nosotros la forma de docilidad, reconocimiento y alabanza, llenando nuestro corazón de una mayor esperanza. Muchas veces, en efecto, no logramos captar el designio de Dios, y nos damos cuenta de que no somos capaces de asegurarnos por nosotros mismos la felicidad y la vida eterna. Sin embargo, es precisamente en la experiencia





de nuestros límites y de nuestra pobreza donde el Espíritu nos conforta y nos hace percibir que la única cosa importante es dejarnos conducir por Jesús hacia los brazos de su Padre” (Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 11 junio 2014).

El Espíritu Santo nos pone en nuestro lugar como creaturas. La grandeza del ser humano está en reconocer su pequeñez, como María santísima (cf Lc 1,46-50). Cristo mismo nació en un pesebre, apareció en la figura frágil y dependiente de un niño, y murió como si fuera el más endeble, sin defenderse, soportando todo. Además, nos dejó un legado de servicio a los más necesitados y débiles. Acogió a los pecadores, se mostró cercano a los que sufren y enseñó a sus discípulos a servir con amor y humildad (cf Jn 13,14-15).

“Cuando estamos invadidos por el temor de Dios, entonces estamos predispuestos a seguir al Señor con humildad, docilidad y obediencia. Esto, sin embargo, no con actitud resignada y pasiva, incluso quejumbrosa, sino con el asombro y la alegría de un hijo que se ve servido y amado por el Padre. El temor de Dios, por lo tanto, no hace de nosotros cristianos tímidos ni sumisos, sino que genera en nosotros valentía y fuerza. Es un don que hace de nosotros discípulos convencidos y entusiastas, que no permanecen sometidos al Señor por miedo, sino porque son movidos y conquistados por su amor. ¡Esto es algo hermoso! Dejarnos conquistar por este amor del Padre celestial, que nos ama siempre con todo su corazón” (Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 11 junio 2014).

### 3) Una magnífica ‘alarma’ contra el pecado

“Pero, atención, porque el don de temor de Dios es también una ‘alarma’ ante la pertinacia en el pecado. Cuando una persona vive en el mal, cuando reniega contra Dios; cuando explota a los demás, cuando los tiraniza; cuando vive sólo para el dinero, el poder o el orgullo, entonces el santo temor de Dios nos pone en alerta: ¡Atención! Con todo este poder, con todo este dinero, con toda tu vanidad, no serás feliz. Nadie puede llevar consigo al más allá ni el dinero,

ni el poder, ni el orgullo. ¡Nada! Sólo podemos llevar el amor que Dios Padre nos da, las caricias de Dios, aceptadas y recibidas por nosotros con amor. Y podemos llevar también lo que hemos hecho por los demás. Atención en no poner la esperanza en el dinero, en el orgullo, o en el poder, porque todo esto no puede prometernos nada bueno. Pienso, por ejemplo, en las personas que tienen responsabilidad sobre otros y se dejan corromper. ¿Piensan ustedes que una persona corrupta será feliz en el más allá? No, todo el fruto de su corrupción pervirtió su corazón y será difícil ir al Señor” (Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 11 junio 2014).

#### Algunas aplicaciones

“He aquí por qué tenemos tanta necesidad de este don del Espíritu Santo. El temor de Dios nos hace tomar conciencia de que todo viene de la gracia y que nuestra verdadera fuerza está únicamente en seguir al Señor Jesús y en dejar que el Padre pueda derramar sobre nosotros su bondad y su misericordia. Abrir el corazón, para que la bondad y la misericordia de Dios vengan a nosotros. Esto hace el Espíritu Santo con el don del temor de Dios: abre los corazones. Corazón abierto a fin de que el perdón, la misericordia, la bondad, la caricia del Padre, vengan a nosotros porque nosotros somos hijos infinitamente amados” (Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 11 junio 2014).

Recordemos el ejemplo de la joven de Nazaret: “En aquel tiempo entró el ángel y le dijo a María: ‘Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo’ Ella se conturbó







por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: 'No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús'. En el anuncio del ángel, la Virgen María 'se llenó de temor' ante la noticia de que era la elegida por Dios para ser la madre del Redentor, ya que reconoció la grandeza de la obra de Dios y, al mismo tiempo, su pequeñez para realizarla sin su ayuda. Su mismo temor llevó a María al atrevimiento de preguntar: '¿Cómo podrá ser esto, puesto que yo permanezco virgen?', porque estaba totalmente dispuesta a cumplir hasta en el más mínimo detalle la voluntad de Dios. ¡Qué temor de Dios tan exacto, tan perfecto, tan sublime como el de María santísima! El corazón inmaculado de María vive profundamente el don de temor, porque siempre está lleno del amor de Dios.

“‘Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos’. Respecto al temor de Dios hallamos escrito: ‘Vengan, hijos, escúchenme, les instruiré en el temor del Señor’. Así, pues, el temor de Dios ha de ser aprendido, ya que es enseñado. No radica en el miedo, sino en la instrucción racional; ni es el miedo connatural a nuestra condición, sino que consiste en la observancia de los preceptos, en las obras de una vida inocente, en el conocimiento de la verdad. Para nosotros el temor de Dios radica en el amor, y en el amor a Dios está la obediencia a sus consejos, en la sumisión a sus mandatos, en la confianza en sus promesas. Oigamos lo que nos dice la Escritura: ‘Ahora, Israel, ¿qué es lo que te exige el Señor, tu Dios? Que temas al Señor, tu



Dios, que sigas sus caminos y lo ames, que guardes sus preceptos con todo el corazón y con toda el alma, para tu bien’. Muchos son los caminos del Señor, aunque él en persona es el camino... Dichosos los que, movidos por el temor de Dios, siguen sus caminos”. Al referirse al don de temor de Dios, el Papa Francisco hace alusión al Salmo 34: “El afligido invocó al Señor, él lo escuchó y lo salvó de sus angustias. El ángel del Señor acampa en torno a quienes lo temen y los protege” (vv 7-8). Pidamos al Señor la gracia de unir nuestra voz a la de los pobres, para acoger el don de temor de Dios y poder reconocernos, juntamente con ellos, revestidos de la misericordia y del amor de Dios, que es nuestro Padre” (Papa FRANCISCO, *Audiencia general*, 11 junio 2014).

Se reconoce que el miedo (o susto) es una reacción natural, común, espontánea, que surge ante el peligro o cualquier cosa que nos pone a prueba. “El miedo lo experimenta la debilidad humana cuando teme sufrir lo que no quería. Se origina en nosotros por la conciencia de pecado, por la autoridad del más poderoso, por la violencia del más fuerte, por la enfermedad, por el encuentro con un animal feroz, por la amenaza de un mal cualquiera. Esta clase de ‘temor’ no necesita ser enseñado, sino que surge espontáneo de nuestra debilidad natural” (San HILARIO, Obispo, *De los tratados sobre los salmos*, Salmo 127,1-3).

Con el don de temor de Dios, comprendemos mejor que el miedo no debe paralizarnos, ni acobardarnos, ni perseguirnos toda la vida. Cristo repitió a sus apóstoles: “No tengan miedo” (cf Mc 6,50). Como señala el padre Antonio FORTEA, exorcista español, que “el miedo es la puerta abierta al influjo del maligno” (cf José Antonio FORTEA CUCURULL, *Summa daemoniaca* [Tratado de demonología], Editorial Dos Latidos, España 2014). Por eso, con la ayuda del Espíritu Santo, aprendemos a vivir el auténtico temor de Dios, que es fidelidad, entrega y amor inagotable, que Dios inspira y sostiene.

Abraham teme a Dios y, por temerle, aunque le duele el alma no tiene miedo a nada, y se muestra dispuesto a sacrificar a su único hijo, Isaac, por un amor superior (cf Gn 22,1-18). Da una prueba incondicional



de confianza, porque teme a Dios, es decir, ama y confía en él. En efecto, aunque las propuestas de Dios parezcan absurdas a los ojos del mundo, hay que confiar en Dios, que nunca nos defrauda ni abandona. Quien obra confiadamente no desfallece ante las dificultades.

El que teme al Señor da tiempo al tiempo, sabe esperar y estar en búsqueda permanente, ya que – como la Virgen Santísima– consigue vislumbrar, hasta en las cosas más pequeñas, las maravillas que Dios hace por cada uno de nosotros (cf J. C. PEREIRA, *Los siete dones del Espíritu*, 64).

Un conocido soneto anónimo describe el auténtico temor de Dios y el amor a Cristo en la cruz:

No me mueve mi Dios para quererte  
el cielo que me tienes prometido,  
ni me mueve el infierno tan temido  
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte  
clavado en una cruz y escarnecido,  
muéveme ver tu cuerpo tan herido,  
muéveme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme en fin tu amor, y en tal manera,  
que aunque no hubiera cielo yo te amara,  
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,

pues aunque lo que espero no esperara,  
lo mismo que te quiero te quisiera.

Respecto al ‘miedo al infierno’, es decir, el temor al castigo eterno, efectivamente se incluye en su sentido correcto a este don del Espíritu, porque conduce urgentemente al pecador a arrepentirse y cambiar definitivamente de vida. Dios nos ama tanto en su infinita misericordia que nos advierte la más grave consecuencia del pecado que conduce a la muerte: el infierno. De cualquier modo, Cristo, al confiar a Pedro las llaves del reino de los cielos, garantizó a la Iglesia su victoria: “Y las puertas del infierno no prevalecerán para siempre” (Mt 16,18), lo cual transforma definitivamente el temor en esperanza.

#### **Puedes concluir con la siguiente oración:**

Ven, Espíritu Creador, visita el alma de tus fieles  
y llena de la divina gracias los corazones, que tú  
mismo creaste.

Tú eres nuestro consolador, el don de Dios altísimo,  
fuente viva, fuego, caridad y espiritual unción.

Tú derramas sobre nosotros los siete dones divinos;  
tú, el dedo de la mano de Dios; tú, el prometido del  
Padre;

tú, que pones en nuestros labios los tesoros de tu  
palabra,

enciende con tu luz nuestros sentidos; infunde tu  
amor en nuestros corazones,

y con tu perpetuo auxilio fortalece nuestra débil  
carne.

Aleja de nosotros al enemigo, danos pronto la paz,  
sé tú mismo nuestro guía y, puestos bajo tu dirección,  
evitaremos todo lo nocivo.

Por ti conozcamos al Padre, y también al Hijo, y que  
en ti,

Espíritu de entrambos, creamos en todo tiempo.

Gloria a Dios Padre, y al Hijo que resucitó,  
y al Espíritu consolador, por los siglos infinitos. Amén.



## BIBLIOGRAFÍA

- JUAN PABLO II,
- \* Exhortación apostólica *Reconciliatio et paenitentia*, 2 diciembre 1984
- \* Encíclica *Redemptoris mater*, 25 marzo 1987
- \* Encíclica *Veritatis splendor*, 6 agosto 1993
- \* Exhortación apostólica *Vita consecrata*, 25 marzo 1996
- \* Encíclica *Fides et ratio*, sobre las relaciones entre fe y razón, 14 septiembre 1998
- BENEDICTO XVI,
- \* Encíclica *Deus caritas est*, Roma, 25 diciembre 2005
- \* *Audiencia general*, Plaza de san Pedro, 15 noviembre 2006
- Papa FRANCISCO,
- \* *Audiencias generales* (Siete catequesis sobre los dones del Espíritu Santo), Plaza de san Pedro, 9, y 30 abril 2014; 7, 14, 21 mayo; 2014; 4 y 11 junio 2014
- \* *Homilía* en Santa Marta, 6 mayo 2014
- \* Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 24 noviembre 2013
- \* *Mensaje de Cuaresma* 2017
- \* Encíclica *Laudato si'*, 24 mayo 2015
- CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA
- CONCILIO VATICANO II, Decreto *Perfectae caritatis*
- MISAL ROMANO MEXICANO, Rito de bendición del agua en la Vigilia pascual
- V CELAM, *Documento de Aparecida*, Brasil 2007
- Folleto EVC, *El Espíritu Santo, ¿quién es?*, México 2006, 451
- Semanario *Mar adentro*, artículo de: Mons. Juan Navarro Castellanos, Obispo Auxiliar de Acapulco, Guerrero, *Catequesis sobre el agua*, 16 de marzo de 2008
- PERIERA, José Carlos, *Los siete dones del Espíritu*, Ediciones Paulinas, México 2014
- ROYO MARÍN, Antonio, *El gran desconocido*, El Espíritu Santo y sus dones, BAC Minor, Madrid 2010



**P. Ignacio Andereggen**  
Doctor en Teología  
Doctor en Filosofía

# La vida en esperanza y el temor de Dios

Por medio de la virtud de la esperanza confiamos en el auxilio divino para alcanzar la vida eterna. Esta virtud es necesaria para conectar nuestra realidad humana con el Bien divino. Cuando se la pierde, la vida humana se queda sin dinamismo, sin motor. En efecto, ella no se puede mover porque no está atraída por el fin, siendo que el hombre se mueve siempre hacia un fin; especialmente se mueve hacia un fin espiritual, por lo cual, cuando no hay esperanza, no hay movimiento espiritual.

La esperanza es aquello que va guiando al alma a lo largo de toda su vida espiritual, para que esta vida sea verdadera vida, y para que el ser no se vaya encerrando sobre sí mismo, sino que se despliegue y actúe. Esa actuación perfecciona al hombre, y se da especialmente en la inteligencia por medio de la fe, que va creciendo hasta transformarse –en la vida eterna– en la contemplación beatífica, y se da también por medio de la caridad, que de la misma manera va creciendo hasta fijarse en Dios.

Lo que hacemos con la fe y la caridad son actos cada vez más perfectos, estables y permanentes. La vida contemplativa consiste en la permanencia estabilizada de esos actos de fe y caridad, acompañados de los correspondientes dones del Espíritu Santo.

Ciertamente, la fe sola no es suficiente para llevarnos a la vida eterna. No sólo necesita de las otras virtudes, es decir, de la esperanza y la caridad, sino también de los dones del Espíritu Santo. La fe

está completada por el don del entendimiento, el cual hace que esa fe se ejercite de una manera divina por el entendimiento de las verdades necesarias para creer. Ese entendimiento a veces deja perpleja a la razón, otras, la supera, otras, engendra dudas que paralizan la vida espiritual<sup>1</sup>. Por eso es necesario el don del entendimiento del Espíritu Santo. De la misma manera, en el caso de la esperanza y de la caridad hay dones que las acompañan. El temor de Dios, en efecto, acompaña a la primera, y especialmente el don de sabiduría a la segunda.

Es necesario meditar acerca del papel de estas virtudes y los correspondientes dones que hacen ejercitar los actos sobrenaturales de manera divina, movidos por el Espíritu Santo y no por la propia iniciativa personal.

Las virtudes teologales, aun siendo sobrenaturales y configurando nuestro espíritu en cuanto humanas, están en nuestras manos para ejercitarlas. Realizamos actos de fe, esperanza y caridad; sin embargo, en cuanto actos que proceden de nuestra deliberación e iniciativa, son imperfectos, esto es, están hechos al modo humano. Para llegar a Dios hace falta obrar al modo divino. Para ello están los dones del Espíritu Santo, para que nuestro espíritu se mueva al modo divino.

Explica Santo Tomás en la *Suma Teológica* que el objeto de la esperanza es la beatitud eterna, la bienaventuranza, es decir, el Cielo<sup>2</sup>. Lo que dinamiza

<sup>1</sup> La palabra *entendimiento* se refiere a esta facultad cuando todavía no está elevada por el don correspondiente del Espíritu Santo, pues así, incluso con la fe, no se pueden superar todas las perplejidades y dudas, e incluso, subjetivamente, pueden aumentar.

<sup>2</sup> Cf. *STh* II-II, q. 17, a.2.



toda nuestra vida espiritual es esta conexión con el Cielo.

Cristo está en el Cielo salvándonos, como vimos en las meditaciones acerca de los misterios de su vida, resurrección y ascensión.<sup>3</sup> Luego, nuestra vida como camino hacia la beatitud tiene carácter de Cielo. Es, de cierta manera, empezar a estar en el Cielo por la vida espiritual. Eso lo hace, sobre todo, la virtud de la esperanza, que es la que nos conecta con el fin.

También en la *noche oscura*, como enseña San Juan de la Cruz, la esperanza es la que guía ardiendo en el corazón.<sup>4</sup> Sin la virtud de la esperanza esa *noche oscura* se convierte en pura angustia, la cual no puede hacer crecer a la persona ni la puede llevar a la vida eterna. Por esto mismo, siempre queda en el fondo del espíritu una conexión con el bien y, por tanto, como un rastro de felicidad o de deseo, de aspiración de la misma, en cuanto la naturaleza humana está hecha para la felicidad; y esta, a su vez, se encuentra en la contemplación de Dios, en el cual se encierran todos los bienes.

La esperanza de que tratamos alcanza a Dios apoyándose en su auxilio para conseguir el bien esperado. Ahora bien, entre el efecto y la causa debe haber proporción, y por eso el bien que propia y principalmente debemos esperar de Dios es un bien infinito proporcionado al poder de Dios que ayuda, ya que es propio del poder infinito llevar al bien infinito, y este bien es la vida eterna, que consiste en la fruición del mismo Dios. En efecto, de Dios no se puede esperar un bien menor que Él, ya que la bondad por la que comunica bienes a sus criaturas no es menor que su esencia. Por eso el objeto propio y principal de la esperanza es la bienaventuranza eterna.<sup>5</sup>

En otras palabras, existe una conexión entre el modo de ser y de obrar de Dios. Dios es infinito, por lo que, cuando se comunica a las criaturas, en especial a las personas –que somos hechas a su imagen–, lo hace de un modo infinito, acompañado de su ser. Esto sucede en el orden sobrenatural por la gracia. En el fondo del espíritu humano en estado de gracia –que tiene la esperanza– queda un rastro de ese carácter infinito de Dios, es decir, una apertura a lo infinito. Cuando esta apertura se cierra, quedando nada más que lo finito, la persona –hecha para lo infinito– cae en la angustia porque está encerrada dentro de los límites de algo que no es lo que profundamente desea, y que no es para lo cual está hecha, no responde a su ser. El hombre tiene esta capacidad para lo infinito, y se llena por esta gracia de la esperanza.

Se trata de una gracia como la fe, es decir, es una gracia que puede estar de manera imperfecta e informe en personas que carecen de la gracia

<sup>3</sup>Ver capítulos I-V *Experiencia Espiritual –una introducción a la vida mística–* P. Ignacio Andereggen

<sup>4</sup> Cf. NO, II, 21, 8; II, 25.

<sup>5</sup> *STh* II-II, q. 17, a. 2, e.: “Spes de qua loquimur attingit Deum innitens eius auxilio ad consequendum bonum speratum. Oportet autem effectum esse causae proportionatum. Oportet autem effectum esse causae proportionatum. Et ideo bonum quod proprie et principaliter a Deo sperare debemus est bonum infinitum, quod proportionatur virtuti Dei adiuvante, nam infinitae virtutis est proprium ad infinitum bonum perducere. Hoc autem bonum est vita aeterna, quae in fruitione ipsius Dei consistit, non enim minus aliquid ab eo sperandum est quam sit ipse, cum non sit minor eius bonitas, per quam bona creaturae communicat, quam eius essentia. Et ideo proprium et principale obiectum spei est beatitudo aeterna”.





santificante; pero en aquellas que poseen la gracia santificante, está de manera perfecta y mueve, por consiguiente, toda la vida espiritual; especialmente en aquellos que usan esa gracia santificante haciendo actos de fe, esperanza y caridad, ya que estos actos están siempre todos conectados entre sí, además de aquellos otros que se desprenden del ejercicio de las demás virtudes.

Cuando se tiene la gracia, los actos de las virtudes de la fe y de la esperanza están conectados con los de la caridad, puesto que crecen todos juntos: cuanto más se crece en una virtud, tanto más se crece en las otras. Por otro lado, no es posible disminuir la intensidad de las virtudes cuando se tiene la gracia; tampoco disminuye la gracia, a diferencia del uso de ella, es decir, del ejercicio de los actos que impulsa la gracia. Por tanto, son necesarios los dones del Espíritu Santo, puesto que en el ejercicio de estas y todas las demás virtudes el hombre encuentra muchos impedimentos de toda índole: dentro de sí mismo – tiene los rastros de los pecados: imperfecciones, limitaciones, ignorancia, etcétera–, por parte del mundo físico, por parte del mundo espiritual de los demonios, y por parte de los otros hombres. En el ejercicio de las virtudes existen muchas limitaciones, por lo que, para que el hombre las pueda ejercitar definitiva y constantemente, es necesario un impulso del Espíritu Santo, es decir, que la persona sea movida por el Espíritu Santo directamente: esto es lo que hacen los dones.

El objeto de la esperanza es la bienaventuranza eterna, tanto para la propia persona como, de manera derivada, para otros.



Presupuesta la unión de amor con otro, puede [alguien] desear y esperar algo para él como para sí mismo. Bajo este aspecto puede uno esperar para otro la vida eterna en cuanto está unido a él por el amor. Y como es la misma la virtud de la caridad con que se ama a Dios, a sí mismo y al prójimo, una misma es también la virtud de la esperanza con que se espera para sí y para otro.<sup>6</sup>

Propiamente hablando, la virtud de la esperanza no se apoya en el hombre. Sin embargo, de una manera derivada también podemos tener esperanza en que Dios nos da los auxilios humanos para llegar a la vida eterna. Por eso es posible esperar en el auxilio de los santos y de los hombres que tienen el amor de Dios.

La esperanza tiene como fin último la bienaventuranza eterna; el auxilio divino, en cambio, como causa primera que conduce a la bienaventuranza. Por lo tanto, como fuera de

<sup>6</sup> *STh II-II*, q. 17, a. 3, c.: “Sed praesupposita unione amoris ad alterum, iam aliquis potest desiderare et sperare aliquid alteri sicut sibi. Et secundum hoc aliquis potest sperare alteri vitam aeternam, inquantum est ei unitus per amorem. Et sicut est eadem virtus caritatis qua quis diligit Deum, seipsum et proximum, ita etiam est eadem virtus spei qua quis sperat sibi ipsi et alii.”

<sup>7</sup> *STh II-II*, q. 17, a. 4, c.: “Spes autem respicit beatitudinem aeternam sicut finem ultimum; divinum autem auxilium sicut primam causam inducentem ad beatitudinem sicut ultimum finem, sed solum sicut id quod est ad finem beatitudinis ordinatum; ita etiam non licet sperare de aliquo homine, vel de aliqua creatura, sicut de prima causa movente in beatitudinem; licet autem sperare de aliquo homine, vel de aliqua creatura, sicut de agente secundario et instrumentali, per quod aliquis adiuvatur ad quaecumque bona consequenda in beatitudinem ordinata. Et hoc modo ad sanctos convertimur; et ab hominibus aliqua petimus; et vituperantur illi de quibus aliquis confidere non potest ad auxilium ferendum”.



la bienaventuranza eterna no es lícito esperar bien alguno como fin último, sino sólo como ordenado a ese fin de la bienaventuranza, tampoco es lícito esperar en ningún hombre o en otra criatura como agente secundario instrumental, que ayude a conseguir cualquier bien ordenado a la bienaventuranza. De esta manera recurrimos a los santos, e incluso pedimos algunos bienes a los hombres, y son vituperados aquellos en quienes no podemos esperar que aporten ningún tipo de auxilio.<sup>7</sup>

Así como decíamos que la fe se realiza y difunde en todas las acciones de la vida concreta, de la misma manera lo hace la esperanza, precisamente porque nos hace confiar en el auxilio divino como causa primera de toda una serie de otros que, en la Providencia y poder de Dios, están dispuestos para que nos ayuden a llegar a la vida eterna. Entre estos auxilios están los santos en el Cielo y las demás personas que tienen la gracia, la caridad o, incluso, algunos otros dones, y que nos pueden ayudar cada uno en su medida para llegar al Cielo.

Así como la esperanza implica esa apertura en cierta manera infinita a Dios –el cual actúa de esa manera infinita, más allá de lo que se pueda pensar y esperar humanamente con la pasión de la esperanza, la cual es de índole humana–, debemos tener una apertura a los demás en cuanto que estos nos pueden ayudar a llegar a la vida eterna. Esta ayuda está subordinada al auxilio divino. De allí que, muchas veces, tener la virtud de la esperanza significa también tener capacidad de ser ayudado por los demás, especialmente por aquellos que son santos o tienen algunos de los dones propios de la santidad.

La virtud de la esperanza está completada por el don de temor del Espíritu Santo. Este don tiene dos vertientes: el temor servil y el temor filial. Sin embargo, propiamente hablando este don se refiere al temor filial, aunque la acción del don del Espíritu Santo, desde lejos, puede ser preparada por el temor

servil, que es el temor de la pena. El temor filial es el que tiene el hijo respecto de su padre, es decir, el temor a cortar el amor respecto del padre o a pecar contra él.

El temor servil puede permanecer con la caridad de una manera imperfecta, puesto que “en cuanto servil, no permanece con la caridad, pero la sustancia del temor servil puede coexistir con ella, lo mismo que el amor propio”.<sup>8</sup>

Cuando hay caridad, lo que tenemos de miedo a la pena que Dios nos puede dar es un aspecto secundario respecto de la esencia de la actitud espiritual que está en el temor. Esa esencia es algo que prepara de lejos la acción del don de temor como temor filial.

Ese temor filial estaba también en Cristo. Él, en efecto, tenía el don del temor del Espíritu Santo como un afecto de reverencia a Dios. Así también en nosotros, cuando la virtud de la esperanza nos va haciendo crecer en la vida espiritual, el temor servil se va transformando en filial.

Por este amor filial nos movemos no sólo por el amor de Dios sino también por el afecto que nos hace huir de todo aquello que sea contrario a ese amor. Nos aleja no solamente de todo aquello que pueda ser un pecado –como en el caso del temor servil, que



<sup>8</sup> *STh* II-II, q. 19, a. 6, c.: “Et ideo timor in quantum servilis non manet cum caritate, sed substantia timoris servilis cum caritate manere potest, sicut amor sui manere potest cum caritate”.



nos hace huir de la pena proveniente de Dios por el pecado–, sino también de todo aquello que lo aleje de un amor más ferviente de Dios. Nos referimos aquí a lo que habitualmente se conoce por *imperfecciones*.

El temor inicial se relaciona con el filial como la caridad imperfecta con la perfecta. Pero la caridad imperfecta y la perfecta no difieren esencialmente, sino sólo según el estado. Por eso hay que decir también que el temor inicial, en el sentido en que está tomado aquí, no se diferencia esencialmente del filial.<sup>9</sup>

El temor inicial es una especie de temor intermedio entre el servil y el filial. Lo hallamos cuando la persona deja de actuar por miedo exclusivamente a la pena que Dios puede dar y empieza a hacerlo por un afecto de reverencia a Dios. Sin embargo, ese afecto es todavía imperfecto. Está mezclado con el miedo a caer en lo que llamamos temor inicial. Es ya, de alguna manera, el don de temor del Espíritu Santo; no obstante, este don de temor, en su sentido más pleno, es el temor filial, el cual nos hace huir de todo aquello contrario al amor de Dios y nos hace tener como una delicadeza divina para obrar.



El temor casto o filial, en cambio, es principio de la sabiduría como primer efecto suyo. En efecto, dado que corresponde a la sabiduría regular la vida humana por razones divinas, se habrá de tomar el principio de aquello que lleve al hombre a reverencia a Dios y someterse a Él; así, como consecuencia de ese temor, se regulará en todo según Dios.<sup>10</sup>

El temor filial prepara la caridad perfecta, que está completada por el don de la sabiduría del Espíritu Santo. Aquel que tiene reverencia en todo a Dios comienza a regular su vida de una manera divina. Esa tal regulación la produce el don de la sabiduría del Espíritu Santo. Aquellos que poseen la caridad perfecta, es decir, los que están en la vía unitiva o matrimonio espiritual ven lo que tienen que hacer directamente en Dios, es decir, ordenan su vida práctica por el misterio de Dios.

Los dones del Espíritu Santo son ciertas perfecciones habituales de las potencias del alma por las que estas se tornan dóciles a su moción, como las potencias apetitivas, por la razón, se tornan dóciles para las virtudes morales. Ahora bien, para que un ser esté en buenas condiciones de movilidad con relación a su motor, se requiere, lo primero, que le esté sometido y sin resistencia, pues la resistencia ofrece obstáculos al movimiento. Y esto hace en realidad el temor filial o casto, ya que por el mismo reverenciamos a Dios y huimos de no someternos a Él. Por eso precisamente el temor filial tiene como el primer lugar, en escala ascendente, entre los dones del Espíritu Santo, y el último en la escala descendente, como expone San Agustín en el libro *Acerca del sermón del Señor en el monte*.<sup>11</sup>

<sup>9</sup> *STh II-II*, q. 19 a. 8, c.: “Et ideo timor initialis hoc modo se habet ad filialem, sicut caritas imperfecta ad perfectam. Caritas autem perfecta et imperfecta non differunt secundum essentiam, sed solum secundum statum. Et ideo dicendum est quod etiam timor initialis, prout hic sumitur, non differt secundum essentiam

<sup>10</sup> *STh II-II*, q. 19, a. 7, c.: “Timor autem castus vel filialis est initium sapientiae sicut primus sapientiae effectus. Cum enim ad sapientiam pertineat quod humana vita reguletur secundum rationes divinas, hinc oportet sumere principium, ut homo Deum reveatur et se ei subiiciat, sic enim consequenter in ómnibus secundum Deum regulabitur”.



Es decir, para ser movido directamente por Dios en todos los actos espirituales es necesario no ofrecer resistencia a esa moción, y esto es lo que hace el temor filial. Ciertamente, este detecta inmediatamente todo aquello que nos puede apartar del influjo perfecto del Espíritu Santo. Es como un instinto sobrenatural para darnos cuenta de aquello que nos puede apartar de la acción de Dios; más tarde, se desarrolla en actos mucho más perfectos, hasta llegar a la contemplación del mismo Dios por el don de la sabiduría.

Este temor filial va creciendo cuanto más se crece en la caridad; por el contrario, el temor servil va disminuyendo:

El temor de Dios es doble: el filial, con que se teme su ofensa o su separación, y el servil,

con que se teme la pena. Ahora bien, el temor filial debe crecer al aumentar la caridad, como aumenta el efecto al aumentar la causa. En realidad, cuanto más se ama a otro, tanto más se teme ofenderle y apartarse de él. El temor servil, por su parte, pierde del todo su servilismo cuando llega la caridad, pero permanece sustancialmente el temor de la pena, como ya hemos expuesto. Y este temor disminuye al crecer la caridad, sobre todo en cuanto a su acto, pues cuanto más se ama a Dios, menos se teme la pena. En primer lugar, porque se presta menos atención al propio bien, al cual se opone la pena. En segundo lugar, porque cuanto más firme es la unión, tanto mayor es la confianza en el premio, y por lo tanto, menos se teme la pena.<sup>12</sup>

Este don filial permanece en la vida eterna. En efecto, en el Cielo tendremos también este don del temor como un afecto de reverencia a Dios.

El temor filial, como aumenta al aumentar la caridad, se perfeccionará también con la caridad perfecta. Por eso no tendrá en la patria exactamente el mismo acto que ahora. Para evidenciar esto es de saber que el objeto del temor es el mal posible, como el de la esperanza lo es el bien posible. Mas siendo el movimiento del temor como una huida, el temor implica la huida de un mal arduo posible,

<sup>11</sup> *STh* II-II, q. 19, a 9, c.: "Dona spiritus sancti sunt quaedam habituales perfectiones potentiarum animae quibus redduntur bene mobiles a spiritu sancto, sicut virtutibus moralibus potentiae appetitivae redduntur bene mobiles a ratione. Ad hoc autem quod aliquid sit bene mobile ab aliquo movente, primo requiritur ut sit ei subiectum, non repugnans hoc autem quod aliquid sit bene mobile ab aliquo movente, primo requiritur ut sit ei subiectum, non repugnans, quia ex repugnantia mobilis ad movens impeditur motus. Hoc autem facit timor filialis vel castus, incuquantum per ipsum deum reveremur, et refugimus nos ipsius subducere. Et ideo timor filialis quasi primum locum tenet ascendendo inter dona spiritus sancti, ultimum autem descendendo; sicut Augustinus dicit, in libro de serm. Dom. In monte".

<sup>12</sup> *STh* II-II. q. 19, a. 10, c.: "Duplex est timor Dei, sicut dictum est, unus quidem filialis, timet offensam ipsius vel separationem ab ipso; alius autem servilis, quo que timet poenam. Timor autem filialis necesse est quod crescat crescente caritate, sicut effectus crescit crescente causa, quanto enim aliquis magis diligit aliquem, tanto magis timet eum offendere et ab eo separari. Sed timor servilis, quantum ad servilitatem, totaliter tollitur caritate adveniente, remanet tamen secundum substantiam timor poenae, ut dictum est. Et iste timor diminuitur caritate crescente, maxime quantum ad actum, quia quanto aliquis magis diligit Deum, tanto minus timet poenam. Primo quidem, quia minus attendit ad proprium bonum, cui contrariatur poena. Secundo, quia firmius inhaerens magis confidit de praemio, et per consequens minus timet de poena."





pues los males pequeños no infunden temor. Por otra parte, como el bien de cada cosa radica en permanecer en su orden, así su mal radica en abandonarlo. Pues bien, el orden de la criatura racional consiste en someterse a Dios y dominar sobre las demás criaturas. De ahí que, como el mal de la criatura racional está en someterse a otra inferior por amor, su mal consiste también en no someterse a Dios sublevándose con presunción contra Él o despreciándolo. Este mal es posible en la criatura racional considerada en su esencia, dada la volubilidad de su libre albedrío; pero en los bienaventurados es imposible por la perfección de la gloria. En consecuencia, la huida del mal, que consiste en no someterse a Dios, existirá en la patria como posible a la naturaleza, pero imposible a la bienaventuranza. En la tierra, en cambio, la huida de este mal es totalmente posible. Por eso, comentando San Gregorio en el decimoséptimo capítulo de la *Moral*, las palabras de Job 26, 11: *Las columnas del cielo se tambalean y se estremecen a una amenaza tuya, escribe: Las virtudes mismas del cielo, que le miran sin cesar, se abaten en esa contemplación. Pero ese temblor, para que no les sea penal, no es de temor, sino de admiración*, es decir, miran a Dios, que existe sobre ellas y les es incomprensible; San Agustín, por su parte, en este mismo sentido, pone en el decimocuarto libro de *La Ciudad de Dios* el temor en la patria, aunque con cierta duda: *Ese temor casto, que permanece por los siglos de los siglos, si es que ha de existir en el siglo advenidero, no será el temor que hace temblar ante el mal que puede sobrevenir, sino el que se afirma en el bien que no se puede perder. Pues donde está el amor inmutable del bien conseguido, sin duda, si cabe hablar así, está seguro el temor del mal que se ha de evitar. Pues con el nombre de temor casto se significa la voluntad con la que por necesidad no pecamos, y esto no con la preocupación*



*de la flaqueza de si acaso pecaremos, sino con la tranquilidad de la caridad para evitar el pecado. O si allí no puede haber temor de ningún género, tal vez se ha llamado temor que permanece por lo siglos de los siglos, porque permanecerá aquello a lo que el mismo temor conduce.*<sup>13</sup>

Podría decirse entonces que, de una manera misteriosa, puede entenderse que en la vida eterna permanece también el temor de Dios como admiración de Él, como un sentimiento de reverencia ante la infinitud de Dios que, aunque se la entiende, no se la comprende totalmente. En la vida eterna entenderemos a Dios; sin embargo, continuaremos siendo criaturas y, a causa de tal condición, aunque no tengamos el miedo de perder la visión de Dios, tendremos el sentimiento de admiración de que Dios es verdaderamente infinito y se encuentra por encima de la condición de la criatura. Tal es el misterio de la vida eterna: por una parte, entenderemos todo Dios y, por otra, no lo comprenderemos totalmente porque seguiremos siendo criaturas humanas.

El hecho de que se pueda entender a Dios todo entero, aunque no totalmente, constituye un gran misterio. Es la continuación del mismo misterio de la gracia, por la cual estamos divinizados, es decir, por la cual tenemos la condición divina, aunque seguimos

<sup>13</sup> *Sth II-II*, q. 19, a. 11, c.





siendo creaturas humanas. En el Cielo seguiremos estando divinizados, pero de manera plena, total, definitiva, sin dejar de ser creaturas.

El don de temor del Espíritu Santo en este mundo va perfeccionando a la esperanza de manera tal que se va acercando a la condición del Cielo. Allí no se teme perder la vida eterna. Así, en esta vida cuanto más se crece en la esperanza menos se teme perder la vida sobrenatural. Es decir, menos se teme la pena por parte de Dios, y más se siente reverencia ante la infinitud de Dios. Por lo tanto, todos nuestros actos están como permeados o determinados por esa reverencia ante Dios.

Al don de temor del Espíritu Santo corresponde la bienaventuranza de la pobreza de espíritu que aparece en el Evangelio:

Al temor corresponde con propiedad la pobreza de espíritu. Pues dado que incumbe al temor filial reverenciar a Dios y estarle sometido, corresponde al don de temor lo que es consecuencia de esa sumisión. Mas por el hecho de someterse a Dios deja el hombre de buscar la grandeza en sí mismo o en otra cosa que no sea Dios, porque estaría en pugna con la sumisión perfecta (a Él debida). Por eso se dice en el salmo 19,8: *Estos en carros, aquellos en corceles; mas nosotros en el nombre de nuestro Dios seremos fuertes*. De ahí que, por el hecho de temer perfectamente a Dios, el hombre deja de engrandecerse en sí mismo por soberbia y de engrandecerse con bienes exteriores, es decir, con honores y riquezas. Lo uno y lo otro atañe a la pobreza de espíritu, que puede entenderse como *el aniquilamiento del espíritu hinchado y*

*soberbio*, en expresión de San Agustín en el libro *Acerca del sermón del Señor del monte*. Puede entenderse también como el desprecio de lo temporal, que se hace en espíritu, o sea, por propia voluntad bajo la moción del Espíritu Santo, como exponen San Ambrosio y San Jerónimo.<sup>14</sup>

En otras palabras, la acción del don de temor corresponde especialmente a lo que San Juan de la Cruz llama la *noche activa del sentido* y, sobre todo, *del espíritu*. El hombre, de esta manera, se desprende de todo aquello que lo puede entorpecer como bien creado que se pone en lugar del Bien increado. Luego, el don de temor nos hace someternos perfectamente a Dios como un hijo a su padre, aparta todo aquello que puede anteponerse al amor de su Padre, que puede interponerse entre ambos.

Cuando el hombre busca desprenderse de todos estos bienes que mencionamos—los bienes exteriores, como son las cosas materiales, la fama y el aprecio de los demás—, el hombre se va haciendo más pobre. Esa pobreza es movida cada vez más por el Espíritu



<sup>14</sup> *STh II-II*, q. 19, a. 12, c.: "Timere proprie respondet paupertas spiritus. Cum enim ad timorem filialem pertineat Deo reverentiam exhibere et ei subditum esse, id quod ex huiusmodi subiectione consequitur pertinet ad donum timoris. Ex hoc autem quod aliquis Deo se subiicit, desinit quaerere in seipso vel in aliquo alio magnificari nisi in Deo, hoc enim repugnaret perfectae subiectioni ad Deum. Unde dicitur in psalm. , hi in curribus et hi in equis, nos autem in nomine Dei nostri invocabimus. Et ideo ex hoc quod aliquis perfecte timet Deum, consequens, est quod non quaerat magnificari in seipson per superbiam; neque etiam quaerat magnificari in exterioribus bonis, scilicet honoribus et divitiis; quorum utraque pertinet ad paupertatem spiritus, secundum quod paupertas spiritus intelligi potest vel exinanitio inflati et superbi spiritus, ut Augustinus exponit; vel etiam abiectio temporalium rerum quae fit spiritu, idest propria voluntate per instinctum Spiritus Sancti, ut Ambrosius et Hieronymus exponent."



Santo porque, así como la fe encuentra límites en el sentido común y en el uso de la razón propia de cada hombre, así también la esperanza encuentra límites en la naturaleza que desea los bienes naturales. Para poder superar esos límites, además de los que provienen de la condición de caída en el pecado, es necesaria una moción divina que viene desde el Espíritu Santo.

Nosotros, con nuestra inteligencia, no podemos saber todo lo que es necesario cambiar para poder estar perfectamente sometidos a Dios, sobre todo porque la pobreza de espíritu coexiste con el uso de los bienes, ya que, en cuanto creaturas, necesitamos siempre de los bienes creados. Por eso, para saber perfectamente qué quiere decir ser pobre de espíritu, es necesaria la moción del Espíritu Santo, que evita caer en dudas o perplejidades prácticas en el camino de la vida espiritual.

Así como en la virtud de la fe, si no está completada por el don del entendimiento—que nos facilita penetrar profundamente en las verdades reveladas por Dios—, podemos caer en perplejidades, oscuridades y dudas, así también en el camino práctico que nos lleva a la vida eterna bien podemos caer en ellas y enredarnos en la decisión acerca de cómo proceder. Para que esto no suceda debemos dejarnos mover, especialmente y cada vez más plenamente, por el don del temor del Espíritu Santo. Este Espíritu pone en nosotros, por medio de la gracia, una disposición especial para ser obedientes a Él, para no poner resistencia a su

moción. Esto permite el dinamismo perfecto de toda la vida espiritual.

Este dinamismo no es otra cosa que el desarrollo de la virtud de la esperanza que, puesta en nosotros—sujetos humanos, imperfectos—, necesita ser completada por esa disposición que nos hace movernos perfectamente por el impulso del Espíritu Santo, y esta disposición que corresponde a los pobres de espíritu es el don del temor filial.

Por lo tanto, la desesperanza o desesperación es aquello que entorpece más el camino de la vida espiritual. Es lo que, en la práctica, más puede cerrar las puertas a la acción de Dios. Es la falsa apreciación de Dios que piensa que Él niega el perdón a quien se arrepiente, o que no convierte a los pecadores por la gracia santificante. Por eso, de la misma manera que es laudable y virtuoso el movimiento de la esperanza conforme a la verdadera apreciación de Dios, es vicioso y es un pecado el movimiento opuesto de desesperación, acorde con la estimación falsa de Él.

Es decir, aquél que posee esperanza ve a Dios como bueno y misericordioso. Lo siente así, y es impulsado por el Espíritu Santo de manera acorde a su bondad y misericordia. Por el contrario, aquel que está desesperado piensa a Dios como malo, como alguien que no ayuda y que no da perdón a los pecadores, o que no otorga la gracia santificante al que se arrepiente, siendo que, en verdad, Dios es bueno y misericordioso. Al captar esta verdad, confiamos en Él, y para hacerlo de manera perfecta tenemos el don del temor del Espíritu Santo, el cual implica una confianza filial cada vez mayor y un temor servil de Dios cada vez menor.

*Este artículo fue tomado del libro "Experiencia Espiritual. Una introducción a la vida mística", con el permiso de su autor, P. Ignacio Andereggen.*





**P. Antonio Rivero, L.C.**  
Doctor en teología  
espiritual  
Licenciado en filosofía  
Licenciado en  
humanidades clásicas

# La dirección espiritual para el Maestro Ávila como auténtico “*amoris officium*” “ministerio de amor” (11)

## Consejos que san Juan de Ávila ofrece para laicos

Tercer consejo que ofrece a los laicos: *aprovechar los tiempos litúrgicos*.

Hay que admirar en el Maestro Ávila su gran sentido litúrgico. Los tiempos fuertes (Navidad, Pascua), así como las fiestas principales del año, marcan la pauta de la vida espiritual y apostólica. Dice el padre Bifet:

Las nociones teológicas sobre la liturgia en el siglo XVI no eran las mismas que en los tiempos postconciliares del Vaticano II. Por esto produce admiración en el Maestro Ávila su gran sentido litúrgico, que aparece en los sermones del tiempo correspondiente, en el mismo epistolario y en la descripción de cada uno de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía. Los tiempos fuertes (en torno a la Navidad y en torno a la resurrección), así como las fiestas principales del año, marcan la pauta de la vida espiritual y apostólica<sup>1</sup>.

Cuarto consejo para los laicos: *vivir especialmente las virtudes de la caridad, la humildad y la obediencia*.

El Maestro invita a sus dirigidos a llegar a la “perfecta caridad”, que consiste en gozarse en que Dios sea tal como es:

...traer un querer perpetuo, o el más continuo que pudiéredes, con que siempre queráis que nuestro Señor Dios, delante del cual habéis de andar, sea en sí tan bueno, tan santo, tan lleno de gloria como en sí mismo; ansí con un gozo y complacencia en todo los bienes de Dios, holgándoos y regocijándoos vuestra ánima en ver que vuestro Señor, verdadero amor, tiene todo aquello que merece<sup>2</sup>

La caridad es, pues, la sintonía de la propia voluntad con la de Dios: “por eso os dije que trujédes un querer, con que quisiédes que el Señor fuese en sí quien es; porque la caridad en este querer consiste”<sup>3</sup>.

La caridad no consiste, pues, en sentimientos, sino en decisión de la voluntad, en armonía con la voluntad de Dios: “El amor de caridad, dicen los santos teólogos, que ha de nacer de la voluntad... la verdadera esencia del amor consiste en aquesto, y ansí entonces diremos que una ánima ama a Dios cuando quiere a Dios y su gloria”<sup>4</sup>. La señal de vivir en

<sup>1</sup>JUAN ESQUERDA BIFET, Diccionario de san Juan de Ávila..., 566.

<sup>2</sup> Carta 26, 113-119.

<sup>3</sup> Carta 26, 178-179.

<sup>4</sup> Carta 222, 307.309-310.

<sup>5</sup> Carta 26, 235s; carta 222, 640ss.



esa caridad para con Dios es el amor del prójimo, que desciende de este profundísimo amor<sup>5</sup>.

Para la humildad, ¿qué consejos da a sus hijos espirituales?

“Quien a Dios tiene, en la humildad se conoce... No creáis haber santidad sin humildad, ni aunque seáis subido al tercer cielo”<sup>6</sup>. Los biógrafos hablan de la humildad de Juan de Ávila con detalles significativos: no aceptaba dignidades, no pudieron sacarle ningún retrato, dedicaba mucho tiempo a dar catecismo a los pequeños, sabía soportar las injusticias. Renunció a los obispados de Segovia y Granada, así como al cardenalato ofrecido por Paulo III. Sabía muy bien que “muy mal se guarda la humildad entre honras”<sup>7</sup>. En la carta 147 se queja a un amigo suyo porque intentaba proporcionarle un cargo en la corte. Las humillaciones que recibió, con ocasión de ser juzgado por la Inquisición, las tomó como un regalo del Señor.

Dice el padre Bifet:

El convencimiento de la propia miseria aparece frecuentemente en sus escritos, a modo de «autobiografía» indirecta, apropiándose las palabras de san Agustín: «Y

así, Señor, siempre tu gracia y tu misericordia anduvo delante de mí... Porque si tú, Señor, esto no hubieras hecho, todos los pecados del mundo hubiera yo hecho» (Audi Filia, cap 66,6748ss; cf. San Agustín, Sermón 99, cap 6, etc). De esta humildad brota la gratitud, la confianza y la generosidad en la entrega (cf ibídem, cap 67). En diversas cartas (y en otros escritos), en plan de confianza y de humor, indica sus limitaciones, por ejemplo cuando se llama «jumento perezoso» y de «poca salud» (Carta 154,1ss). «Yo miserable soy...Todas las veces que cayere, dadme la mano» (Juan I, lec 6, 1390s)<sup>8</sup>.

Hace ver a todos sus dirigidos que la garantía en el camino de la perfección y de la contemplación es la humildad: “A quien Él levanta a grandes cosas, primero le abate en sí mismo, dándole conocimiento de sus propias flaquezas; para que, aunque vuelen sobre los cielos, queden asidos a su propia bajeza, sin poder atribuir a sí mismo otra cosa sino su indignidad”<sup>9</sup>.

Y una frase lapidaria: “Y si quiere hallar un gran libro para leer cuán bueno es Él, mire cuán malo es vuestra merced, y crea que Dios le ama, y verá un retablo de hermosura de amor pintado en vileza de sus propias maldades”<sup>10</sup>. O esta otra: “Mire, pues, qué de bienes vienen con la ceniza de la humildad, y no esté sin ella, porque no esté sin Dios”<sup>11</sup>. Humildad necesaria para escapar del enemigo: “Humíllese mucho a Dios y a los hombres, que no hay otra arte para escapar de los lazos del demonio... sino ser chiquito”<sup>12</sup>. Grande doctor, san Juan de Ávila, recomienda la humildad a quien mucho sabe:

Y aunque habrá enseñado a esos sus siervos

<sup>6</sup>Sermón 66, 10.

<sup>7</sup> *Audi, Filia [I]*, El lenguaje de la carne, n. 7.

<sup>8</sup> JUAN ESQUERDA BIFET, *Diccionario de san Juan de Ávila...*, 472.

<sup>9</sup> *Audi, Filia [II]*, 52, n. 5.

<sup>10</sup> Carta 93, 36-37

<sup>11</sup> Carta 85, 18-19.

<sup>12</sup> Carta 105, 64-65.

<sup>13</sup> Carta 53, 3-7.



cuán grande es la virtud de la humildad, para que Dios repose en el alma, no me impute a mal que por mi indigna boca se lo encomiende y reencomiende. ¡Oh Señor, y cuántos que bien caminaban han sido desencaminados por faltarles esta virtud!<sup>13</sup>

Quinto, saber *discernir la vocación* a la que Dios les ha llamado y saber distinguir los diversos movimientos del espíritu. ¿Qué escoger? Responde el Maestro Ávila: “Sea, pues, señora, avisada en escoger lo que a Dios agrada”<sup>14</sup>.

Si se escoge el sacerdocio, que se sepa que es un asunto muy serio:

¡Oh si supiésedes qué tal había de ser un sacerdote en la tierra y qué cuenta le han de pedir cuando salga de aquí! No se puede explicar con palabras la santidad que se requiere para abrir y cerrar el cielo, ejercitar oficio de ángeles, y con la lengua; y al llamado de ella, venir el Hacedor de todas las cosas, y ser el hombre hecho abogado por todo el mundo universo, como lo fue Cristo en la cruz<sup>15</sup>.

En la misma carta:

Buscad aquel modo de vivir que más segura tenga vuestra salvación, y no que más honra os dé a los ojos de los hombres; que al fin este consejo os ha de parecer bien algún día a vos y a cuantos el consejo contrario os dijeren; los cuales, como no saben qué sea sacerdote, y como tiene puestos los ojos no en la cuenta que se ha de pedir, sino en cómo vean un poco honrado en los ojos del mundo a su pariente y amigo, meten al pobre en lazo tan temeroso; y



paréceles que quedan ellos en salvo, y que el otro allá se lo haya con Dios<sup>16</sup>.

La vocación no es “un modo con que mantenerse, y hácese entender que lo hacen por servir a Dios. ¡Oh abusión tan grande, de evangelizar y sacrificar por comer, y ordenar el cielo para la tierra y el pan del alma para el del vientre!”<sup>17</sup>.

Y de la elección de la vocación sacerdotal dice: “Y esto es lo que siento del sacerdocio, al cual querría más que reverenciásedes desde lejos que no abrazásedes desde cerca, y que quisiésedes más esta dignidad por señora que no por esposa”<sup>18</sup>.

Sexto, a los casados les recomienda *uso conyugal moderado* para orar y comunicarse con Dios<sup>19</sup>.

Séptimo, *pelear contra el demonio* y resistir las tentaciones. En la vida espiritual y cristiana en general, no hay que estar nunca ociosos: “E mire bien que no esté un momento ociosa, porque no hay persona tan santa, que se pueda valer si tiene plaza al demonio, escuchándole sus marañas y pensamientos

<sup>14</sup> Carta 25, 58.

<sup>15</sup> Carta 7, 27-33.

<sup>16</sup> Carta 7, 38-45.

<sup>17</sup> Carta 7, 48-51.

<sup>18</sup> Carta 7, 59-62.

<sup>19</sup> Cf. Carta 3, 90-98.





que trae. Y hace muy mucho al caso... tener alguna ocupación que le haga tener atención"<sup>20</sup>. Consejo sabio: "Esfuércese, pues, vuestra merced en la pelea que con la antigua serpiente tiene, queriendo apartarla de Dios y queriendo ella llegarse a su Dios. Y esté muy sobre aviso que los principales tiros son al corazón...en el corazón pone él su ponzoña"<sup>21</sup>.

Y octavo consejo: les da algunos consejos también para *prepararse para la muerte*. Frecuentemente aparece el tema de la muerte en los escritos avilistas. No es el tema dominante, puesto que la vida humana se presenta como camino hacia una fiesta, que es el encuentro definitivo con Dios y la visión beatífica. Les ayuda a prepararse para ese momento con esperanza, sin miedo, pues "no quita Dios sino para dar, no hiere sino para medicinar, no derriba sino para levantar, y, en fin, no mata sino para dar vida"<sup>22</sup>.

---

<sup>20</sup> Carta 127, 103-104.

<sup>21</sup> Carta 34, 13-16.18.

<sup>22</sup> 4Carta 37, 18-19.



Rodrigo Martínez  
Murillo, L.C.  
Licenciado en filosofía,  
Licenciado en teología.

# La controversia anti-arriana en *De Trinitate* de San Hilario de Poitiers

## Introducción

Las grandes batallas llaman en causa a los grandes hombres. La realidad de esta afirmación la podemos ver en las eminentes figuras envueltas en la controversia antiarriana: San Atanasio de Alejandría en Oriente, y San Hilario de Poitiers en Occidente. Ambas columnas de la fe ortodoxa frente a los embates de la que ha sido tal vez la herejía más prolongada y peligrosa para la Iglesia en su bimilenaria historia.

Menos conocido que San Atanasio es nuestro obispo francés. Nace entre el 310 y el 320 en Poitiers. Bautizado probablemente en edad adulta, es nombrado obispo de su ciudad natal. En el 355 entra en contacto con el arrianismo, que entonces en Occidente se conocía vagamente. Aunque Arrio fue condenado formalmente en el Concilio de Nicea (325), la controversia se alargó por los influyentes defensores de la herejía. En el Concilio de Béziers del 355, dominado por obispos arrianos, San Hilario fue condenado al negarse a suscribir la condena contra Atanasio, promovida por el emperador filoarriano Constanzo, y exiliado en Frigia al final del 356.

San Hilario pasó del 356 al 360 en el exilio. Durante esta forzada estancia en el Oriente tiene la oportunidad de profundizar en las cuestiones teológicas del tiempo. Estudia los debates trinitarios en boga y las posiciones de los herejes. Es en este tiempo, fruto de su labor teológica, que escribe su obra principal, *De Trinitate*. Desarrolla una intensa actividad en la sede constantinopolitana, donde llega

a ser un conocido personaje en el ámbito niceno. En el 360 regresa a su diócesis, tal vez porque el emperador consideraba su presencia menos peligrosa en su alejada y aislada diócesis que en la capital del Imperio, donde su actividad podría haber sido peligrosa para la línea de pensamiento imperial.

Ya en la Galia sigue con su intensa actividad de escritor y con su lucha antiarriana, enfrentándose, sobre todo, a los obispos arrianos. Muere entre finales del 367 e inicios del 368.

Muchos estudiosos piensan que el título de la principal obra de nuestro autor, *De Trinitate*, como actualmente la conocemos, era *De Fide (adversus arrianos)*. Sin entrar en cuestiones de crítica interna del texto<sup>1</sup>, el título primigenio refleja la finalidad de la obra. A lo largo de los XII libros se nota la preocupación constante en la exposición de la fe verdadera, amenazada por la herejía arriana, por lo que dedica numerosas páginas a la refutación de esta doctrina. Pero por la necesidad de precisar la recta comprensión de la fe, se ve obligado a delimitar la doctrina frente a otras herejías como el sabelianismo y el marcionismo.

Por lo tanto, a lo largo de esta obra tendremos una exposición de la fe católica trinitaria y cristológica, en primer lugar de la divinidad del Hijo; pero también de la unicidad de Dios, de Cristo como Dios y hombre verdadero. A lo largo de estas páginas tocaremos estos temas, centrando nuestra atención en el tema que ocupa principalmente a nuestro autor en esta



obra: la disputa antiarriana.

## I. Características fundamentales del arrianismo

San Hilario denuncia el fundamento del sistema filosófico-teológico arriano en la relación que hay entre el Padre y el Hijo. Los arrianos comienzan su razonamiento afirmando la unicidad de Dios: «Escucha, Israel, el Señor tu Dios es solamente uno» (Dt 6,4)<sup>2</sup>. Para mantener esta unicidad divina, niegan la verdadera divinidad del Hijo y atribuyen solamente al Padre los atributos divinos<sup>3</sup>. Ellos no niegan que Cristo nació de Dios, sino que fue creado por voluntad del Padre de la nada. Los arrianos objetan el *homoousios* niceno diciendo que el Hijo es una creatura. La primera entre todas ciertamente, la única creada directamente por el Padre, pero una creatura, al fin y al cabo. Es en este sentido que se le puede llamar el Unigénito. Consecuentemente, niegan la consustancialidad del Padre con el Hijo. El Hijo es de una sustancia diversa del Padre. El Hijo «nec enim est

aeternus, aut coaeternus, aut simul non factus cum Patre, nec simul cum Patre habet esse»<sup>4</sup>.

Los arrianos rechazan la generación del Hijo desde el Padre, reduciendo toda generación a la donación del ser a quien no lo tenía antes. La ortodoxia defendía la generación eterna del Padre. La primera afirmación, según el arrianismo, es intrínsecamente contradictoria pues toda generación implica un cambio, que en Dios es inaceptable. Mientras que afirmar una generación *ex Deo*, implicaría una imperfección dentro de la sustancia divina. «La expresión “de Dios”, entendida por Arrio como causa material, presupondría una *substantia divina* no simple, sino compuesta, y por lo tanto, imperfecta»<sup>5</sup>. Es de notar la concepción materializante que Arrio tenía de la esencia divina, por lo que todo cambio dentro de ella, generativo o del tipo que sea, consecuentemente sería visto como imperfección. En fin, *generatio* quiere decir para ellos *creatio*. No de Dios, sino a partir de la nada. Cristo es «creatura ex nihilo»<sup>6</sup>, *no generatus a Patre* «factura»<sup>7</sup>, ciertamente «perfecta»<sup>8</sup> y «supereminens»<sup>9</sup>. La creaturalidad del Hijo compromete también su eternidad. Para Arrio, Cristo no es eterno, pues no existía antes de nacer. El Padre es el único eterno, que no tiene comienzo. «Hubo un tiempo en el que el Hijo no existía» era un tipo de slogan que definía a los arrianos.

La adopción, entendida desde el punto de vista arriano, permitirá conservar los términos escriturísticos que denotan al Hijo. Así presenta Borchardt el concepto de adopción sostenido por los arrianos:

<sup>1</sup>Toda la obra se le debe atribuir al autor, pero habría fusionado una primera obra (los libros del I al III), a una más amplia refutación del arrianismo (libros del IV al XII).

<sup>2</sup>Cf. SAN HILARIO DE POITIERS, *De Trinitate*, IV, 35, BAC, Madrid 1986. Edición bilingüe preparada por Luis Ladaria. Esta obra se citará según esta edición citando simplemente el título, libro y número de referencia.

<sup>3</sup>San Hilario reproduce dos veces la carta escrita por Arrio desde Nicomedia al obispo Alejandro de Alejandría, en el libro IV, 12 y VI, 5. Creemos que estos textos son una buena presentación sintética de la doctrina arriana.

<sup>4</sup>*De Trinitate*, IV, 13.

<sup>5</sup>A. PIRAS, *Storia della letteratura patristica*, Pontificia Facoltà teologica della Sardegna, Cagliari 20132, 184 (traducción personal).

<sup>6</sup>*De Trinitate* IV, 46.

<sup>7</sup>*De Trinitate* IV, 11.

<sup>8</sup>*De Trinitate* IV, 11.

<sup>9</sup>*De Trinitate* IV, 38.



Negaban que Cristo hubiera nacido de Dios y sostenían que era Hijo de Dios por adopción en el sentido en que muchos son hijos de Dios; y asimismo que era Dios en el sentido en que muchos son dioses. Sin embargo, era mayor que los demás hijos adoptivos, ya que su adopción precedió a la de los demás<sup>10</sup>.

Estas son las tesis principales de la herejía arriana, que supuestamente encontrarían apoyo en la Sagrada Escritura, interpretada según sus preconcepciones. San Hilario luchará contra esta *impietas* comentando los textos de la Escritura, pero también desde un riguroso razonamiento filosófico y teológico.

## II. La argumentación de San Hilario

### 1. Distinción en la divinidad

San Hilario presenta a Dios como uno solo, pero no como solitario. Por lo tanto, se da en la divinidad una unidad, pero no una unicidad: «et in Deo vero Patre et in Deo vero Filio uno vero Deo intelligendo secundum naturae unitatem, non secundum personae unionis [...] docuerimus»<sup>11</sup>. San Hilario se encuentra con una distinción sutil todavía cuando escribe en campo trinitario: defender la unidad de naturaleza divina, pero la diversidad de personas. Hay que entender el único Dios verdadero en virtud de la unidad de la naturaleza, no en la unicidad de personas. Para él, la fórmula bautismal de por sí es bastante clara para la solución al problema de los herejes: «Dixerat Dominus baptizandas gentes, *In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sanctus (Mt 28,19)*. Forma fidei certa est: sed quantum ad haereticos omnis sensus incertus est»<sup>12</sup>.



Presenta varios pasajes de la Escritura que sostienen esta multiplicidad en la divinidad. Por ejemplo, el *erat* de *Jn 1,1* expresa para Hilario la falta de origen temporal del *Logos* y, por lo tanto, su origen divino. Dice Hilario que «quod erat, non potuit non fuisse; erat enim non habet in tempore non fuisse»<sup>13</sup>. El Verbo también opera conjuntamente con el Padre la obra de la creación. Es el Mediador de la creación, Aquél sin el que nada se ha hecho (*Jn 1,3*). Puesto que todas las cosas provienen de Él, también el tiempo procede de Él. Nuestro autor lo comenta: «Et cum ab eo omnia, res nulla non ab eo: idcirco tempus ab eo est»<sup>14</sup>. Tiende a subrayar el origen del tiempo para refutar indirectamente otro de los principios del arrianismo. Recordemos que uno de los anatemas contra Arrio promulgado en el Concilio de Nicea era la temporalidad del Verbo. El Concilio de los 318 Padres establecía que «los que, en cambio, dicen: Hubo un tiempo en el que no fue [...] los anatematiza la Iglesia católica»<sup>15</sup>. Subrayar el origen del tiempo en el Verbo es, al mismo tiempo, subrayar su eternidad y, por lo tanto, su divinidad.

<sup>10</sup> Cf. C.F.A. BORCHARDT, *Hilary of Poitiers' Role in the Arian Struggle*, Martinus Nijhoff, The Hage 1966, 54 (traducción personal).

<sup>11</sup> *De Trinitate* VI, 8.

<sup>12</sup> *De Trinitate* II, 9.

<sup>13</sup> *De Trinitate* II, 17.

<sup>14</sup> *De Trinitate* II, 17.

<sup>15</sup> DH 126, edición española: H. DENZINGER – P. HÜNERMANN, *Enchiridion symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, Herder, Barcelona 199938.



El texto de 1Cor 8,6, «para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual nosotros somos», le da pie para muchas afirmaciones sobre la mediación de Cristo. «Novit enim unum ex quo omnia: novit et unum Dominum nostrum Iesum Christum per quem omnia, unum ex quo, et unum per quem; ab uno universorum originem, per unum cunctorum creationem [...] cum ex quo et per quem, ad id quod creatur, in his quae creata sunt communis auctoritas sit»<sup>16</sup>. Un solo principio de las creaturas, la única *communis auctoritas* origen de la creación, expresión de la unidad de la naturaleza divina entre el Padre y el Hijo. Pero en esta unidad, se distingue la división entre el Padre, principio *ex quo*, y el Hijo principio *per quem*. La defensa del *homoousios* es la finalidad primordial de nuestro autor. Pero en esta finalidad, logra distinguir las personas del Padre y del Hijo.

## 2. Cristo, verdadero hijo de Dios

Los arrianos usaban muchas frases que parecían ortodoxas, pero que en realidad las interpretaban según su doctrina. Uno de los grandes títulos cristológicos es justamente «Hijo de Dios». Pero ¿cómo interpretaban este apelativo, de indudable autenticidad bíblica? Para ellos, una cosa es ser Hijo de Dios y otra cosa es ser Dios verdadero; por lo tanto, aplicaban ciertamente este título a Cristo, pero tergiversándolo. La filiación del Hijo no garantiza su divinidad. Borchardt lo sintetiza así: «Sostenían que el Hijo no nació de Dios, sino que fue creado por un acto de su voluntad. Se le llama Hijo no por haber nacido de Dios, sino por haber sido creado por Dios»<sup>17</sup>. Por lo tanto, lo que se debe aclarar es la recta interpretación de la filiación de Cristo respecto al Padre.

Desde el punto de vista lógico, el obispo de Poitiers analiza el mismo concepto de Padre. Como concepto relativo, ser padre conlleva la relación con

un hijo y viceversa. En el caso de Dios Padre, si no es siempre Padre del Hijo, no se le puede llamar ni siquiera Padre. Quitarle la paternidad eterna implica decir que no es Padre esencialmente. «Et [arriani n.d.r.] usque ad naturae demutationem sensus sui perversitate contendunt; ut quod Pater est Patri adimant, dum volunt Filio auferre quod filius est. Adimunt autem, quando cum his non de natura sit filius»<sup>18</sup>. Por lo tanto, el hecho de pensar que Cristo es un hijo por adopción implica negar la paternidad divina, porque habría un tiempo en el que el Padre no lo era del Hijo, y consecuentemente no sería Padre constitutivamente.

También las Escrituras atestiguan esta especial filiación de Cristo. Dios Padre indica a Cristo como su Hijo propio en dos solemnes momentos. En el Bautismo de Cristo dijo: «Éste es mi Hijo» (Mt 3,17). Y en la Transfiguración: «Éste es mi Hijo amado en quien me complazco, escúchenlo» (Mt 17,5). Hilario ve en el «éste es» la filiación ontológica de Cristo respecto al Padre por encima de otros que haya llamado hijos por complacencia.

Sin vero proprium ac singulare ei est: Hic est filius meus; quid calumniam Deo patri professae de filio proprietatis afferimus? Anne tibi in eo, quod dicitur hic est, non hoc significari videtur: Alios quidem



<sup>16</sup> *De Trinitate* IV, 6. Las cursivas son nuestras.

<sup>17</sup> C.F.A. BORCHARDT, *Hilary of Poitiers' Role in the Arian Struggle*, 64 (traducción personal).

<sup>18</sup> *De Trinitate* II, 3.





cognominatos ab eo in filios, sed hic filius meus est; donavi adoptionis plurimis nomen, sed iste mihi filius est: me quaeras alium, ne non hunc esse credas; hunc ego tamquam digito indice ac verbi significatione contingo, qua dico et meus est, et hic est, et filius est? Quid post haec intelligentiae poterit esse, ne non esse credatur?<sup>19</sup>.

No solamente el Padre, sino que Cristo mismo es consciente de su propia filiación divina. Cristo se dirige a Dios como su Padre. Cristo habla de «la casa de mi Padre» (*Jn 14,2*), y confiesa que es el Hijo enviado por el Padre no para juzgar al mundo, sino para salvarlo (*Jn 3,17*). La pregunta que Cristo le hace al ciego de nacimiento es iluminativa: «¿Tú crees en el Hijo de Dios? [...] Le has visto. El que está hablando contigo, ése es» (*Jn 9,35-37*).

Ante esta doble confesión de la filiación divina, se propone un dilema a los arrianos: ¿acusaremos a Jesucristo de presunción temeraria por llamar a Dios su Padre? Y si no se fía de los hombres, no queda otra posibilidad que recurrir al testimonio que viene del Cielo: «éste es mi Hijo», cuyo significado de *mío* indican lo que es propio. San Hilario concluye este razonamiento así, lanzando una fuerte acusación contra sus adversarios: «Tibi quaero, haeretice, unde alia praesumptio sit. Adimis Patri fidem, filio

professionamem, nominibus naturam: vim verbis Dei affers, ne sint quod enuntiant. Impietatis tuae sola impudentia est, ut mentitum de se Deum arguas»<sup>20</sup>.

San Pablo también confiesa la única filiación de Cristo. En ninguno de sus discursos habló del Padre sin confesar al Hijo. En la carta a los Romanos, cuando afirma que «el que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros» (*Rom 8,32*), no habla de adopción cuando expresamente se dice que es “propio” cuando el Apóstol, queriendo mostrar el gran amor de Dios por nosotros, alude a la muerte expiatoria de Cristo. Pero se trata del Hijo propio, no de uno adoptado en favor de lo que habrían de ser adoptados, ni de una creatura en favor de los que son creados, sino a su propio Hijo por lo que tendrían que ser llamados hijos<sup>21</sup>.

Para defender la filiación del Hijo, San Hilario hace una reducción al absurdo del argumento arriano: si se sostiene que Cristo es una creatura, es preciso argumentar que el mismo Cristo es el anticristo. Cito a San Hilario. «Nam cum quibus creatura est Christus, necesse est ut cum his Antechristus ipse sit Christus, quia Filii proprietatem creatura non habeat, et Dei se ille Filium mentiatur. Et per hoc a quibus hic Dei Filius iam negatur, ab his tunc Christus ille credatur»<sup>22</sup>.

### 3. El Hijo, verdadero Dios

La divinidad del Hijo era, como vimos, el centro de la disputa arriana. En esta argumentación San Hilario defenderá que el Hijo es Dios por su nombre, por su naturaleza, por su poder y por su testimonio<sup>23</sup>.

#### a. Por su nombre

Los argumentos escriturísticos son, como en otros temas, esenciales para la demostración hilariana. Analiza desde otra perspectiva el ya comentado prólogo del evangelio de San Juan. Cuando el evangelista afirma «Deus erat Verbum» (*Jn 1,1*) en el



<sup>19</sup> *De Trinitate VI*, 23.

<sup>20</sup> *De Trinitate VI*, 25.

<sup>21</sup> Cf. *De Trinitate VI*, 45.

<sup>22</sup> *De Trinitate VI*, 46.



caso del Verbo, el sustantivo «Dios» no es un mero título, sino la expresión de su esencia. El verbo «era» implica no un estado accidental, sino el estado de entidad propia de su naturaleza, existente sin relación con la temporalidad, como habíamos analizado. En los análisis lingüísticos de nuestro autor, parte de una concepción realista entre el concepto significado y la realidad significante. Los conceptos que usamos para expresar la realidad la significan directamente. Este presupuesto epistemológico condiciona su hermenéutica bíblica, haciéndose más evidente en las perícopas que translucen la divinidad de Cristo.

*Legimus enim, In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum [...] numquid nomen non naturae significatio est? Et quia contradictio omnis ex causa est, nunc hic negandi Dei quaero causam. Simplex namque nuncupatio est, et caret offendiculo adiectionis alienae<sup>24</sup>.*

### b. Por su nacimiento

Para demostrar la divinidad del Hijo por su nacimiento Hilario recurre a un argumento lógico. La inteligencia humana excluye que algo que nace sea diverso de la naturaleza de la que tiene su origen. Si se observa este fenómeno causal en las cosas creadas, en las que el generado es de la misma naturaleza que el generante, no hay motivo para afirmar apriorísticamente el nacimiento del Unigénito de una naturaleza diversa respecto a Dios. San Hilario concluye:

*Et cum haec in his corporalibus causis et passionibus ita sint; quis rogo furor est, nativitatem unigeniti Dei ad degenerem ex Deo referre naturam; cum nativitas non nisi ex proprietate naturae sit, si proprietate naturae in nativitate non fuerit?<sup>25</sup>.*

El nacimiento eterno del Hijo está al inicio de la controversia arriana y la verdadera generación del Padre será uno de los grandes puntos en disputa. Borchardt afirma que Hilario sostiene que la fe de la Iglesia sabe que el Hijo nació como Dios de Dios y que su nacimiento no retiró nada de la Divinidad de su Autor, ni nació de otro modo que Dios<sup>26</sup>.

Primeramente, se negarán los equívocos que puede haber sobre la generación del Hijo. En esta fase, San Hilario aclarará los equívocos que puede haber a causa de los arrianos en torno a la generación. Arrio, en su carta a Alejandro de Alejandría<sup>27</sup>, mezclaba la idea ortodoxa de la generación del Verbo con diversas herejías, lo que daba pie al diácono alejandrino para rechazar la recta doctrina. San Hilario distingue la ortodoxia de las herejías a las que equívocamente

<sup>23</sup> El mismo enumera los diversos argumentos en que va a demostrar su tesis. «Deum igitur Dominum nostrum lesum Christum his modis novimus: nominative, nativitate, natura, potestate, professione» (*De Trinitate VII, 9*). Por razones de espacio, solo desarrollaremos las dos primeras, que son las más extensas y las que tienen más interés en el conjunto de esta obra.

<sup>24</sup> *De Trinitate VII, 9*.

<sup>25</sup> *De Trinitate VII, 14*.

<sup>26</sup> Cf. C.F.A. BORCHARDT, *Hilary of Poitiers' Role in the Arian Struggle*, 75.

<sup>27</sup> San Hilario en su obra reproduce dos veces la mencionada carta: en VI, 12-13 y en VI, 5-7. Las alusiones y discusiones a las que nos referiremos están enmarcadas en el comentario a la segunda reproducción de la carta.



Arrio las asimilaba, condenándolas y aclarando la posición de la Iglesia. La generación no es la prolación del Padre como la ha entendido Valentín. Los arrianos, para negar el concepto de generación del Hijo, la asimilaban a la *prolatio* valentiniana: una interpretación cristiana de enseñanzas gnósticas<sup>28</sup>.

Tampoco es la porción de la única sustancia como lo entendía Manes, quien –según testimonio de nuestro autor– proclamó que lo que estuvo en la Virgen era una porción de la única sustancia divina, como una parte de la sustancia del Padre. Los arrianos, para negar el nacimiento del Hijo y la unidad de la sustancia, quieren hacer ver al Hijo como una porción de la sustancia del Padre. La Iglesia condena a Manes y, citando a San Ireneo: «Nescit [Ecclesia, n.d.r.] enim in Filio portionem: sed scit Deum totum ex Deo toto: scit ex uno unum; non desectum, sed natum: scit nativitatem Dei nec diminutionem esse gignentis, nec infirmitatem esse nascentis»<sup>29</sup>.

También rechaza los postulados de Sabelio, que no reconoce el nacimiento, sino que lo reinterpreta como división de la única persona divina, que quedaría separada materialmente en el momento de la Encarnación. Hilario rechaza la unicidad y mantiene la unidad en la divinidad. Dios de Dios significa que son una sola cosa en su naturaleza, y que uno recibe su ser y su divinidad en virtud del único nacimiento. Por lo tanto, rechaza el pretexto de la unicidad en Sabelio para eliminar la fe en la unidad de naturaleza divina entre el Padre y el Hijo<sup>30</sup>.

Tampoco el nacimiento es, como quería Hierarcas, «lucernam de lucerna, vel lampadem in duas partes»<sup>31</sup>. Hierarcas habló de dos luces procedentes de una misma lámpara. Comparaba la sustancia del Padre y del Hijo a una doble antorcha que para encenderse recibe el aceite de una fuente común a ambos, que encierra en sí la naturaleza de las dos llamas. Este postulado olvida que el Padre es el principio de la



divinidad que comunica la plenitud de su divinidad al Hijo que nace de Él, siendo los dos el mismo Dios. Ni el Padre ni el Hijo están contenidos en una sustancia exterior, ni el nacimiento es una sucesión, sino una generación. El nacimiento del Unigénito es una unidad de naturaleza, no una sucesión de elementos unidos<sup>32</sup>.

Después de despejar los equívocos sobre la idea de generación, pasamos a exponer la doctrina hilariana sobre la generación del Hijo. Creemos que esta idea es central en la teología trinitaria y cristológica de nuestro autor. La generación eterna del Hijo procedente del Padre es el concepto pivote que permitirá a Hilario por una parte explicar la consustancialidad del Padre con el Hijo y, por otra parte, entender la alteridad de personas por la que el Padre-Dios no es el Hijo-Dios.

Se trata de un nacimiento que no ha acontecido en el tiempo. Ante el sofisma que ponen los arrianos para afirmar la temporalidad del nacimiento del Hijo: no podía nacer aquél que ya existía y el que existía antes no tenía necesidad de nacer para existir, San Hilario objeta que la generación eterna del Hijo no se puede comparar al nacimiento que percibimos con nuestra experiencia. Todos los seres que conocemos

<sup>28</sup> Cf. *De Trinitate* VI, 9.

<sup>29</sup> *De Trinitate* VI, 10.

<sup>30</sup> Cf. *De Trinitate* VI, 11.

<sup>31</sup> *De Trinitate* VI, 12.

<sup>32</sup> Cf. *De Trinitate* VI, 13.



entrañan una previa no-existencia y tienen un origen temporal. En el caso del Hijo, al confesar con el credo *Deum de Deo* aludimos que Dios, del que ha nacido el Hijo, existía desde siempre, y que, en virtud de su nacimiento a partir de la misma naturaleza, el Hijo recibe el ser Dios. Dios existe desde siempre, por lo tanto, la generación no es ninguna razón en contra de la eternidad del Hijo. En estas objeciones arrianas se puede ver que al hablar de generación del Hijo la equiparan sin más a la creación de todas las demás cosas. En una densa frase, nuestro autor resume estos argumentos:

Ubi enim Pater auctor est, ibi et Nativitas est; at vero ubi auctor aeternus est, ibi et nativitatis aeternitas est; quia sicut nativitas ab auctore est, ita et ab aeterno auctore aeterna nativitas est. Omne autem, quod semper est, etiam aeternum est. Sed tamen non omne, quod aeternum est, etiam innatum est. Quia quod ab aeterno nascitur, habet aeternum esse quod natum est<sup>33</sup>.

Entre los diversos problemas teológicos que San Hilario tuvo que enfrentar, se encontraban dos extremos: la negación de las personas defendiendo la unidad de naturaleza –cuyo exponente principal era el sabelianismo– y la diversidad de personas acentuando la unicidad de la naturaleza divina –cuyo gran protagonista y adversario contemporáneo era el arrianismo–. Ante este dilema, habíamos mencionado que el teólogo de Poitiers afirma un único Dios, pero no un Dios solitario. San Hilario designa frecuentemente «unum» para referirse a la unidad numérica de naturaleza entre el Padre y el Hijo, y «unus» para referirse a la distinción de personas<sup>34</sup>. Hace referencia a la conocida distinción de San Gregorio Nacianceno: el Padre y el Hijo son állos *kaí* állos, no állo *kaí* alló. Ahora bien, el principio especulativo que permite diferenciar las personas del



Padre y del Hijo y afirmar contemporáneamente el hecho de su consustancialidad, es el nacimiento.

Y esta distinción real de personas que existe entre el Padre y el Hijo en la unidad numérica de la naturaleza divina se basa, según Hilario, únicamente en la *nativitas*, por la que el Hijo procede del Padre como de un único principio perfectísimo<sup>35</sup>.

Para San Hilario el proceso como tiene lugar la *nativitas* es simple. El Padre comunica por la generación al Hijo toda su naturaleza divina.

Sed incomprehensibiliter, inenarrabiliter, ante omne tempus et saecula, Unigenitus ex his quae ingenita in se erant procreavit, omne quod Deus est per charitatem atque virtutem nativitati eius impertiens: ac sic ab ingenito, perfecto, aeternoque Patre, unigenitus et perfectus et aeternus est Filius<sup>36</sup>.

Incluso, nuestro teólogo llega a decir que esta generación eterna en el seno de la Trinidad, misterio incomprensible e inefable, es algo en cierto sentido necesario en la naturaleza divina. Al ser el Padre el origen eterno de su nacimiento eterno, no puede ser

<sup>33</sup> *De Trinitate* XII, 21.

<sup>35</sup> Cf. A. VERRASTRO, *Il fondamento ultimo della perfetta consustanzialità del Figlio al Padre nel "De Trinitate" di S. Ilario di Poitiers*, Tipografia Capiello, Potenza 1948, 14.

<sup>36</sup> *De Trinitate*, III, 3.

<sup>37</sup> *De Trinitate*, XII, 53.





separado del Hijo, pues no se puede confesar que haya existido el Padre alguna vez sin el Hijo. Cuando el teólogo católico habla de Dios, tiende a evitar poner cualquier necesidad en el ser divino. Pero al hablar de la eterna relación entre el Generante y el Generado, el teólogo de Poitiers afirma que no se pueden separar pues, de otra manera, el Padre sería «aut imperfectus sine generatione, aut superfluum post generationem»<sup>37</sup>. Obviamente se trata de una necesidad en sentido impropio, pues más que una constricción, se trata de describir la naturaleza de Dios siempre Uno y Trino.

La posibilidad de una tal comunicación de toda la divinidad del Padre al Hijo la funda San Hilario en la espiritual, perfecta y simplísima naturaleza divina. Contra la concepción un tanto materialista y extensiva de Arrio, que negaba cualquier generación del Padre porque supondría un cambio en la esencia divina, lógicamente incomprensible e inadmisibile: la concepción exquisitamente espiritual de la esencia divina en nuestro autor puede dar lugar a una *generatio ex aeterno*.

Generando al Hijo, el Padre le comunica todas las *aeternae proprietates*<sup>38</sup> de la divinidad, pero no le comunica aquéllas personales. El ser Hijo es la *proprietates* intransferible del Hijo y dígase lo mismo del ser Padre.

Unum enim eterque est, non unione, sed proprietate: dum et unicuique proprium est ut unus sit, vel Patri esse quod pater est, vel Filio esse quod filius est; et id, quod uterque in proprietate sua unus est, sacramentum unitatis ad utrumque est: quia et unus Dominus Christus Deo patri non potest auferre quod Dominus est, et unus Deus pater uni Domino Christo non intelligitur negare quod Deus est<sup>39</sup>.

*Innascibilis* y *Unigenitus* son las propiedades personales del Padre y del Hijo, respectivamente. En su propiedad de *Unigenitus* el Hijo no admite ningún otro, de igual manera a como el Padre es el único *Innascibilis*. «Uterque itaque unus et solus est, proprietate videlicet in unoquoque et innascibilitatis et originis»<sup>40</sup>.

Pero en estas propiedades personales, tanto el Padre como el Hijo son el único Dios. La unidad de naturaleza divina no deriva, obviamente, de las propiedades personales singularmente consideradas, sino de la mutua relación de generación entre el Generado y el Generante. El Hijo de Dios es Dios nacido de Dios, cuya naturaleza es inseparable e idéntica. Esta unidad de naturaleza le viene del nacimiento. «El Padre y yo somos una sola cosa» (*Jn* 10,30). En esta frase evangélica, nuestro teólogo ve esa perfecta igualdad de naturaleza divina<sup>41</sup>. En efecto, no hay nacimiento más que del Padre, de quien el Hijo recibe todo su ser Dios. Por lo tanto, sería una mentira introducir dos dioses en la fe de la Iglesia, como igualmente hablar de un Dios solitario teniendo en cuenta la realidad de la *nativitas*. «Ita in Deo pater et in Deo filio neque duos connumerabis deos, quia unum uterque sunt; neque singularem praedicabis, qua uterque non unus est»<sup>42</sup>.



<sup>38</sup> San Hilario entiende por *proprietates* aquellas cualidades características de una determinada naturaleza, análogo al *proprium* predicamental de la lógica clásica.

<sup>39</sup> *De Trinitate* XI, 1.

<sup>40</sup> *De Trinitate* IV, 33.

<sup>41</sup> *De Trinitate* VII, 31.

<sup>42</sup> *De Trinitate* VII, 31.





La innascibilidad y el nacimiento son dos términos distintos y opuestos cuya relación se limita al campo de las personas trinitarias, definidas con una teología más madura unos siglos más tarde como *relationes subsistentes*, pero cuya intuición fundamental encontramos ya en nuestro teólogo galo. La igualdad de divinidad se comprende entre el Padre y el Hijo en base a la *nativitas*. Verrastro sintetiza así este pensamiento: «Por utilizar una expresión genuinamente hilariana, la *nativitas divina*, en cuanto *nativitas* funda la distinción de personas, y en cuanto *divina* funda la unidad de naturaleza entre el Padre y el Hijo»<sup>43</sup>.

#### 4. Unidad del Padre y del Hijo

Hilario da gran importancia a la unidad entre el Padre y el Hijo. Los arrianos objetaban que Cristo no era Dios verdadero. Por lo tanto, la unidad que los diversos pasajes evangélicos proclaman entre el Padre y el Hijo, como «Yo y el Padre somos uno» (*Jn* 10,30), o «Si me conocéis a mí, conocéis también al Padre» (*Jn* 14,7), los interpretaban de manera distorsionada. La unidad que ellos propondrán será una unidad moral, pero no una unidad ontológica entre el Padre y el Hijo. El motor de arranque era el



texto de *Hch* 4,32: «y la multitud de creyentes tenía un solo corazón y una sola alma». Para probar que la multitud de los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma, es necesario recurrir a la mera unidad de voluntad. Pero el teólogo de Poitiers cree que puede refutar estas mentiras de los herejes a partir de los mismos pasajes de los que se sirven<sup>44</sup>.

San Hilario señala que la unidad de los fieles en un solo corazón y una sola alma se debe a la unidad de fe y de sacramentos. En *Gal* 3,27, San Pablo dice: «ya no hay ni judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer; ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús». El hecho de ser uno a pesar de la gran diversidad de condición, raza, sexo, no es por la anuencia de voluntades, sino por el hecho de ser uno en Cristo<sup>45</sup>. O sea, la condición de la unidad no es la concordia de voluntad, sino Cristo mismo.

La oración de Cristo: «Para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos estén en nosotros» (*Jn* 17,21) nos da una clara idea de la unidad que hay entre el Padre y el Hijo, unidad que los herejes se esfuerzan en negar.

San Hilario usa el argumento eucarístico contra la interpretación arriana de la simple unidad de voluntad. Repetidas veces los Padres de la Iglesia usaban dicho argumento. Señala que cuando recibimos el sacramento por el que nos comunica su carne, nuestra unión con Cristo se basa en que permanece su naturaleza en nosotros. Y así, todos somos una sola cosa, porque Cristo está en el Padre, y Cristo está en nosotros<sup>46</sup>. Por lo tanto, quien niega la unidad natural entre Cristo y el Padre, niega también la unidad entre la Eucaristía y la vida divina. En efecto, recibiendo el sacramento de su Cuerpo y Sangre llegamos a ser una sola cosa con Cristo y con el Padre. Sin la unidad sustancial de Cristo con el Padre, la Eucaristía no sería vínculo de vida divina para el creyente.

<sup>43</sup> A. VERRASTRO, *Il fondamento ultimo della perfetta consustanzialità del Figlio al Padre nel "De Trinitate" di S. Ilario di Poitiers*, 18 (traducción personal).

<sup>44</sup> Cf. *De Trinitate* VIII, 6.

<sup>45</sup> Cf. *De Trinitate* VIII, 7.

<sup>46</sup> Cf. *De Trinitate* VIII, 13.



Nunc enim et ipsius Domini professione, et fide nostra vere caro est, et vere sanguis est. Et haec accepta atque hausta id efficiunt, ut et nos in Christo, et Christus in nobis sit. Anne hoc veritas non est? Contingat plane his verum non esse, quid Christus lesum verum esse denegant. Est ergo in nobis et ipse per carnem, et sumus in eo: dum secum hoc, quod nos sumus, in Deo est<sup>47</sup>.

Negar la verdadera divinidad de Cristo, es negar el rol fundamental del Mediador en la economía soteriológica. Podemos llegar a la unidad con el Padre porque nosotros estamos unidos a Aquél que por su naturaleza está unido al Padre.

San Hilario no niega la unidad de voluntades, pero esta unidad es consecuencia de la unidad de naturaleza, y entre estas dos no puede haber oposición alguna. «Sed audiant quam a nobis unanimitas non negetur. Unum sunt Pater et Filius natura, honore, virtute: nec natura eadem potest velle diversa»<sup>48</sup>.

Pero el mejor modo de expresar la consustancialidad del Hijo con el Padre, San Hilario lo ve en la *circuminsessio*. Este misterio, que supera

totalmente la inteligencia humana, es la mutua presencia y compenetración del Padre en el Hijo y del Hijo en el Padre en la unidad numérica de la naturaleza divina. Cita *Hb* 1,3 «El cual, siendo resplandor de su gloria e impronta de su sustancia» y distingue entre Aquél que tiene la sustancia y Aquél que es su impronta visible, para diferenciar solo la subsistencia personal, pero no en lo que respecta a la diversidad de naturaleza. Y describe la *circuminsessio* entre el Padre y el Hijo: el que el Padre esté en el Hijo y el Hijo en el Padre, significa la plenitud de la divinidad para uno y para el otro, pues el Hijo no supone una disminución del Padre. La impronta no puede existir sola y la semejanza no puede referirse a sí misma<sup>49</sup>.

Basándose en *2Cor* 5,18-19, sobre la reconciliación de todos en Cristo, nuestro autor da otro acercamiento a la inhabitación entre el Padre y el Hijo

Qui enim videtur in viso, qui operatur in operante, qui loquitur in loquente, idem in reconciliante reconciliat. Et idcirco in eo et per eum reconciliatio est, quia per indifferentem naturam Pater in eo manens, mundum sibi ipse per eum et in eo reconciliatione reddebat<sup>50</sup>.

En el tema de la *circuminsessio* encontramos la centralidad de la generación. La inhabitación entre el Padre y el Hijo es una consecuencia de la *nativitas*, que la funda y la hace posible. El Padre está en el Hijo y el Hijo está en el Padre no por una fusión del uno en el otro, sino por el nacimiento perfecto<sup>51</sup>.

### III. La teología de la Encarnación en San Hilario

La Encarnación comprende en la teología el centro del designio salvador del Padre. Pero sin duda esta verdad de fe, neurálgica para el cristianismo, encierra paradojas que no siempre ha

<sup>47</sup> *De Trinitate* XIII, 14.

<sup>48</sup> *De Trinitate* VIII, 19.

<sup>49</sup> Cf. *De Trinitate* III, 23.

<sup>50</sup> *De Trinitate* VIII, 51.

<sup>51</sup> Cf. *De Trinitate* VII, 31.



sido fácil explicar. ¿Cómo conciliar la humanidad y la divinidad de Cristo?, ¿cómo se relacionan estas dos naturalezas entre sí y cómo entender esta relación con la reafirmada consustancialidad con el Padre? Una cristología poscalcedonense tiene los recursos para iluminar estas dificultades, pero para una teología *in faciendo*, 100 años antes y aún en desarrollo, no resultaba siempre tan fácil.

Nuestro teólogo enfrenta estos problemas en su defensa de la ortodoxia ante el arrianismo, que obviamente encontraba en el Cristo-hombre tantos puntos a favor de su doctrina. Se nota, en las respuestas que da, muchas intuiciones de lo que después será el Credo de la Iglesia, y también algunas vacilaciones comprensibles por su contexto teológico e histórico. Hemos decidido incluir este tema como un punto independiente por su perspectiva no tanto polémica, sino más bien expositiva, y por el lugar que toma San Hilario de Poitiers en el desarrollo del dogma cristológico y trinitario.

Ladaria identifica tres estadios en los que el Hijo se presenta a lo largo de la *dispensatio* en la cristología hilariana<sup>52</sup>: la preexistencia, la vida mortal y la vida del Resucitado. Dentro del marco de estos tres estadios, la divinidad y la humanidad de Cristo deben confesarse dentro del contexto propio: en la preexistencia es solo Dios, pero en el segundo e incluso en el tercer estadio hay que tener en cuenta la doble condición divina y humana del Señor: una cristología de las dos naturalezas<sup>53</sup>.

Se debe comenzar haciendo una distinción importante para San Hilario: cuando el Hijo se hace visible, asume el modo de ser de la creatura. Adquiere



un *species*, una forma visible creatural<sup>54</sup>, que no le pertenece y que se diferencia de la *natura*, de la naturaleza divina que le es propia<sup>55</sup>. En la Encarnación este binomio *natura-species* será del todo peculiar.

El himno cristológico de *Flp* 2,6-11 le ofrece la ocasión para desarrollar su teoría de la Encarnación. En este importante texto paulino se hace referencia a la forma de Dios y la forma de siervo. Aplicando a las categorías anteriores, el Hijo asume la forma de siervo (*species*), sin que ello signifique menoscabo alguno de su naturaleza divina (*natura*), pero añadiendo un nuevo elemento: la *kénosis* o el vaciamiento (*exinanitio*); y considerando que la Encarnación no es solo la forma exterior de una determinada forma visible, como en las teofanías del Antiguo Testamento, sino la asunción de la naturaleza humana con todas sus consecuencias. Ladaria lo expresa así: «El vaciamiento de la forma de Dios significa el desprenderse del ser igual a Dios; pero la condición divina permanece, según el fin del pasaje citado [*Flp* 2,6-11 n.d.r.]. Dejar la igualdad con el Padre no parece que pueda significar dejar de ser Dios»<sup>56</sup>. En efecto, la obediencia hasta la muerte no

<sup>52</sup> Por *dispensatio* San Hilario entiende la automanifestación de Dios en la economía salvífica.

<sup>53</sup> Cf. L. LADARIA, *La cristología de Hilario de Poitiers*, PUG, Roma 1989, 38.

<sup>54</sup> Para nuestro autor, todas las teofanías del Antiguo Testamento son manifestaciones del Hijo, diversas *species* que el Hijo va tomando a lo largo de la historia salvífica. Parte de una interpretación de Jn 1,18: «a Dios nadie lo ha visto jamás», para afirmar que las manifestaciones divinas veterotestamentarias son manifestaciones del Hijo que adquiere diversas *species* creadas con el fin de comunicarse con el hombre (fuego, ángel, hombre, zarza ardiendo), prefiguraciones de la encarnación.

<sup>55</sup> Cf. *De Trinitate* XII, 46

<sup>56</sup> L. LADARIA, *La cristología de Hilario de Poitiers*, 71.

<sup>57</sup> *De Trinitate*, IX 14.



sería posible si no se renuncia a la *forma Dei*, para asumir la *forma servi*. Ahora bien, el adoptar una determinada forma no afecta la naturaleza divina en cuanto tal, que permanece tal. «Ergo evacuatio formae non est abolitio naturae: quia qui se evacuat, non caret sese; et qui accipit, manet»<sup>57</sup>.

La naturaleza divina en el estadio de la vida mortal de Cristo es la misma que su estado preexistente, pero no se manifiesta como tal al tomar la forma de siervo. En cierto sentido, el poder divino se «esconde» bajo los vestidos de la humanidad, privándose de las prerrogativas que le pertenecen como Dios. En el estadio del Cristo glorioso tal divinidad se manifestará de nuevo, o mejor, la *forma servi* asumida en la Encarnación será transformada y glorificada.

Vemos que la distinción entre naturaleza y forma le permite a San Hilario penetrar en el misterio de la Encarnación y explicar igualmente la divinidad y la humanidad de Cristo. Esta distinción permite insistir en la permanencia de la divinidad aún en el estado kenótico.

## Conclusión

Las controversias trinitarias y cristológicas de los primeros siglos cristalizaron el kerigma apostólico en el dogma de la Iglesia. En medio de la formación del dogma, las herejías fungieron, al menos históricamente, como el catalizador que impulsó a los grandes teólogos del momento a clarificar y defender la verdad de la fe. Y en medio de estas controversias, no siempre fáciles de discernir, San Hilario de Poitiers ocupa un lugar de importancia.

La dificultad entraña que, en medio de posiciones heréticas diametralmente opuestas, la Iglesia logra evitar las posiciones extremas y profesar la recta fe en un difícil equilibrio entre las posiciones contrapuestas. Pensemos, por ejemplo, en la controversia que ha ocupado nuestra atención en estas páginas. La doctrina de Nicea se mantiene lejana de la herejía de

Arrio, que distingue demasiado entre el Padre y el Hijo hasta hablar de una diferencia de sustancia, pero también lejos del sabelianismo, que no distingue bien entre el Padre y el Hijo.

Las herejías, en efecto, en opinión de Hilario (pero de nuevo se trata de una idea tradicional) constituyen la exageración indebida de ciertos aspectos de la doctrina cristiana y por eso a menudo se anulan mutuamente, mientras que la Iglesia, firme en su fidelidad a la doctrina evangélica y equidistante de los extremismos apropiados, triunfa sobre los ataques de los herejes<sup>58</sup>.

Además de esta sutileza teológica, San Hilario tiene el mérito de haber introducido en el occidente latino la terminología y los problemas por aquel entonces tan candentes en el oriente del Mediterráneo. El exilio del que fue objeto en Frigia lo hace partícipe del contemporáneo debate trinitario: la recta interpretación del concilio niceno y, dentro de esta fidelidad, el específico sentido que se le debe atribuir a *natura* o *substantia* (*ousía*) y a *persona* (*hypóstasis*). Conceptos y distinciones que ya están presentes en nuestro autor, aunque de manera tal vez todavía imprecisa o al menos no tan técnica.

Los antagonistas del arrianismo eran conscientes de la importancia vital que tenía para la fe la divinidad de Cristo. San Gregorio Nacianceno en una frase presenta las consecuencias escatológicas de la Encarnación: «Quod non est assumptum non est sanatum»<sup>59</sup>. La ascensión de la naturaleza humana por parte del Verbo hace que pueda ser salvada, y la carne no puede ser verdaderamente divinizada si Aquél que la asume no es Dios mismo. Era la esencia misma del cristianismo la que estaba en juego.

El gran adversario de nuestro autor fue, digámoslo una vez más, la herejía arriana. Por lo tanto, insiste sobre todo en la divinidad de Cristo. Pero a veces esa insistencia en la divinidad le hace no considerar

<sup>58</sup> Cf. S. PETRI, *Introduzione a Ilario di Poitiers, Morcelliana*, Brescia 2007, 27.

<sup>59</sup> SAN GREGORIO NACIANCENO, *carta 101 a Cledonio*, citada en A. PIRAS, *Storia della letteratura patristica*, 208.





tanto la humanidad. No queremos decir que niega la humanidad, al contrario, defiende la verdadera humanidad de Cristo contra cualquier forma de docetismo. Por ejemplo, cuando habla sobre el nacimiento y la infancia de Cristo señala que, en la carne, Cristo no rechazó las humillaciones de todo nacimiento humano, y dice: «Dei igitur imago invisibilis pudorem humani exordii non recusavit, et per conceptionem, partum, vagitum, cunas, omnes naturae nostrae contumelias transcucurrit»<sup>60</sup>.

Pero en general su concentración está de tal manera focalizada hacia la divinidad de Cristo, que la verdadera humanidad asumida parece absorbida por la naturaleza divina. Sin negar la humanidad de Cristo, repitámoslo una vez más para no dejar equívocos en materia tan delicada, parece como si la verdadera esencia de Cristo fuera la divinidad, y la humanidad fuera asumida solo en la *dispensatio* en vista de la salvación del hombre. Esta frase ilumina tal posición. «In forma enim servi est, qui et in forma Dei est. Et cum hoc naturae, illud vero dispensationis sit; in eiusdem tamen est veritatis proprietate, quod utrumque est: ut tam verus sit in Dei forma, quam verus in servi»<sup>61</sup>.

En la conjunción de las dos naturalezas en Cristo, parece como si también las funciones humanas sean



absorbidas por la divinidad, pues la naturaleza del sujeto es principal y esencialmente divina. Y San Hilario lo dice expresamente: «Coeterum unigenitus Deus, licet et homo natus sit, non tamen illud quam Deus omnia in omnibus est. Subiectio enim illa corporis, per quam quod carnale ei est, in naturam spiritus devoratur, esse Deum omnia in omnibus...»<sup>62</sup>.

Hay, por lo tanto, una extraña oscilación sobre la verdadera humanidad de Cristo, comprensible por su contexto histórico y teológico. En la gran lucha de la que fue adalid, se debía defender la consustancialidad del Hijo con el Padre. El pensamiento del obispo francés se centra en temas trinitarios, y no tanto cristológicos. Le falta, y sería un craso error anacrónico achacárselo, una completa comprensión de la unidad del sujeto en las dos naturalezas, la *communicatio idiomatum*, la doble consustancialidad de Cristo, fruto de Éfeso y Calcedonia.

San Hilario fue el primer teólogo occidental que refutó sistemáticamente el arrianismo y su figura histórica no puede ser minusvalorada. Su mérito como vehículo de los temas teológicos entre la teología oriental y occidental tampoco debe olvidarse. Muestra, además, una gran apertura intelectual en el diálogo con los homeusianos en su esfuerzo por interpretar correctamente la distinción en la Trinidad dentro de los cánones del *homoousios* niceno. Por estos méritos, San Hilario de Poitiers fue el primer doctor de la Iglesia occidental, honor concedido por el Papa Pío IX en 1851.

Palabras clave: San Hilario de Poitiers, *De Trinitate*, arrianismo, cristología, teología trinitaria.  
(publicado en *Ecclesia. Revista de cultura católica*, 38 No.2 (2024), 167-185)

<sup>60</sup> *De Trinitate* II, 24.

<sup>61</sup> *De Trinitate* X, 22.

<sup>62</sup> *De Trinitate* XI, 49. Las cursivas son nuestras.



P. Eloy Bedia, L.C.  
Licenciado en Filosofía  
Licenciando en Teología

# El método teológico de Lonergan y el diálogo de la teología con la cultura.

El fin de este ensayo es hacer una sencilla reflexión sobre el método teológico de Bernard Lonergan como herramienta válida para poner a la teología en relación con la cultura, partiendo de la convicción de que la teología dogmática y fundamental es inseparable de la concreta vida cristiana.

## 1. Base epistemológica: podemos conocer la verdad objetiva

Para hacer teología como ciencia es importante tener una buena base epistemológica. Partir de que el hombre puede, por el uso de su razón, llegar al conocimiento de Dios y de la fe. En teología se parte de la fe, de la Revelación de Dios al hombre. Como ciencia, parte de la Revelación de Dios al hombre en Cristo. En la teología como ciencia afirmamos que la razón humana puede dar razón de esa fe. Citamos la consabida frase de S. Anselmo en el número 1 del Proslogion: “Creo para entender y entiendo para creer”. El creyente tiene un sentido de la fe, esa capacidad de captar lo que es la fe, el *sensus fidei*. El número 66 de la *Fides et Ratio* recuerda: “En relación con el *intellectus fidei*, se debe considerar ante todo que la Verdad divina [...] goza de una inteligibilidad propia con tanta coherencia lógica que se propone como un saber auténtico”.

Presuponemos, por tanto, una epistemología que afirma la posibilidad de la razón humana de llegar a la verdad objetiva. La teología en general, y muy especialmente la dogmática, se fundamenta sobre esto: “La teología dogmática especulativa, por tanto, presupone e implica una filosofía del hombre, del

mundo, y más radicalmente del ser, fundada sobre la verdad objetiva” (FR 66).

Entendemos que lo que hace Lonergan es aplicar una teoría del conocimiento al quehacer teológico. Para hacer teología con seriedad, y para que sea una ciencia con rigor, se requiere que tenga un método. La RAE (Real Academia de la Lengua española) define así lo que es una ciencia: “Conjunto de conocimientos obtenidos mediante la observación y el razonamiento, sistemáticamente estructurados y de los que se deducen principios y leyes generales con capacidad predicativa y comprobables experimentalmente”. Definición quizás más orientada a las ciencias naturales, pero se puede aplicar en parte a la teología, fuera de la comprobación experimental. La teología es una ciencia porque aplicamos un método que se fundamenta en una epistemología que nos hace capaces de llegar a la verdad.

## 2. Los procesos intencionales del conocimiento. ¿Qué estoy haciendo cuando estoy conociendo?

Lonergan expone en su obra “*Insight*” su teoría sobre el conocimiento humano. Es el método empírico generalizado: la respuesta a la pregunta: **¿qué estoy haciendo cuando estoy conociendo?** Hacerse consciente de los procesos intencionales del conocimiento: experiencia, entendimiento, juicio y decisión. Lonergan sostiene que los seres humanos, para cualquier conocimiento, seguimos ese proceso.

Aplicado a la teología tienen una correspondencia primero con el *auditus fidei*, con el escuchar a Dios:



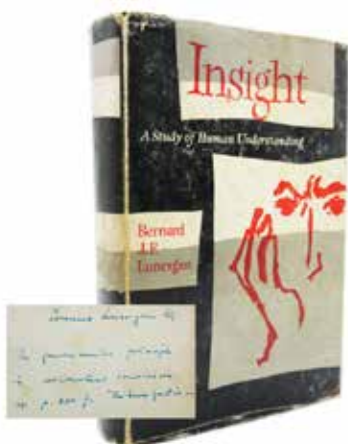
1) Experiencia: Datos, investigación de los datos; 2) Entendimiento: Interpretación de los datos obtenidos; 3) Juzgar: Historia, un juicio sobre los datos en sus contextos históricos; 4) Dialéctica: muestra las posibles tensiones que se dan en la historia ante las que tomar una decisión.

Y sigue la correspondencia, a partir del decidir, con el *intellectus fidei*, el hablar de Dios: 4) Decidir. Los fundamentos de fondo para tomar una decisión: supone una conversión intelectual, moral y religiosa. Autenticidad. En especial, la religiosa, que es estar rendido al Amor (con mayúscula), desde donde el teólogo hace teología; 3) Juzgar: Las doctrinas como juicios de hecho y de valor en una perspectiva histórica; 2) Entendimiento: La sistematización o sistemática, la comprensión ordenada de la fe; 1) Experiencia: Comunicación de la fe en base a una significación común.

Del proceso como tal, y para el fin propuesto en este ensayo, me han parecido importantes, entre otros, algunos conceptos:

La *autoapropiación* de lo que hacemos cuando conocemos. Las especialidades funcionales acaban siendo una apropiación de ese conocimiento aplicado a la ciencia teológica.

Lo *virtualmente incondicionado*: la manera que el método puede llevar a una verdad objetiva por



encima del relativismo. Me extenderé un poco más en el siguiente apartado.

*Descubrimiento progresivo del espíritu*: hay un desarrollo en las doctrinas, un progreso paulatino.

La *conversión intelectual, moral y religiosa*, que junto a la dialéctica son una aportación bastante original de Lonergan y fundamentan la decisión que posibilita las doctrinas.

La *significación común* con sus cuatro características, que hace posible la comunicación, porque comunicar es poner algo en común. Y de aquí lo relacionado con una eclesiología misionera.

Aparecerán explicitados, aunque no sea en este orden y esquema, en los apartados cuatro y cinco.

### **3. Diálogo de la fe con la cultura. La teología al servicio de la evangelización de la cultura.**

Este método teológico quiere ser como el punto de encuentro para el diálogo de la fe con la cultura moderna. Y para el diálogo dentro de la misma teología.

Lonergan está dentro del ambiente teológico neo-escolástico (Vuelta a S. Tomás recomendada por León XIII). Esa teología sistemática y clásica que expresa y profundiza las verdades de la fe en base a las categorías de la filosofía aristotélica pertenecía a una cultura clásica que para Lonergan tenía el sentido de ser empírica y normativa: es decir, como las únicas verdades o principios atemporales que dejan todo resuelto para siempre. Un concepto de cultura unívoco y en cierto sentido a-histórico.

Lonergan quiere que la teología se desarrolle y se formule de manera que dialogue con la cultura moderna; que se considere a la teología con el mismo estamento científico que las matemáticas, la física, la economía, las ciencias naturales y la historia. Así la Iglesia puede tener una voz en este mundo contemporáneo.



Hago una breve digresión sobre este asunto: escuché hace un par de días parte de una ponencia de un historiador y político francés, de orientación política social demócrata. Hacía una defensa de los valores humanistas, de personajes que en la historia habían demostrado gran valentía para defender la libertad, la igualdad, la democracia etc. en el ámbito de la civilización europea. Ni él ni su interlocutora, una diputada española liberal moderada, hicieron mención alguna, ni siquiera indirecta, de la matriz cristiana de esos valores, las raíces cristianas de Europa de las que hablaba el Papa Juan Pablo II.

Más allá de este caso concreto, la teología de hoy -y de siempre- tiene que dialogar con la cultura, expresar las verdades de la fe insertándolas dentro de la historia y la cultura de su tiempo.

En esta perspectiva vuelvo a continuación con algunos de los temas dentro del método que apoyan este propósito:

#### **4. Lo virtualmente incondicionado. La dialéctica. La conversión.**

**4.1. Lo virtualmente incondicionado:** Es la verdad a la que se puede llegar a través de los procesos de las especializaciones funcionales. Es decir, a una verdad objetiva o cierta. Aquí está el centro de todo, porque la epistemología teológica acaba fundamentándose en la posibilidad de llegar a una verdad. Todo el camino de las tres primeras

especialidades desemboca en lo virtualmente incondicionado. Hago preguntas y más preguntas hasta que veo que la respuesta ya no requiere más. El diálogo se puede dar cuando podemos superar el relativismo que niega la existencia de la verdad en sí misma.

**4.2.** La **dialéctica** es la tensión que se presenta cuando se dan posiciones o visiones distintas en la historia. O cuando se dan en el debate teológico. En ese caso hay que ampliar los horizontes y tratar de concordar. O será necesario cambiar de opinión.

**4.3.** Y para esto es muy importante la **conversión**, intelectual, moral y (para Lonergan) fundamentalmente espiritual, esa rendición al Amor por la que acabo decidiéndome por algo cuando se da la dialéctica, la tensión entre planteamientos distintos.

#### **5. Historia y cultura. Veracidad e historicidad.**

**5.1.** La tercera función intencional, la **historia**, nos enseña que la teología, en nuestro caso la dogmática, no puede obviar el tema de la historia y de su desarrollo. Y aquí se introduce la novedad de la original consideración de la cultura como uno de los aportes de Lonergan dentro de su método. Estos temas están tratados en las especialidades de la historia, de las doctrinas y de la sistemática.

La historia es una especialidad que el teólogo, en nuestro caso dogmático, no puede ignorar, si no caeríamos en lo que Lonergan achaca a la teología clásica. Hay que contar con la historia, pero dándole su justo lugar, es decir, el dogmático se centra en las verdades de fe que están en el fondo. Hay que integrar la historia en la verdad teológica, ver cómo ha influido en ella, pero eso no implica que renunciemos a la verdad. El uso de la historia está en función de la verdad. Se nos citaba como ejemplo el caso del Concilio de Nicea, que define una verdad: designa a Cristo hijo de Dios igual al Padre. Hay una historia sobre los planteamientos, las personas que lo presentan, las circunstancias que se dieron etc. Pero el teólogo dogmático, teniendo eso en cuenta, se

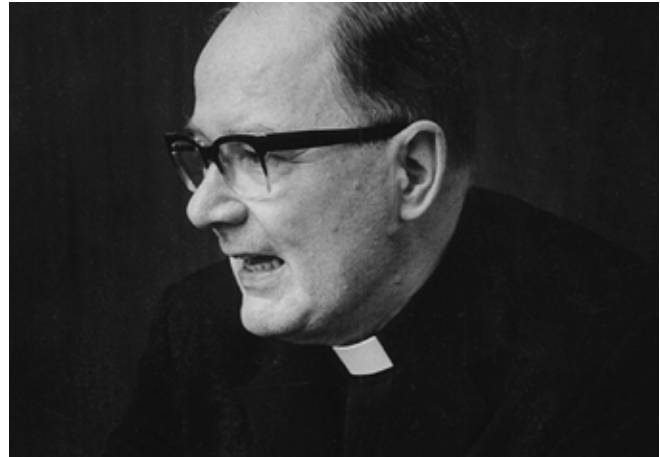


centra sin embargo en el tema de la verdad que se define en el concilio. El centro es la verdad de fe, la dogmática, y tenemos presente la vertiente histórica de esa verdad.

**5.2.** El tema de la historicidad se nos vuelve a presentar en la función intencional de las doctrinas. Al hablar de su desarrollo, lo que Lonergan llama: **Descubrimiento progresivo del espíritu**, es decir hay un desarrollo de las doctrinas, un progreso paulatino. Por tanto, hay que ser conscientes de que evolucionan y no sabremos cómo seguirán evolucionando. Y hay una permanencia de las doctrinas: “la hermenéutica de la continuidad.” La fe sigue siendo la misma, pero hay desarrollo de los contenidos.

Las doctrinas se desarrollan desde el punto de vista histórico, pero la verdad de fe sigue siendo la misma. La doctrina es lo que es y nosotros alcanzamos una comprensión mayor o menor.

Lonergan habla de la permanencia del significado (en el caso de los dogmas) más que de inmutabilidad de los dogmas. **Hay que relacionar bien veracidad e historicidad. La aportación que hace Lonergan, por medio de su método, es asumir la historicidad de las doctrinas que van evolucionando en el contexto cultural (en los contextos culturales). Es decir, el dogma tiene una veracidad (se alcanza la verdad), lo que él llama permanencia de significación, que es la verdad que la Iglesia expresa en ese dogma, pero que históricamente se formula de diversas maneras. Es lo que Lonergan pretendía con su aportación metodológica.** Cambia la propuesta de la teología anterior a la época moderna, que consideraba la cultura de manera única y normativa (la clásica). Lo que viniera de fuera de esa cultura tenía que adaptarse a ella. Para Lonergan el reto de la teología de nuestro tiempo (la época moderna y posmoderna) es lograr expresar las verdades de la fe dentro de la pluralidad de culturas. Así como en su momento la teología sistemática de los siglos XII y XIII expresó y sistematizó de manera admirable la doctrina en aquella cultura.



En conclusión, el método teológico de Lonergan afirma la veracidad de las doctrinas, el conocimiento objetivo de la verdad, a la vez que valora el carácter histórico de esas verdades, su desarrollo y los contextos culturales donde se presenta.

**5.3.** La comprensión de la doctrina, su verdad, continuidad y desarrollo vuelve a tratarse en la especialidad funcional de la sistematización o sistemática. Los tres procesos para que haya un pensamiento teológico son:

**Continuidad:** Porque las estructuras de las operaciones funcionales del conocimiento de todos son fundamentalmente las mismas, por eso hay continuidad; segundo elemento de continuidad del don que Dios hace de su amor; y también por la permanencia de los dogmas, aunque haya desarrollo en las doctrinas.

**Desarrollo:** Hay un desarrollo en los marcos de referencia de la teología. Primero, porque la fe se anuncia en culturas distintas y tiene que expresarse en formas diversas. Segundo, por las diferenciaciones de la conciencia que se refiere al nivel de conocimiento que se tiene: el último y mejor nivel sería el que es consciente de su propia manera de conocer. Y, finalmente, hay desarrollo gracias a la dialéctica.

**Revisión:** Por desarrollos culturales (adaptaciones). Lo vemos en la liturgia, en el cambio del lenguaje, en cómo integrar nuevos medios tecnológicos



en teología, por la necesidad de explicitación, desmitologización, etc.

Estos tres caminos van juntos y son también una forma de sustentar la "hermenéutica de la continuidad".

### **5. El carácter misionero de la Iglesia:**

Al final de la exposición de la sistemática se menciona que la teología, quizás más la dogmática, es acusada de especulativa, irreligiosa, estéril, elitista e irrelevante. Es lo que con su método teológico pretende evitar. O en positivo: desea que la ciencia teológica tenga una incidencia real en la cultura y en la vida de los hombres.

La última especialidad funcional, la comunicación, describe la eclesiología de Lonergan. Más allá de las insuficiencias de este apartado, en especial por su forma de identificar la comunicación con la teología pastoral, vale la pena destacar la conexión intrínseca entre la naturaleza de la Iglesia y el mensaje que está llamada a comunicar:

Recibido de Dios. Un mensaje redentor, de salvación, de transformación de la vida del hombre. Y es para todas las naciones. Que no tienen una misma matriz cultural, ¿cómo comunicar en esa diversidad de las culturas? Creo que su método es un intento de hacer dialogar la teología, el mensaje redentor de Dios, con la existencia del hombre en su camino en la historia y en la diversidad de culturas que conforman esa historia. Hacer siempre actual y vivencial la teología.

La Iglesia se autoconstituye en la comunicación de ese mensaje: eso le da identidad y sentido. Abre la Iglesia al exterior. Una iglesia misionera, en salida.



Ignacio Uzanga  
Licenciado en Ciencias  
Religiosas

# Barbie: ¿la destrucción de la maternidad?

Nadie puede decir que la película de *Barbie* de 2023 ha pasado desapercibida. Existen películas que están en la cartelera, pero no son muy conocidas, tan es así que muchas veces nos damos cuenta de su existencia cuando estamos en el cine decidiendo qué ver. Miramos la cartelera y, basándonos en eso, hacemos nuestra elección. Pero hay películas que vamos a ver porque sabemos de su existencia. En esos casos, no nos quedamos mirando la cartelera; simplemente vamos a la taquilla y pedimos boletos para la película que intencionalmente vamos a ver.

El impacto que causó la película de *Barbie* fue intencional. No era coincidencia que la gente fuera al estreno disfrazada de *Barbie* o *Ken*, y en su defecto, vistiendo ropa rosa. Debo decir que cuando fui al cine para ver de qué trataba esta película tan mencionada, admirada y criticada por algunos, lo primero que me sorprendió fue la cantidad de personas vestidas de rosa y disfrazadas de personajes de la película, especialmente de *Barbie* y *Ken*.

¿Qué tiene esta película para causar este “efecto rosa”? ¿Cómo es posible que una película haya tenido tanto impacto en la cultura? ¿Cuál es el motivo por el cual esta película de Greta Gerwig haya recaudado más de 1.400 millones de dólares hasta enero de 2024?

Sé que muchos critican esta película y dicen que está llena de antivalores al presentar al hombre como un accesorio de *Barbie*, mostrándose en desacuerdo cuando leen el eslogan de la película «*I am everything and he is just Ken*». En una ocasión, una persona muy religiosa me preguntó: «¿Qué tal la película?». Ni

siquiera me dejó contestar cuando dijo: «¿Verdad que es una película horrible llena de antivalores?».

Si me preguntan si me gustó la película, voy a ser honesto y decir que la historia no me gustó, pero me pareció una película muy interesante, con un fondo cultural y filosófico muy rico que vale la pena pensar y analizar. Reflexionar sobre esta película es realmente analizar la cultura. Por este motivo, he visto esta película cinco veces tratando de responder tres preguntas: ¿qué es lo que presenta la película? ¿Qué es lo que propone? Y ¿qué tipo de feminismo presenta?

Obviamente, hay más preguntas interesantes que sigo reflexionando y que no tengo del todo claras, como: ¿cuál es el papel de Alán en la película? ¿Qué significado tiene el diálogo entre *Ruth* y *Barbie*? ¿Por qué *Barbie* va al ginecólogo? ¿Cuál es el mensaje de fondo del monólogo de *Gloria*?

Pero para limitar este ensayo de opinión, voy a tratar de responder solo las tres primeras preguntas. La película comienza de manera muy interesante, con niñas en un desierto jugando a ser madres con sus nenucos, hasta que llega *Barbie* y todas comienzan a romper ese “juguete anticuado” de la época de las cavernas, para jugar con el nuevo estereotipo de juguete, uno en el cual ya no es madre sino solo lo que ella quiera ser. ¿Qué quiere decir esto? ¿No está poniendo a un lado la maternidad por un nuevo ideal de mujer? La mujer que encarna *Barbie* es autónoma, no necesita del hombre, es ella misma, es todo, como dice el eslogan de la película «*I am everything*».



Al inicio de la película se presenta a Barbie como el nuevo juguete, y la presentadora dice algo muy interesante: «Barbie es todas estas mujeres... porque Barbie puede ser todo, la mujer puede ser todo. Gracias a Barbie todos los problemas son solucionados». ¿Qué problema se soluciona? ¿La relación entre el hombre y la mujer? ¿La “opresión” del sexo masculino contra el femenino? Me parece que en cierta manera se presenta el deseo de autonomía de la mujer, pero ¿puede la mujer prescindir del hombre? Queramos o no, la renuncia del hombre es la renuncia de la maternidad. ¿Puede la mujer ser madre sin el hombre?

A mi parecer, esta película presenta dos mundos: el real, en el que vivimos tú y yo; y el mundo ideal, el mundo de Barbie, “*Barbie Land*”. Estos dos mundos son diferentes, pero se influyen mutuamente. El mundo real, como se presenta en la película, está regido por los hombres y somete a la mujer, pero el mundo ideal, e incluso podríamos decir el mundo ideológico, busca darle a la mujer un rol distinto, busca liberar a la mujer, aunque la película sugiere que ninguno de los dos mundos funciona.

El mundo de Barbie, el mundo ideológico, presenta de cierta manera el matriarcado, ¿pero es esa la respuesta correcta a la injusticia contra la mujer? Cuando los Ken instituyen el patriarcado en *Barbie Land*, que termina siendo *Ken Land*, vemos que es un desastre. Y cuando las Barbies gobernaban también era un desastre, porque los Kens son instrumentalizados; ni siquiera se sabe dónde duermen, como podemos

evidenciar cuando Barbie está dando el tour a Gloria y la hija de Gloria: «Y ¿dónde vive Ken?», le pregunta Gloria; y como respuesta recibe de Barbie un: «No sé, no me lo había preguntado». Ambos mundos no son respuesta para la igualdad entre hombre y mujer ni para la liberación de la mujer.

Estos dos mundos se tocan muy íntimamente; tanto es así que los pensamientos de tristeza de Gloria repercuten en Barbie, y cuando Barbie está triste y deprimida se venden Barbies tristes y deprimidas en el mundo real. Ante esto, podemos ver que el mundo real está influenciado por el mundo de las ideologías. Las ideologías tocan la cultura y la condicionan, pero muchas veces no son la respuesta. Si la ideología no es la respuesta, ¿cuál es la solución? Me parece que esta película trata de responder a esta pregunta y quiere proponer algo ante esta realidad.

Cuando llega el señor Mattel a *Barbie Land* y dice: «Bueno, vamos a poner todo en orden como estaba», la presidenta de *Barbie Land* responde: «Sr. Mattel, no creo que todo tenga que volver a ser como antes. Ni Barbie ni Ken deben estar viviendo a la sombra del otro». Con estas palabras, parece proponer una igualdad en la que la mujer es mujer y el hombre es hombre, en la que Barbie es Barbie y Ken es Ken; es decir, en la que ninguno necesita del otro para ser ellos mismos. En este aspecto se toca una respuesta muy importante, que es la identidad, pero es una respuesta incompleta. La identidad es parte de la respuesta ante las ideologías.

La identidad es una propuesta muy interesante de esta película, y es algo verdadero. ¿Cómo presenta esto la película o dónde? En la escena en la que están hablando Barbie y Ken, este último le dice que el binomio es “Barbie y Ken”, y que no van por separado. Es entonces cuando Barbie le responde: «Tienes que saber quién eres sin mí, tú no eres lo que es tu novia». Y esto es correcto: lo que somos no es lo que tenemos, con quién nos relacionamos o qué es lo que hacemos. Cuando ponemos en ello nuestra identidad, entonces peligramos, porque si en algún momento dejamos de tener lo que tenemos, dejamos de relacionarnos con las mismas personas y



no podemos hacer mas lo que siempre hemos hecho, ¿acaso dejamos de ser nosotros mismos?

La identidad no depende de nada externo; somos personas, seres humanos, es decir, seres racionales, sin necesidad de nada para existir y subsistir, ya que tenemos una sustancia individual. Sin embargo, necesitamos relacionarnos, no somos islas y necesitamos de un Tú para que exista un Yo; es decir, necesitamos del otro para descubrir quiénes somos. La relación con el otro no es algo meramente accidental; es una característica intrínseca en el ser humano. La película falla cuando presenta nuestra identidad, cuando ofrece la respuesta a la pregunta "¿quién soy?". Se responde sin el otro, de manera independiente; por eso en la película se dice: «Yo soy Ken» o «Yo soy Barbie», como si el Yo descubriera su identidad sin el Tú. Necesito al otro, al Tú, para descubrir quién soy, y una vez que sé quién soy, me poseo y, entonces, me puedo donar para ser en plenitud: nos poseemos para donarnos.

La película presenta algo muy cierto: reconocer quién soy, pero no da el paso hacia la necesidad que el ser humano tiene del otro, es decir, la necesidad de relacionarse. El hombre y la mujer son seres distintos, pero no inferiores el uno respecto del otro; cada uno tiene cualidades distintas que puede donar al otro. Esto es lo que significa que el hombre y la mujer son complementarios. No quiere decir que la mujer o el hombre no estén completos; quiere decir que ambos están completos, pero ambos se dan a sí mismos.

La película da el primer paso, la identidad, pero no lo completa. Esto está claro cuando la presidenta de *Barbie Land* está hablando con el Sr. Mattel. Después de decir que ni Barbie ni Ken deben vivir en la sombra del otro, niega un buen puesto de gobierno a los Kens, que le piden la oficina de la Suprema Corte, respondiendo: «No puedo hacer eso, pero quizás un puesto inferior». Habla de no vivir a la sombra del otro, pero no deja a los Kens igualarse o estar en el mismo rango que las Barbies porque no ve la complementariedad entre ellos. Cuando la complementariedad no se acepta, persiste la tensión



y permanece la lucha o dialéctica marxista entre el hombre y la mujer. Por eso, esta película parece proponer una paridad independiente, en la que nadie «debe vivir a la sombra del otro», pero cada uno por su parte.

En una frase, podríamos resumir la propuesta de la película como: «Barbie y Ken no deben vivir a la sombra del otro para encontrar su identidad, sino cada uno por su parte». Esto, más que presentar un feminismo, parece ofrecer una salida diferente a los típicos feminismos conocidos como olas del feminismo. Entre las cuatro olas conocidas, he estado pensando dónde puede entrar la propuesta de esta película, pero creo que la película no busca presentar un feminismo ya estereotipado, sino una búsqueda de independencia de la mujer.

La propuesta de la mujer independiente se evidencia cuando Gloria le propone al Sr. Mattel una Barbie ordinaria que «no es extraordinaria, que no es presidenta, que puede ser madre o no serlo, porque está bien querer solo ser madre, o ser presidenta, o madre que es presidenta, o no ser madre que tampoco es presidenta... para pasar el día sintiéndose bien consigo misma». Básicamente «ser lo que quiera ser», como si la mujer o el hombre pudieran decidir dejar de ser lo que son. Es verdad que se puede elegir qué hacer, pero no todo es modificable. Hay algo que recibimos naturalmente y que no se puede cambiar: precisamente la naturaleza. Mientras que hay algo que se puede cambiar, como la profesión, lo que es ser mujer en sí mismo o ser hombre, esto no



se puede cambiar. Por eso, me parece que la película no ofrece una solución verdadera.

Es verdad que debemos reconocer quiénes somos, pero sin olvidar nuestra necesidad del otro, nuestra complementariedad. La mujer no puede ser ella misma o mujer en plenitud si no es esposa y madre, como explicó Juan Pablo II en *Mulieris dignitatem* y en la *Carta a las mujeres*, y como lo hizo también la discípula de Husserl, Edith Stein.

«Ser mujer y madre no comporta una discriminación» (Juan Pablo II, *Carta a las mujeres*, n. 4). Juan Pablo II explica que la mujer está llamada a ser esposa y madre; eso es lo que la hace mujer. No se busca reducir a la mujer a labores de la casa y servicio del marido, sino que se le llama madre y esposa por sus cualidades de fecundidad y receptividad; es decir, ser madre no quiere decir exclusivamente tener hijos biológicos, sino ser una mujer fecunda, que da vida con su amor.

«Ser madre para la mujer significa ser solícita y amorosa con la humanidad; la mujer es madre de toda la humanidad al recibirlos y amarlos» (Edith Stein, *Ensayos sobre la mujer*). Ser esposa significa recibir amor para devolverlo a los demás; o, en palabras de Juan Pablo II, «la esposa es amada; es la que recibe el amor, para amar a su vez» (*Mulieris dignitatem*, n. 29). La mujer es esposa y madre de la humanidad, pero necesita al hombre, no porque sea inferior a él, sino porque ella le da al hombre su característica

específica que él no tiene, y él le da a ella la que solo él tiene.

Sin embargo, en la película la última escena presenta, en mi opinión, que no hay necesidad del hombre para que la mujer sea mujer, para que la mujer sea madre. Es una película en la que se cumple el sueño y el deseo de varias mujeres, entre ellas Simone de Beauvoir, que en su libro *El segundo sexo*, en la parte de la biología, expresa su deseo de que la mujer, “la hembra”, pueda dar a luz como las flores por medio de la autoconcepción, la partenogénesis, sin necesidad del varón. ¿Será este el motivo por el que, en la última escena, cuando Barbie está yendo para el ginecólogo, pasan frente de una Virgen María? ¿Un ícono, para la autora de *El segundo sexo*, que encarna su deseo de ser madre sin la necesidad del varón? ¿Por qué Barbie acude al ginecólogo? ¿No es para ser madre aún a pesar de que no tiene varón? ¿O es un simple chequeo porque ya no es un muñeco sino una mujer?

Barbie es una película que sugiere que la solución para la lucha entre el hombre y la mujer radica en reconocer la identidad de cada uno, con lo cual estoy de acuerdo. Sin embargo, es una respuesta parcial e incompleta, ya que no reconoce la importancia de la complementariedad entre el hombre y la mujer. La película afirma que la mujer es mujer sin el hombre, y el hombre es hombre sin la mujer; por lo tanto, que la mujer es y puede ser madre sin el hombre, y esto destruye la maternidad, porque no es cierto que la mujer puede ser madre sin el hombre; ella no es todo, es una parte, la otra parte es el hombre. No reconocer esta complementariedad es destruir la maternidad y la paternidad.

Palabras clave: Película, Barbie (2023), Mattel, Mujer, Esposa, Madre, Vocación, Maternidad, Juan Pablo II, *Mulieris dignitatem*, *Carta a las mujeres*, Edith Stein, *Ensayos sobre la mujer*.

(publicado en *Ecclesia. Revista de cultura católica*, 38 No.2 (2024), 247-252)



# El matrimonio, única esperanza para la familia<sup>1</sup>



P. José Granados,  
D.C.J.M.  
Doctor en Teología

Vivimos hoy una crisis de esperanza, para la sociedad y para el cristianismo. Es una crisis de esperanza que afecta singularmente a la familia. Lo muestra el poco deseo de los jóvenes por casarse, así como la caída de la natalidad. Son dos signos de que no esperamos mucho del matrimonio y de la familia.

¿Qué camino nos abre entonces? San Juan Pablo II proclamó en su encíclica *Redemptor Hominis* que el hombre es el camino de la Iglesia (cf. *Redemptor Hominis*, 14). Y desde allí dedujo después, en su carta a las familias *Gratissimam Sane*, que el camino primero y más importante de la Iglesia es la familia, pues es en la familia donde se fragua y pone en juego lo humano (*Carta a las familias*, 2). Hoy, sin embargo, vemos emerger lo post-humano y lo trans-humano. ¿Sigue siendo este post-hombre o trans-hombre una vía de la Iglesia? ¿Y qué sucede entonces con la familia? ¿Hay también post y trans-familia?

Para responder nos inspira la historia bíblica de Tobías. Allí encontramos a dos personas que, en el mismo momento, aunque separadas por una gran distancia, oran a Dios. Se trata de Tobit, padre de Tobías; y de Sara, su futura esposa. Sus súplicas entran en la presencia de Dios y son escuchadas al mismo tiempo, de modo que Dios las atenderá juntas, como si fueran un único dolor y miseria. Se asocian así dos preocupaciones, precisamente por el futuro de Israel y de su templo, y por el futuro de la familia. Queda patente que no se puede salvar a la familia si no se salva a la Iglesia; ni se puede salvar a la Iglesia si no

se salva a la familia.

## 1. Una imagen: Tobit y Sara

La primera súplica es la de Tobit, alejado de la Tierra Santa. Vive en un ambiente donde no puede dar culto a Dios. Al final del libro, Tobit profetiza incluso la destrucción del Templo (*Tob 14,4*), pero enseguida predice a la vez la reconstrucción de un templo nuevo y definitivo (*Tob 14,5*). También los cristianos en la sociedad actual pueden sentir este destierro. Por un lado, habitan en un ambiente donde no se habla de Dios y donde es difícil darle culto al modo cristiano, es decir, como alguien vivo y presente en las relaciones comunitarias, porque es un Dios que «ha habitado entre nosotros» (*Jn 1,14*).

Recordemos, además, cómo Tobit sufre porque no puede enterrar los cuerpos de los israelitas asesinados. En Nínive la dignidad humana es pisoteada. No es solo que no se respeta a los vivos, sino que ni siquiera se respeta al muerto, dándole sepultura. La cosa delata total insensibilidad ante el misterio inscrito en todo cuerpo humano.

¿Y no ocurre hoy algo parecido? ¿No se distingue nuestra sociedad por una forma de mirar al cuerpo que elimina su misterio? Hoy el cuerpo es, ante todo, según la expresión inglesa usada por el movimiento abortista: «*my body, my choice*» («mi cuerpo es cosa mía»). Del cuerpo se destierra entonces toda relación con un misterio que supere mis elecciones y mis preferencias.

<sup>1</sup> Conferencia pronunciada en Badín, Eslovaquia, en un encuentro promovido por la Comisión de la Conferencia episcopal eslovaca para la familia, 1º de mayo de 2023.





El cuerpo, en esta visión, no tiene ya que ver con el misterio del hombre, que supera al mismo hombre. Se eliminan aquellas experiencias del cuerpo, como el nacer y el morir, que se abren a una transcendencia. Esto hace difícil practicar el culto cristiano, porque el lugar donde la Iglesia está llamada a edificar su templo y a ofrecer su sacrificio es precisamente el cuerpo del hombre (cf. *Rm 12,1-2*). La Iglesia no necesita ningún templo de piedra, pero sí necesita el templo del cuerpo. Quien destierra el misterio del cuerpo humano prohíbe a la Iglesia celebrar su culto.

Junto a la súplica de Tobit tenemos otra, en una ciudad lejana, la que realiza Sara, hija de Raguel y futura esposa de Tobías. Ya conocemos la maldición de Sara. Su matrimonio no tiene esperanza, pues un demonio mata a todos los pretendientes que quieren unirse con ella. Lo que Sara lamenta no se refiere a la ciudad, a la gran sociedad, sino más bien a la pequeña sociedad que es la familia, lugar de las micro-relaciones. Su falta de esperanza es más personal, pero no por eso menos honda, pues sin familias tampoco vive la sociedad.

¿No puede verse también aquí el modo en que nuestra sociedad mira al cuerpo y a la sexualidad? Se aprecia, sí, la sexualidad como un lugar de unión entre personas, pero siempre que no se pretenda que esta unión dure, pues el amor se identifica con un sentimiento que decae pronto. El cuerpo no puede pretender que en él se establezca una relación estable, que desafíe incluso a la muerte. No puede

pretender tampoco prolongarse en la fecundidad y en la descendencia. Si hoy se multiplican los tatuajes a gusto personal, ¿no será porque se añora ese tatuaje relacional que hace de dos carnes una sola (*Gn 2,24*)? Sara llega a querer suicidarse, pero no lo hace, porque eso avergonzaría aún más a su padre. Y pide a Dios la muerte.

Como he señalado antes, Dios va a escuchar a la vez estas dos oraciones desesperadas, que no ven futuro. Esto significa que hay una conexión entre ambas: falta de futuro para la sociedad y la Iglesia, por un lado, como lo recoge la oración de Tobit; falta de futuro para la persona y la familia, por otro, como aparece en la oración de Sara. No se pueden consolar ambas angustias por separado, sino que tienen que abordarse juntas.

En efecto, la sociedad, sin familia, no tiene esperanza, porque es en la familia donde se recibe y se nutre la vida, donde se guardan las promesas, donde se mantiene la unidad de las generaciones a lo largo de la historia. Pero, a su vez, la familia, sin sociedad, tampoco tiene esperanza, porque la familia posee un dinamismo que la lleva más allá de sí. La familia, cuando se cierra y aísla, se asfixia. Dios dijo: «no es bueno que el hombre esté solo» (*Gn 2,18*). Y, al narrarnos luego el resto de la Biblia, es como si añadiese: «no es bueno que la familia esté sola».

La historia de Tobit y Sara nos invita a preguntarnos: ¿qué esperanza hay para la familia, la sociedad, la Iglesia? Veremos, en primer lugar, que esta pregunta, decisiva hoy tanto para la familia como para la Iglesia, es la pregunta por la esperanza. Para ello hemos de volver la vista atrás e interpretar la historia reciente de la visión católica sobre la familia. Ampliaremos así la mirada para encontrar, en la familia, el dinamismo de la vida cristiana y la meta de toda evangelización: la caridad, la fe, la esperanza.

Comencemos por el Concilio Vaticano II. En *Gaudium et Spes*, 48 se afirma que el Espíritu de Cristo satura toda la vida de los esposos de fe, esperanza y caridad. En una versión anterior del texto se hablaba solo de la caridad, pero se pidió



que se incluyera aquí todo el dinamismo de las virtudes teologales. La intuición fue profética. Pues, ciertamente, en el Concilio la clave para entender la familia estaba en la caridad. Pero después ha sido necesario insistir en la fe y la esperanza.

## 2. Matrimonio: la clave del amor

El Concilio Vaticano II se esforzó en mirar al matrimonio desde el amor. La virtud central, podemos decir, era *la caridad*. Frente a una visión demasiado jurídica del matrimonio, que imperaba antes del Concilio, se trataba de entenderlo a la luz de la experiencia personal, tan importante para el hombre moderno. Por eso el Vaticano II afirma que el matrimonio empieza por un acto de amor, que es la entrega mutua de los esposos. Y que de este acto de amor nace una comunidad de vida y amor, que dura toda la vida. Cristo, además, ha santificado este amor, saliendo al encuentro de los esposos, para que sea imagen eficaz del amor con que Él ama a su Iglesia.

Después del Vaticano II la encíclica de san Pablo VI *Humanae Vitae* insiste sobre este punto. Allí se dice (n.7) que el amor esponsal es un amor total, fiel, exclusivo, integral (porque abraza cuerpo y alma) y fecundo. Nace con esto una espiritualidad matrimonial como camino de santidad. En *Familiaris Consortio*, san Juan Pablo II hablará de la caridad conyugal, que es la caridad declinada según el modo en que viven los esposos, y que atraviesa la carne y los afectos de ellos para la entrega mutua.

Es importante darse cuenta de que esta caridad conyugal, aunque superaba una visión en exceso jurídica del matrimonio, no eliminaba la dimensión social de las nupcias. La caridad conyugal genera caridad social, pues se expande al resto de las relaciones para promover el bien común. Es algo que aparece claramente en la *Carta a las Familias* de san Juan Pablo II, donde la familia se describe como primera escuela de dicho bien común; y también en *Caritas in Veritate*, de Benedicto XVI, donde se pide que la caridad inspire, tanto las microrelaciones de familia y amigos, como las macrorelaciones de leyes, política, mercado (*Caritas in Veritate*, 2).



## 3. Fe y verdad del amor

Esta visión del matrimonio a la luz del amor ha sido aceptada después del Vaticano II sin dificultades. Pero ya en el Concilio se empezaban a ver problemas asociados a ella. Por eso se puso cuidado en definir qué es el amor, como entrega libre de persona a persona, que abraza toda la vida y que se abre al don de los hijos (cf. *Gaudium et Spes*, 49). Alguna pregunta quedó pendiente sobre la verdad de este amor, especialmente el modo en que se unen en él el amor y la transmisión de la vida. Será la encíclica *Humanae Vitae* la que aclare este punto. Ante ella surge un movimiento teológico de disenso. Todos están de acuerdo en que el amor es la clave, pero no es tan sencillo aclarar en qué consiste el amor.

Además, el Concilio Vaticano II no intuyó lo que vendría después con las distintas teorías de género. La pregunta de fondo consistía en determinar cuál es el lenguaje del cuerpo. Pues Dios no solo nos ha amado, sino que nos ha revelado en qué consiste el amor. A esta luz se hace posible describir el mapa del amor, explicar su lenguaje, especificar su arquitectura. Y el amor incluye a la persona completa: su conocer, su querer, sus afectos, su biología. A declarar el lenguaje del amor se dedicó Juan Pablo II en su *Teología del cuerpo*. En suma, la pregunta clave pasa a ser aquella por la verdad del amor, y aquí podemos situar *la virtud de la fe*, que recibe ojos para ver el misterio.



La pastoral familiar, que había desarrollado en los movimientos de espiritualidad matrimonial la importancia del amor, se ve ahora necesitada de luz. Los hombres quieren amar, aprecian el amor, pero ya no piensan que el amor tenga solidez para edificar sobre él la vida. Brota entonces la pregunta por la verdad del amor, que no es en modo alguno una pregunta abstracta, pues preguntarse por la verdad del amor es preguntarse por la fidelidad: ¿puede el amor durar para siempre? Y es preguntarse por la palabra que dar a los hijos: ¿podemos educarles con la convicción de que merece la pena vivir una vida grande?

La pastoral familiar necesita, por tanto, luz, y no solo manos. La Iglesia está llamada a ser un hospital de campaña, ha explicado el Papa Francisco. Y es importante darse cuenta de que en ese hospital se hace frente a una epidemia. Es decir, no se trata solo de heridas individuales que cada uno sufre, sino de una enfermedad que se transmite en el ambiente común. La epidemia no se resuelve dando paracetamol o poniendo vendas. Es preciso entender el virus y buscar la vacuna. Ese virus, hoy, se llama emotivismo, y consiste en pensar que somos buenos solo porque experimentamos buenos sentimientos (Papa Francisco, *Amoris Laetitia*, 145). La vacuna pasa por promover un amor que no sea solo emoción, sino edificación de una vida en el don de sí. Para entender la diferencia es esencial referirse, como decíamos, a la verdad del amor.

Por tanto, la pastoral de la familia tiene que ser capaz de edificar el amor. Estamos llamados a ser arquitectos, que construyan espacios donde el amor es posible. El espacio del amor, por ejemplo, se edifica sobre la diferencia hombre-mujer, y necesita que sean capaces de decir “para siempre” el uno al otro, además de abrirse a transmitir la vida. La pregunta por la verdad del amor nos anima a construir estos espacios: el espacio de cada familia y el espacio social y eclesial para que en él entren las familias. Si la familia quiere ser espacio habitable, que no amenace ruina, los cimientos que se lo permiten están en el matrimonio.

Ahora bien, esta búsqueda de la verdad del amor se hace hoy difícil por el relativismo que vivimos. Nos toca el tiempo de la post-verdad, en que toda verdad parece una imposición abusiva sobre los otros. ¿Es posible orientarse, cuando cada uno opone amor a amor, incluso dentro de la misma Iglesia?

Pero mientras discutimos sobre esto está sucediendo otra cosa. La pregunta se va desplazando lentamente, de la cuestión sobre la verdad a la cuestión sobre el porvenir. Es decir, lo que se están oponiendo son formas distintas de vivir el tiempo. Se da, sobre todo, una dificultad a la hora de situarse ante el futuro, pues nos paralizan muchos miedos ante muchas crisis: crisis ecológica, crisis de salud, crisis financiera, crisis de paz... ¿Cómo salir de estas crisis? Para los promotores del post-humanismo la respuesta ya no pasa por el amor ni por el cuerpo, que han dejado de tener futuro; hay que reinventarlos. Por eso la nueva pregunta que se suscita se refiere al destino del amor, y es la pregunta por la esperanza.

#### 4. La clave hoy: esperanza y generación de amor y vida

La esperanza tiene que ver con el futuro del hombre, no en cuanto que el hombre mismo lo pueda producir, sino en cuanto que supera las fuerzas del hombre. Quien confía en su propia capacidad, confía, no en la esperanza, sino en el progreso. También se diferencia la esperanza del optimismo. El optimismo consiste en confiar en el propio sentimiento, y es





propio de una sociedad emotivista. ¿Y la esperanza? Lo que la diferencia de la fe en el progreso y del optimismo es su conexión con el amor interpersonal. Pues quien espera confía en una relación que supera al individuo y le abre a la otra persona. Y esta relación mutua contiene una promesa capaz de dar fruto más allá de nosotros.

La propuesta de la Iglesia es que la familia como la entiende la fe cristiana es la única capaz de abrir esperanza, más allá del optimismo y del mero progreso. Hoy se usan las palabras "matrimonio" y "familia" para referirse a realidades muy variadas. ¿Cómo definir la familia cristiana, que no es solo cristiana, sino universal? Puede decirse familia natural o creatural. También familia tradicional, no porque sea antigua, sino porque solo ella permite una tradición que se sigue por generaciones. Pero podemos también decir, acertando con la clave de nuestro tiempo: es la familia generativa, pues es la única capaz de un futuro que supera a los esposos y se desborda en la sociedad. Todas las otras formas de "familia" carecen de futuro genuino. Se responde así a una gran dificultad de hoy, cuando ha entrado en crisis la confianza en el progreso y es preciso volver a la esperanza.

Una muestra de la crisis de esperanza es la crisis de la natalidad, que confirma esta dificultad para desear que la vida se propague. Para continuar viviendo, como ha mostrado Rémi Brague (*Las anclas en el cielo*, Encuentro, Madrid 2021), nos bastan



nuestros placeres y proyectos privados. Pero para transmitir la vida a otros, para educarles para la vida, es necesario algo más. Es necesario creer en la sobreabundancia de la vida, por lo cual merece la pena donarla y transmitirla. Esto implica que es necesaria la esperanza... ¿dónde encontrarla?

### 5. Bienes, fines, dones... y esperanzas del matrimonio

A lo largo de la historia, la teología ha enumerado de distintas formas las cualidades del matrimonio, para que sea verdadero y conforme al plan del Creador.

San Agustín habló de los *bienes* del matrimonio. Le interesaba defender que el matrimonio es bueno, pues procede de Dios. Según él estos bienes son: los hijos, la fidelidad de los esposos, y la indisolubilidad del matrimonio, que dura toda la vida y así abre a los esposos a un misterio más grande que ellos.

Luego, más tarde, santo Tomás habló de los *fines* del matrimonio. Tomás ve el matrimonio como una realidad viva que madura cuando obra, y se pregunta cuál es la madurez del matrimonio, cómo y hacia dónde puede florecer. La respuesta que da es doble. Lo que el matrimonio busca es procrear y educar a los hijos, por un lado; y la ayuda mutua de los esposos, por otro.

Por último, se ha hablado también de los *dones* del matrimonio, cuando se ha visto el matrimonio desde el amor de los esposos. La clave ahora es que en el matrimonio se nos regala algo. Se nos regala, en primer lugar, la unión misma de amor, pues cada uno de los cónyuges es un don para el otro. Y está además el regalo de los hijos, que son un don para sus padres. Esta fue la perspectiva del Concilio Vaticano II, como hemos dicho. El matrimonio auténtico es aquel que se corresponde con un amor auténtico que permite el don total y recíproco.

Pues bien, ahora propongo hablar de las *esperanzas* del matrimonio. Es el modo de mirar el matrimonio que más interesa al hombre en esta





tercera década del siglo XXI. De este modo se verá que el matrimonio apunta más allá de sí mismo. Si santo Tomás había hablado de los fines, las esperanzas subrayan que esos fines no los pueden alcanzar los esposos por sí mismos, pues superan todo lo que ellos intentan, y son fruto de la acción de Dios.

## 6. Esperanzas del matrimonio

¿Cuáles son las esperanzas del matrimonio? Nos puede ayudar seguir la oración de Tobías antes de unirse con Sara en matrimonio. Empieza bendiciendo a Dios, y sabemos que la bendición implica fecundidad y, por tanto, esperanza.

«Tú creaste a Adán y le diste a Eva, su mujer, como ayuda y apoyo» (Tob 8,6). Podemos mirar desde la esperanza a la diferencia hombre-mujer. Es una diferencia que está tatuada en el cuerpo, y no depende solo de nuestro sentimiento íntimo. Por eso es una diferencia que nos abre más allá de nosotros, impidiendo que lo midamos todo según nuestro propio punto de vista. La diferencia *hombre-mujer* genera transcendencia en nuestra vida y en nuestra sociedad. Por eso es fuente de esperanza.

«Tú dijiste: No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante a él» (Tob 8,6). Esta es la esperanza de la fidelidad. Cuando el hombre y la mujer, rechazando todo "poliamor", dicen "solo tú", están confesando la esperanza en la otra persona. Pues dicen: «solo tú bastas para mediar mi camino de felicidad hacia Dios». Es una esperanza en la persona

amada porque no se la mira aisladamente, sino que se ve en ella a alguien que Dios nos ha confiado como un don precioso, a alguien que Dios ama por sí mismo y que nos dirige hacia Él.

«Ten misericordia de nosotros y haz que lleguemos juntos a la vejez» (Tob 8,7). Hay esperanza también en la capacidad de prometer para toda la vida. Pues para que el amor dure es preciso que se renueve, que sea siempre fresco, que no se canse. Espera en el amor quien confiesa su capacidad de renovarse y renovarnos, de no gastarse nunca, de seguir siendo agua convertida en vino.

«De ellos nació la estirpe humana» (Tob 8,6). La esperanza más evidente es la de los hijos. Aquí hay algo que supera claramente al hombre y a la mujer. El don de la vida es posible porque su unión se realiza uniéndose al misterio del Creador, de donde proceden ambos esposos. La fecundidad es el fundamento de toda esperanza, de todo futuro capaz de superar nuestros horizontes de progreso y optimismo.

«Vamos a rezar pidiendo a nuestro Señor que se apiade de nosotros y nos proteja» (Tob 8,4). Hay esperanza, además, en la capacidad del amor para regenerarse, para vencer al mal y al odio. Esta es la esperanza propia del perdón. El perdón es esperanzado porque solo perdona quien confía en los recursos del amor para superar cuanto se opone al amor y para curar toda herida contra él. Es decir, perdona solo quien confía en que el amor se ha sellado en un origen más hondo, que supera al ofensor y al ofendido.

Es importante saber que todas estas esperanzas no son esperanzas de cada cónyuge aislado, sino esperanzas juntos. Puede ayudarnos la fórmula de la esperanza, según Gabriel Marcel: «espero en Ti, para nosotros». De hecho, la oración de Tobías termina con una esperanza común con Sara, cuando rezan juntos y concluyen: «¡Amén, amén!», con lo que dicen "sí" a un proyecto que les supera a ambos (Tob 8,8)

Hoy la pregunta no es solo «¿por qué casarse?», sino también: «¿qué forma de matrimonio elegir?». La





Iglesia responde desde la amplitud de futuro que el amor ofrece. El futuro esperanzado se genera solo en el matrimonio como unión indisoluble entre hombre y mujer abierto a la procreación y educación de los hijos. Otras formas de unión achican el horizonte y lo esterilizan. Nos casamos por esperanza. Y nos casamos según el orden del Creador y del Redentor, porque esta es la única forma de una esperanza sólida, que no defrauda.

En Cristo se refuerzan todas estas esperanzas. Pues ahora la diferencia sexual representa la relación de Cristo con su Iglesia. Y ahora la indisolubilidad tiene tanta esperanza como la que nos ha dado la Encarnación, cuando el Hijo habita para siempre entre nosotros. Y lo mismo ocurre con el perdón matrimonial, cuya profundidad es la misma de la Cruz del Señor. En cuanto a los hijos, ahora se les genera y educa para la vida que inaugura el Resucitado.

La oración de Tobías y Sara se abre a la oración de Tobit, al final del libro (*Tob 13*). Allí se trata de la esperanza de la sociedad y de la Iglesia. La esperanza generada en la familia la desborda, se hace manantial de esperanza más allá de ella. A la vez, solo cuando la familia se abre hacia el bien común puede su esperanza ser genuina.

Vivimos en un tiempo difícil para imaginar el futuro, que se presenta tenebroso. La historia de Tobías nos muestra que, cuando Dios quiere suscitar esperanza en su Pueblo lo hace escogiendo de nuevo a la familia, que fue la que primero oyó su mandato: «creced y multiplicaos» (*Gn 1,28*). La Iglesia está llamada a proponer hoy el camino de la familia porque solo desde ella puede «dar razón de su esperanza» (*1Pe 3,15*). Y lo propone desde las esperanzas de la familia, que he enumerado. Esto significa inaugurar itinerarios para que los tiempos de la familia puedan madurar. La clave de estos itinerarios está en el reconocimiento de los dones de Dios y en cómo responder a ellos, acogiéndolos para que den fruto abundante y maduren hasta su plenitud en el amor del Padre.

## 7. Conclusión

En conclusión, hemos visto los distintos enfoques en la doctrina de la familia desde el Vaticano II. Es decisivo poner el amor en el centro de la familia. Es la *caridad conyugal*, que nos atrae por su belleza.

Pero esta centralidad del amor nos conduce enseguida a preguntarnos por la verdad de ese amor, para poder construirlo en modo firme. Junto a la caridad surge la pregunta de la *fe*. Dado que hay que ofrecer ambientes al amor, ¿qué arquitectura tienen estos ambientes para que el amor dure y sostenga la vida entera? Esto se refiere a cada familia, pero también a la familia de familias que es la Iglesia, y también a los ambientes sociales que la Iglesia está llamada a desplegar, desde la familia.

En fin, de esta pregunta por la fe surge otra, que se refiere al camino del amor y a su porvenir. Es la pregunta por la *esperanza*. ¿Cómo hacer que el amor genere futuro, en un tiempo paralizado por sus miedos? La familia cristiana se distingue de otros modelos de familia precisamente por esto, por su capacidad de generar un porvenir fecundo. Solo la familia basada sobre el matrimonio, como unión indisoluble de un hombre y una mujer, abierto a procrear la vida, genera esperanza. A esta luz, el matrimonio es la única esperanza de la familia.

Palabras clave: matrimonio, familia, amor, caridad, esperanza, fe, fecundidad, sociedad.

(publicado en *Ecclesia. Revista de cultura católica*, 38 No.2 (2024), 229-238)



# El Año de la Oración (2024)



P. Daniel Watt, L.C.  
Doctor en Teología

El Domingo de la Palabra de Dios, 21 de enero de 2024, el Papa Francisco inauguró oficialmente, al finalizar el ángelus, el Año de la Oración, en preparación al próximo Jubileo de 2025, para celebrar así el aniversario de la Encarnación del Señor, y redescubrir el gran valor y la necesidad de la oración en la vida personal, de la Iglesia y del mundo.

Ya en carta del 11 de febrero de 2022 a monseñor Rino Fisichella, Proprefecto del *Dicasterio para la Evangelización*, instancia encargada de la organización, esbozó el deseo de que el año que precede al acontecimiento jubilar pudiera estar dedicado a una gran sinfonía de oración, para, ante todo, recuperar el deseo de estar en presencia del Señor, escucharlo y adorarlo: "En este tiempo de preparación, me alegra pensar que el año 2024, que precede al acontecimiento del Jubileo, pueda dedicarse a una gran "sinfonía" de oración; ante todo, para recuperar el deseo de estar en la presencia del Señor, de escucharlo y adorarlo" (Francisco, Carta a S.E. Mons. Rino Fisichella para el Jubileo 2025, 11 de febrero 2022).

Y el 31 de diciembre de 2023, al final de la homilía de las Primeras Vísperas de la Solemnidad de María Santísima Madre de Dios y del *Te Deum*, expresó que el próximo año, que precede al Jubileo, esté dedicado a la oración. Todo un año dedicado a la oración.

## **Un Año para resaltar el horizonte espiritual del Jubileo**

El Jubileo no son solo las grandes obras que conciernen a la ciudad de Roma, no es solo la organización de una serie de acontecimientos, sino es

sobre todo un evento espiritual y hay que prepararse en ese clima.

### **Redescubrir el valor de la oración**

Es un momento privilegiado para redescubrir el valor de la oración, la necesidad de la oración diaria en la vida cristiana y a orientar la práctica de la plegaria en medio del bullicio y la confusión del mundo digital, así como la constante exposición a las pantallas; pues cuanto más fuerte es la tecnología que parece copar nuestros deseos, más profunda debe ser la búsqueda de una verdadera espiritualidad, el encuentro consigo mismo en la verdad, y, por tanto, en una relación coherente con Dios, explicó en la *Presentación* en la sala de Prensa del Vaticano el arzobispo Fisichella (23 de enero 2024).

### **El Año de oración está encomendado a cada diócesis**

Las diócesis están invitadas a organizar peregrinaciones de oración, itinerarios o momentos de oración individual o comunitaria con la participación de obispos y fieles, para que la oración de la Iglesia pueda volver a revitalizar y liberar la vida de todo el Pueblo de Dios. Tal como hará el Papa en su diócesis de Roma, se sugiere la puesta en marcha de una escuela de oración, con etapas mensuales o semanales dirigida por el obispo, siguiendo el modelo de los Viernes de la Misericordia vividos durante el Año Santo de la Misericordia, en los que el Santo Padre se encontró con algunas personas y realidades de la diócesis. Momentos de encuentro con determinadas categorías de personas, familias, etc., para rezar y comprender juntos las diversas formas de oración: de



intercesión, de adoración, de súplica.

### **La Iglesia es una gran escuela de oración**

Verdaderamente el tema de la oración ha sido recurrente en el magisterio de los últimos pontífices. Juan Pablo II, en la carta apostólica *Novo millennio ineunte*, había expresado la necesidad de que las comunidades cristianas del tercer milenio fueran auténticas escuelas de oración, en las que cada cristiano aprenda a rezar, como lo hicieron los discípulos de Jesús (33). Así, considerando al Salterio como la fuente ideal de la oración cristiana, un manantial del que brota la plegaria dirigida a Dios con toda su variedad de afectos, de adoración, de súplica, de agradecimiento, de petición de perdón, comentó ampliamente los salmos y cánticos de la oración de Laudes y Vísperas (del 25 de abril 2001 al 26 de enero 2005), y Benedicto XVI lo acabó (del 4 de mayo de 2005 al 8 de febrero 2006).

Una de las grandes aportaciones del Papa Benedicto XVI durante su pontificado fueron las 43 catequesis (del 4 de mayo 2011 al 3 de octubre 2012), centradas en algunas figuras del Antiguo Testamento, los Salmos, las cartas de san Pablo, el Apocalipsis y, sobre todo, en la experiencia única y fundamental de Jesús, en su relación con el Padre celestial.

El Papa Francisco ha dedicado a la oración 38 catequesis (del 6 de mayo de 2020 al 16 de junio de 2021), teniendo en cuenta los distintos momentos de oración, con reflexiones y sugerencias profundas y al mismo tiempo sencillas, concretas, llenas de sentido común y humor.

### **Apuntes sobre la oración**

El Papa quiere ayudar a la preparación jubilar con unos subsidios sencillos para enriquecer la experiencia espiritual de este año y poner en el centro la relación profunda con el Señor, a través de las múltiples formas de oración en la rica tradición católica; tales subsidios están firmados por autores solventes, editados en italiano por la LEV y traducidos por las Conferencias Episcopales: en inglés (India), en español (México), y



en portugués (Brasil).

El primero de los subsidios que abre la serie contiene, en ochenta páginas, la perspectiva *Orar hoy: Un desafío a superar*, escrito por Angelo Comastri, con prefacio de Francisco: "La oración es el aliento de la fe, es su expresión más adecuada. Como un grito que sale del corazón de los que creen y se confían a Dios".

Luego se prepararon: *Orar con los salmos*, de Gianfranco Ravasi; *La oración de Jesús*, de Juan López Vergara; *Orar con santos y pecadores*, de Paul Murray, O.P.; *Parábolas sobre la oración*, por Antonio Pitta; *La Iglesia en oración*, por los monjes cartujos; *La oración de María y de los santos*, por Catherine Aubin; y *La oración que Jesús nos enseñó: El Padre Nuestro*, por Ugo Vanni.

### **Conclusión**

La Iglesia nos llama a la oración. Es un repiqueteo que viene de lejos y nos llevará muy lejos en la vida espiritual. Nos toca a nosotros convertir el año de la oración en un año para orar, haciendo del padrenuestro, la oración que Jesús nos inculcó, norma de vida.

Palabras clave: Oración, Jubileo del 2025, Papa Francisco.

(publicado en *Ecclesia. Revista de cultura católica*, 38 No.2 (2024), 147-149)



# Pasión por Cristo, pasión por el pueblo santo de Dios



S.E. Mons. Antonio  
Santarsiero  
Obispo de Huacho, Perú

Excelencia Reverendísima, Mons. Paolo Rocco Gualtieri, distinguidas autoridades, queridos sacerdotes, seminaristas, religiosas, hermanos, hermanas y amigos todos en el Señor. La bondad de Dios Padre, Hijo y Espíritu santo, por la intercesión de nuestra Madre la Virgen del Carmen, nos han reunido en esta catedral de la diócesis de Huacho para celebrar juntos la ordenación sacerdotal de los diáconos: Alcides, Osias, Alexis, Carlos, Tito, Marco, Hoimer, Jaime, Romario, Dilmer, Juanito y Wilder. La ordenación de estos doce hermanos es un signo singular e inconfundible de la bendición y del amor de predilección del buen Dios para con nuestra comunidad eclesial. ¡Bendito sea Dios por su poder, su misericordia y su gloria infinita!

Queridos ordenandos, con una mirada a los signos de los tiempos, en esta fecha crucial, día de vuestra ordenación sacerdotal, en el contexto de una «Iglesia sinodal en misión», sirviéndome de los textos bíblicos proclamados en esta celebración, les confío dos pensamientos que considero útiles para que puedan vivir con generosidad, rectitud y gozo el don del ministerio sacerdotal: *primero*, la pasión por Cristo; *segundo*, la pasión por el pueblo santo de Dios.

El sacerdocio tiene su razón de ser en la voluntad inmutable de Dios y requiere una disponibilidad libre para el Evangelio, una entrega radical a Cristo y a los hombres. De hecho, en el contexto cultural y social en el que vivimos, «el ministerio sacerdotal es una empresa fascinante pero ardua, siempre expuesta a la incompreensión y a la marginación, y, sobre todo,

hoy día, a la fatiga, la desconfianza, el aislamiento y a veces la soledad» (*Pastores Dabo Vobis* 48).

## 1. Pasión por Cristo: «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor» (Jn 15, 9):

El rasgo esencial, característico e irrenunciable del sacerdote es su relación con Cristo Cabeza, Pastor y Esposo. El presbítero debe empeñar todas sus fuerzas, su mente y su corazón al primado absoluto de Dios, es decir, al coloquio íntimo y personal con Cristo. El amor, la adoración y la gloria de Dios son la raíz, fuente y plenitud de su existencia. En el Evangelio de Juan hemos escuchado: «No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os ha elegido» (Jn 15,16). Ustedes, queridos diáconos, son el fruto de una elección de amor para permanecer en el amor, es decir, para ser el sacramento, signo e instrumento, de la mediación de Cristo y de su entrega incondicional al Padre y a sus hermanos. El ministerio sacerdotal es creer en el amor y vivir la elección como amor.

Santa Teresa de Ávila afirmaba: «El amor o encuentra iguales o hace iguales». Una característica del amor es la identificación con el amado. El texto de Jeremías, la primera lectura de esta celebración, nos ha confiado estas palabras: «Antes de formarte en el vientre, te escogí, antes de que salieras del seno materno, te consagré: profeta de las naciones te constituí. [...] No tengas miedo que yo estoy contigo» (Jr 1, 5.8). Como fruto del amor, la identificación de



Cristo con el sacerdote es total. Cristo actúa y se hace visible en los presbíteros, no con una presencia jurídica y moral, como si el sacerdote fuera el representante de un ausente, sino, en virtud del carácter sacramental, con una presencia real y auténtica que toca la misma existencia del ministro en su ser y en su actuar. Hoy, por medio del sacerdocio ministerial, Cristo está vivo en su Iglesia y hace presente su poder salvífico en el aquí y ahora de la historia. Queridos diáconos, vivan la identificación y la presencia de Cristo en cada una de sus jornadas y perciban el latido de estas palabras en sus corazones: «no temas, yo estoy contigo, antes de formarte en el vientre materno te he elegido y consagrado».

Sin pasión y sin amor no es posible vivir el sacerdocio. Un rasgo distintivo de esta pasión y de este amor es su carácter relacional. El sacerdocio, por su naturaleza sacramental, es «relacional», y existe en cuanto se funda en la «amistad con Dios», amistad que el sacerdote está llamado a vivir en cada momento de su existencia. Por eso, el amor es la razón de ser del sacerdocio; un sacerdote que no experimenta diariamente el amor de Jesucristo y no se sabe intrínsecamente amado por él deja de ser enamorado y pierde el gusto de su identidad, sueños e ideales. Estimados ordenandos, por el poder del Espíritu, en lo profundo de vuestro ser, recibiréis, en virtud del sacramento, el don de la «relación», para que de manera personal, consciente y libre viváis «una comunión de vida y amor cada vez más rica, y una participación cada vez más amplia y radical de los sentimientos y actitudes de Jesucristo» (*Pastores*

*Dabo Vobis*, 72). Por cierto, la oración será el espacio donde el don divino de la «relación» pueda crecer y desarrollarse.

Si nos preguntamos: ¿qué es lo peculiar y característico del ser sacerdotal?, podemos responder a esta interrogante afirmando que lo propio del sacerdote es actuar «*in persona Christi*». Hecho que significa que entre el sacerdote y Cristo existe una verdadera identificación, es decir, como afirma bellamente la *Pastores Dabo Vobis*, el sacerdote «participa de manera específica y auténtica de la “unción” y “misión” de Cristo» (PDV 16). Esta realidad de la “unción” y “misión”, radicada en el sacramento del orden, configura y plasma, por la acción del Espíritu Santo, el comportamiento, el lenguaje, las actitudes y las intenciones propias de Cristo en la vida del sacerdote, que alcanza su vértice en esta expresión: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13).

Profundizando, aún más, en la importancia y el peso del amor, señalamos el hecho de que solo el amor otorga al corazón un centro de unidad. Cuando falta el amor, el corazón se desorienta, corrompe y divide. En el sacerdote, cuando Cristo no es el centro de su corazón, el demonio, las pasiones y el mundo se convierten en su «centro», lo esclavizan y destruyen. Y, en consecuencia, el don del sacramento recibido, en lugar de ser manantial de vida, fecundidad, plenitud y realización, se convierte –como es el drama de algunos sacerdotes; pienso muy pocos- en fuente de infelicidad, tristeza, fracaso, frustración, decepción y sufrimiento. Por cierto, la tragedia es grande cuando la ambición, el poder, la vanagloria, el uso incorrecto de los medios de comunicación, entre otras cosas, oscurecen el don del sacerdocio.

El corazón marca la diferencia. El amor es el antídoto de la corrupción del pecado y de la infidelidad. En la vida del sacerdote el amor, sellado por un sacramento, lo es todo. Solo el amor hace del sacerdocio un pacto para siempre, un pacto que jamás se pueda romper. Por ello, la tarea principal de ustedes, queridos hijos ordenandos, consistirá





en acoger el don del amor y cultivar un gran cariño por el Señor. Vuestra fuerza sea siempre Cristo, centro maravilloso y amor único y total de vuestros corazones.

Aquí deseo recordar las palabras de Pablo VI, amigo fiel de Cristo, que, en una de sus homilias, expresaba la belleza del amor con estas palabras: «Jesucristo es el centro de la historia y del universo; él nos conoce y nos ama, compañero y amigo de nuestra vida. [...] Yo nunca me cansaría de hablar de él; él es la luz, más aún, el camino, la verdad y la vida» (Pablo VI, *Homilía - 29 de noviembre de 1970*).

## **2. Pasión por el pueblo santo de Dios: «Sed pastores convirtiéndoos en modelo del rebaño» (1P 5, 3).**

La «Pasión del sacerdote por el pueblo santo de Dios» tiene su centro en la santidad. Los santos son los que dejan huella y hacen la historia. La Iglesia necesita santos. Los santos son la respuesta a todos los desafíos de nuestro tiempo. Fuera de la santidad, la Iglesia no tiene nada que ofrecer. Hay una anécdota de la madre Teresa de Calcuta en una rueda de prensa que dio. Un periodista le dijo: “Madre Teresa, dicen por ahí que usted es como una santa viviente; ¿Usted que dice de eso?”; y la madre Teresa le respondió: “De la misma manera que usted tiene que ser santo como periodista, yo tengo que ser santa como religiosa, porque la santidad no es un lujo y privilegio de unos pocos: la santidad es la vocación de todo cristiano, es una necesidad para todos, es lo que realmente nos pertenece”.

En la celebración de la Eucaristía, antes de la comunión, el sacerdote, en secreto, con las manos juntas, pronuncia esta oración: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que, por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, diste con tu muerte la vida al mundo, líbrame, por la recepción de tu Cuerpo y de tu Sangre, de todas mis culpas y de todo mal. Concédeme cumplir siempre tus mandamientos y jamás permitas que me separe de ti». Queridos hijos, el desafío y la tarea más importante de sus vidas es la santidad. La oración que acabo de mencionar



es una súplica para permanecer en la santidad. Si la santidad es una exigencia para todo cristiano, cuanto más para ustedes que hoy reciben el sacramento del orden sacerdotal, sacramento por el cual ustedes pasan a ser propiedad total y exclusiva de Dios. Si les faltase santidad, les faltaría todo. No es pensable una vida sacerdotal colmada, lograda y feliz sin santidad. Si no sois amigos de Cristo y no lo amáis con toda la mente, con todo el corazón y con todas las fuerzas, todo lo que hagáis será infructuoso, estéril, vacío y pobre. La predicación, la celebración de los sacramentos y la tarea de apacentar o regir al pueblo de Dios, sin santidad dejaría de ser una misión que viene de lo alto, y se convertiría en una función exterior sometida instrumentalmente a los propios intereses. La Providencia no permita que la corrupción del pecado y la mundanidad les arrebatase la alegría, profane vuestras vidas y los lleve a profanar las cosas santas de Dios. Todos los días tengan el coraje de cambiar, de abrir el corazón y acoger la gracia del Espíritu Santo, para que el estilo de Dios sea también el vuestro. Los acompañe en cada una de sus jornadas la conciencia clara de que la Iglesia no es una ONG, una organización social o política, sino la comunidad de Cristo habitada por su presencia y por su amor, es decir un organismo vivo del Espíritu Santo, una comunidad hecha de santidad.

La historia de la Iglesia nos enseña que a lo largo de los siglos los sacerdotes santos, con el poder y la fuerza de Cristo, han abierto las puertas de la eternidad y han cambiado la dirección del tiempo.



Sin embargo, también la historia nos deja la lección de que un sacerdote que no es santo, que no ama a Cristo y no vive en su gracia, es fuente de dolor, pecado y escándalo. Por esto, para no perder la orientación del sacerdocio, me parece oportuna la siguiente exhortación de san Carlos Borromeo: «¿Ejerces la cura de almas? No por ello olvides la cura de ti mismo, ni te entregues tan pródigamente a los demás que no quede para ti nada de ti mismo; porque es necesario, ciertamente, que te acuerdes de las almas a cuyo frente estás, pero no de manera que te olvides de ti. Sabedlo, hermanos, nada es tan necesario para los clérigos como la oración mental; ella debe preceder, acompañar y seguir nuestras acciones: salmodiaré—dice el salmista—y entenderé. Si administras los sacramentos, hermano, medita lo que haces; si celebras la Misa, medita lo que ofreces; si salmodias en el coro, medita a quién hablas y qué es lo que hablas; si diriges las almas, medita con qué sangre han sido lavadas, y así todo lo que hagáis, que sea con amor; así venceremos fácilmente las innumerables dificultades que inevitablemente experimentamos cada día (ya que esto forma parte de nuestra condición); así tendremos fuerza para dar a luz a Cristo en nosotros y en los demás» (San Carlos Borromeo, *Acta Ecclesiae Mediolanensis*, Milán 1599, 1177-1178).

Acentúo el argumento de la santidad, en razón de que la «pasión por el pueblo santo de Dios», tarea primordial del sacerdote, como en diversas ocasiones ha insistido el papa Francisco, es posible solo si el sacerdote está continuamente en relación con Cristo, lo ama y vive en primera persona su condición de discípulo. Es la santidad, como afirma el apóstol Pedro, la realidad que permite al ministro ser «testigo de los sufrimientos de Cristo y participe de su gloria» (1P 5, 1). Sin santidad el sacerdocio se convierte en autoreferencial e instrumentaliza la fe de sus hermanos (cf. 2Co 1,24). No, queridos diáconos, el sacerdocio no ha sido instituido para otorgarle al ministro privilegios al servicio del propio egoísmo. La Iglesia nos enseña que los sacerdotes reciben un don precioso sigilado con un sacramento para cuidar de sus hermanos con los misterios del amor de Cristo a través de la predicación, de los sacramentos y del

servicio de la autoridad. Es el amor a Cristo, es decir, la santidad, lo que mueve al sacerdote a estar junto al que sufre, al enfermo, al moribundo, al anciano, al pobre, al indefenso, al niño y a todos los que esperan el don de la vida que no pasa. Solo así el sacerdote es «modelo del rebaño» (1 P 5, 3).

Queridos hijos ordenandos, considerando el servicio que ustedes ofrecerán a la comunidad cristiana en esta diócesis de Huacho, pido a Dios para que la santidad y el amor de Cristo resplandezca en cada uno de ustedes. Asimismo pido al Señor para que lo central en sus vidas sea la voluntad de Dios en obediencia a vuestro obispo y vivan la fraternidad sacerdotal creciendo y caminando junto al pueblo santo de Dios. Vuestro sacerdocio no sea tal que busque una condición de vida que reclama honores, privilegios o una vida fácil y acomodada, sino que se caracterice por vuestra capacidad de escucha, perdón y sacrificio. Sean generosos, arriésguenlo todo por Cristo, y con lucidez digan no al pecado y a la mediocridad. Sepan que en recompensa «recibiréis la corona de gloria que no se marchita» (1 P 5, 4). Que al final de sus vidas pueda decirse de cada uno de ustedes: este sacerdote hizo de Cristo la razón de su vida, nos mostró la belleza del amor y nos abrió las puertas del paraíso.

Finalmente, para concluir, permítanme dirigirle una mirada a Nuestra Señora del Carmen, patrona de nuestra diócesis, y recalcar el papel de la Virgen en el camino sacerdotal. María es la madre que





## TESTIMONIO



en esta celebración están recibiendo el sacramento del orden sacerdotal, para que sean la imagen viva y visible de Cristo; ellos te pertenecen, ayúdales a ser santos, fieles hasta la muerte, enamorados de tu hijo Jesús y dispuestos a todo con el fin de santificar y servir a sus hermanos. Amén.

Cristo entregó desde la cruz al apóstol Juan, el discípulo que había recibido la potestad de celebrar la Eucaristía, el discípulo sacerdote. María tiene un particular amor hacia sus queridos hijos sacerdotes y está presente en todos los momentos de sus vidas. Los desafíos pueden ser múltiples, incluso difíciles de superar, pero con María lo imposible se hace posible. Tengo la experiencia y la convicción de que María es el «secreto» de la perseverancia, fidelidad y santidad. No existe un solo sacerdote que haya amado a María y se haya perdido; por el contrario, que difícil es la vida y arduo el camino de los sacerdotes sin María. Por esto, queridos ordenandos, tómense de las manos de la Virgen, madre del sumo sacerdote, e invóquenla como madre para que con su ayuda y ejemplo puedan vivir con corazón agradecido el don del sacerdocio, tengan la gracia de la generosidad en la pureza del celibato y un amor ardiente en el servicio pastoral a los hermanos. Recuérdenlo, el aspecto mariano de vuestras vidas salvará vuestro sacerdocio y hará de ustedes un poderoso signo del amor de Cristo que camina y obra en su Iglesia.

Madre Santísima, Nuestra Señora del Carmen, gracias por el don de estos doce nuevos sacerdotes; gracias también por cuidar de todos tus hijos en esta bendita diócesis de Huacho; gracias por ser parte de nuestra vida y por el privilegio de llamarte madre. En esta noche, nosotros, el pueblo santo de Dios presente en esta Iglesia catedral, honramos tu gloria e imploramos tu cuidado maternal para cada uno de nosotros, pero especialmente por nuestros hijos, que